
Grupo Editorial
Portal
El padre
MISTERIOSO
de mi bebé
JÉSSICA MACEDO

JÉSSICA MACEDO

El padre MISTERIOSO de mi bebé

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra, ya sea física o electrónica, sin la autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de la portada y el interior

Jéssica Macedo

Copydesk

Patty Trigo

Revisión

Ana Roen

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que realmente existieron en algún momento de la historia se han utilizado para ambientar la trama. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Índice

Sumário

Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Epílogo
Sobre la autora
Otras obras
Redes sociales (del editor)

Para Ricardo y Thaís de la vida real...

Sinopsis

Rico desde que nací, crecí en una burbuja, alejado de la gente común y rodeado solo de personas como yo. Heredero, a punto de asumir un imperio, era tratado como tal. Sin embargo, había algo en mí que me impulsaba a querer conocer una versión del mundo en la que la gente no me viera como el futuro director ejecutivo de Fontana Emprendimientos.

En una loca aventura, tomé el coche del jardinero y me hice pasar por conductor de aplicación, conociendo a gente diferente y yendo a lugares de la ciudad que nunca había frecuentado. Fue entonces cuando la conocí.

Llorando, Thaís se subió al coche después de haber visto a su ex novio engañándola. Decidí llevarla a distraerse, pero nuestra noche acabó yendo mucho más allá de unas hamburguesas y unas risas.

Entonces mi padre enfermó y tuve que dejar de lado las distracciones para asumir mi responsabilidad con todo el legado que me estaba dejando. Pensé que nunca volvería a ver a Thaís, pero la reencontré un tiempo después y descubrí que estaba embarazada y que yo era el padre del bebé. Pero, para ella, yo no era más que un humilde chofer, así que vi la oportunidad de construir una relación que no se basara en mi dinero. Sin embargo, las mentiras no duran para siempre. En algún momento tendría que decirle quién era yo en realidad.



Thaís

Prólogo

—¡Lo sé, va a ser increíble! —dije por teléfono al abrir la puerta del coche y bajar. Me giré hacia el conductor—. Que pase una buena noche.

—Para usted también. —Asintió con la cabeza y me saludó con la mano.

—¿Dónde fuiste? —preguntó mi prima al otro lado de la línea.

Maria Eduarda, o simplemente Duda, era mi mejor amiga desde siempre. Era solo seis meses mayor que yo y solíamos bromear diciendo que lo único que nos diferenciaba era que no habíamos nacido el mismo día, para que no nos confundieran con gemelas, aunque físicamente no nos parecíamos mucho.

—He venido a casa de Alexandre. Estoy deseando contarle la noticia. Estoy segura de que me apoyará.

—Ni siquiera necesitas apoyo, ¿verdad? ¡Siempre te ha gustado eso! Con una máquina de coser y algunas telas, estoy segura de que harás piezas increíbles y podrás empezar a venderlas.

—Todavía tengo miedo de que a nadie le interese.

—Puedes contar conmigo. Seré una de tus clientas.

—Gracias, Duda. —Me río por teléfono—. Te agradezco mucho todo tu apoyo.

—Para eso están las mejores amigas.

—No sé qué sería de mí sin ti.

—Nada... Seguro que nada. —Se ríe a carcajadas y yo también.

—Estoy aquí, en la puerta de su edificio. La señal se cortará en cuanto entre en el ascensor, hablamos luego.

—Quedamos así.

—¡Besos! —Colgué sin esperar su respuesta y metí el móvil en el bolso, mientras buscaba la llave del apartamento de mi novio.

Alexandre y yo llevábamos juntos cuatro años. Él vivía solo, mientras que yo aún vivía con mis padres, pero estaba ansiosa de que me proponga ir a vivir juntos, o incluso por una propuesta oficial de matrimonio. Imaginaba que llegaría cuando me diera la llave del departamento, pero no fue así. No es que fuera su estilo, pero imaginaba que podría estar esperando un momento más oportuno y romántico para profundizar nuestra relación.

Abrí la puerta y me dirigí a la entrada del edificio. Él vivía en el séptimo piso y yo casi nunca tenía ganas de subir las escaleras, y menos aún en un día como aquel, después de una agotadora jornada de trabajo.

En cuanto se abrió la caja metálica, me dirigí a la puerta de su apartamento, uno de los ocho de la misma planta.

Abrí la puerta de un tirón, dispuesta a darle una sorpresa. No solíamos vernos durante la semana, porque él siempre decía que estaba demasiado cansado por el día de trabajo y por llegar tarde debido al tráfico infernal que solía haber en la circunvalación en hora pico. Sin embargo, yo había comprado algunos ingredientes en el supermercado donde trabajaba y planeaba preparar algo rico para comer, mientras él descansaba un poco y yo le contaba la idea de crear mi propia marca de ropa.

Por supuesto, no me convertiría en una gran empresaria de la noche a la mañana, pero por fin estaba dispuesta a cumplir mi sueño. Desde niña, siempre hice muchos dibujos, principalmente bocetos. Mi deseo era estudiar diseño de moda, pero debido a las circunstancias de mi vida y la presión de mi familia, me gradué a tropezones en la facultad de administración y me enfrentaba a la locura de ser gerente de un supermercado.

No podía quejarme de las circunstancias. Con mis padres jubilados y yo cobrando un sueldo que apenas alcanzaba para pagar

el seguro médico, era mi trabajo el que garantizaba que no faltara comida en la mesa y, en cierto modo, me daba mucho miedo casarme y dejarlos solos a los dos. Aunque mi padre tenía un hijo de otro matrimonio, Thiago, se había mudado a São Paulo hacía casi una década y apenas llamaba para saber cómo iban las cosas por aquí. La mayor parte del tiempo me sentía hija única. Coser sería algo que haría en mi escaso tiempo libre. Daría forma a mis ideas y esperaba poder vendérselas a algunas personas. Vivir de eso era un deseo inmenso, pero aún estaba lejos de hacerse realidad.

Estaba ansiosa por tener al menos a Alexandre apoyándome con esa idea. Quería que alguien me dijera: "*¡Adelante! ¡Todo saldrá bien!",* aunque al final acabara fracasando.

Entré en la sala con una gran sonrisa, muy emocionada por lanzarme a sus brazos o simplemente esperarlo llegar. Sin embargo, mi sonrisa se borró por completo cuando me encontré con unos jeans en medio de la sala. Eran de mujer y mucho más pequeños que los que usaba Alexandre.

Dejé las bolsas con los ingredientes sobre el sofá y me ajusté el bolso al hombro. Seguí caminando por el apartamento hasta que oí un gemido. Mi mente entró en negación y se me pasaron por la cabeza un sinfín de posibilidades, pero ninguna era realmente lo que estaba pasando.

Lo primero que imaginé fue que Alexandre podría haber prestado el apartamento a un amigo para que llevara a alguien. Por improbable que fuera, me pareció más lógico que la escena que se presentó ante mis ojos en cuanto me acerqué a la puerta de su habitación.

Mis piernas se tambalearon y sentí un nudo que comenzó en mi pecho y subió hasta mi garganta, impidiéndome respirar.

—Alexandre... —murmuré completamente en estado de shock.

Sobre la cama donde solía dormir, en esa sábana que yo misma podría haber lavado en alguna de las muchas limpiezas que había hecho en ese lugar en los últimos años, había una mujer que no reconocía. ¡Desnuda!

—¡Alexandre! —grité más fuerte, en una mezcla de ira y vergüenza.

—¡Thaís! —Se apartó de la mujer y se acercó a mí—. Yo... puedo explicarte lo que está pasando.

—Tu falta de ropa ya es suficiente explicación. —Gesticulé, señalándolo mientras las lágrimas se acumulaban en mis ojos; no podría contenerlas mucho más tiempo—. Los dejaré continuar.

—¡Thaís, espera! —Me agarró de la muñeca.

—¡Ah, Ale! No me dijiste que sería un *tríо.* —Se rió la mujer tumbada en la cama, lo que me enfureció aún más con toda la situación.

—¡Suéltame! —gruñí, liberando mi mano.

—¡Tranquila!

—Puedes seguir con lo que estabas haciendo.

—¡Thaís!

Me aparté de él y salí del apartamento. Dejé los ingredientes atrás. También dejé las llaves de su apartamento. Si no las hubiera

tenido, probablemente no habría presenciado esa situación, pero, en el fondo, había sido mejor así. Prefería descubrir que no era fiel antes de comprometernos, o peor aún... Si es que tenía alguna intención de formar una familia conmigo.

Simplemente, podría estar siendo una tonta.

No sabía cuánto tiempo llevaba ocurriendo esa traición, tampoco me pareció relevante en un momento en el que no quería ninguna explicación de su parte, solo necesitaba salir de allí lo antes posible.

Corrí hacia el ascensor y Alexandre no me siguió. Una parte de mí llegó a pensar que no vendría aunque estuviera vestido.

Llegué a la calle con las lágrimas corriendo sin cesar por mi rostro. Me temblaban las manos mientras intentaba con gran dificultad sacar mi móvil del bolso. Se me resbalaba entre los dedos, como si tuviera las manos llenas de jabón, pero solo era sudor frío.

Abrí la aplicación y llamé a un conductor para que me llevara a casa. No tenía carnet de conducir. Después de suspender el examen seis veces, simplemente me rendí cuando caducó mi permiso. Pensaba que no era lo mío, por mucho que mucha gente me dijera que era más una cuestión de superar el nerviosismo y la ansiedad que de habilidad para conducir. Mi padre siempre me decía que en algún momento echaría de menos tener un coche, pero en su época no existían las comodidades de Internet y era mucho más difícil moverse por la ciudad.

Me quedé mirando la pantalla de mi móvil mientras el conductor se acercaba. Las lágrimas salpicaban la pantalla y yo luchaba por que dejaran de caer, pero parecía una tarea imposible. Cuanto más enfadada estaba con Alexandre y menos creía que mereciera mis lágrimas, más lloraba.

¡Había confiado en él! Pensaba que, además de mis padres y Duda, era la persona que más se preocupaba por mí. Sin embargo, al verlo en brazos de otra, traicionándome, era evidente que mi opinión sobre él era bastante errónea.

—¡Thaís! —Oí su voz en el momento en que un coche plateado se detuvo en la acera.

Abrí la puerta y entré sin siquiera confirmar el nombre del conductor. Solo quería salir de allí lo más rápido posible.

—¡Espera!

—¿Lo esperamos, Thaís? —preguntó el conductor, que probablemente había oído cómo gritaba mi nombre.

—No, solo llévame lejos de aquí.

—Como quieras.

En cuanto Alexandre se acercó al lateral del coche, el conductor arrancó y dejó a mi novio... o mejor dicho, ex novio, parado en medio de la calle con la boca abierta, gritando mi nombre como si yo estuviera equivocada al huir de esa manera.

—¿Todo bien? —me preguntó el hombre mientras me observaba por el espejo retrovisor central del coche.

Asentí con la cabeza. Pero mentir empeoró aún más la situación y me eché a llorar.

—¡Tranquila! —Sacó un pañuelo de papel de la guantera y me lo entregó.

—Gracias.

—¿Hay algo más que pueda hacer para ayudarte?

En ese momento lo miré más detenidamente. Sus ojos marrones y su cabello ligeramente erizado le daban un aire relajado y alegre, además de ser el conductor más guapo con el que me había cruzado alguna vez.

—Sí, volver allí y atropellar a mi ex.

—No puedo hacer eso.

—No, por desgracia no.

—Pero parece que se lo merecía.

—Mucho. —Conseguí sonreír.

—¿Cuánto tiempo me caerían de cárcel por atropellar a un imbécil?

—No lo sé, pero tienes razón, es una pésima idea. —Me sequé los ojos con el pañuelo y la nariz, sintiéndome un poco mejor por la forma en que me había hablado.

—No tienes por qué contármelo, pero ¿quieres hablar de lo que pasó?

—¡Cuatro años! ¡Cuatro años y lo echó todo por la borda!

—Mucho tiempo.

—Sí. —Empapé el pañuelo al volver a llorar.

—¿Quieres otro?

—Por favor. —Tragué parte del llanto que se me atragantaba en la garganta.

Agarré mi móvil y miré el nombre del conductor mientras se detenía en el semáforo y tomaba otro pañuelo para mí.

—Gracias, Ricardo.

—De nada.

—Eres muy amable.

—Cuento con tus cinco estrellas cuando terminemos el viaje. —La forma juguetona en que lo dijo me arrancó otra sonrisa.

En ese momento, devastada por descubrir que me estaban engañando (lo que podría haber ocurrido otras veces además de esa), lo único que necesitaba era que alguien fuera amable conmigo.

—Perdona la pregunta, pero ¿adónde vas?

—A mi casa.

—¿Tienes prisa por volver?

—¿A qué te refieres?

—Un pasajero me habló una vez de una hamburguesería que es increíble y estoy seguro de que eso puede secar tus lágrimas.

—¿Me vas a llevar a comer una hamburguesa?

—Ha sido una mala idea, ¿verdad? No importa.

—¡No! En realidad, solo estoy sorprendida. No quiero entorpecer tu trabajo.

—Ya es hora de que pare a comer algo.

—Está bien. —Sonreí levemente al dejar de llorar.

Lo vi terminar mi recorrido para que no siguiera cobrándome el desvío, que no sabía si sería pequeño o grande, y me acomodé mejor en el asiento trasero mientras él cambiaba nuestra ruta.

Duda probablemente diría que estaba completamente loca por aceptar la invitación de un desconocido. Sin embargo, no quería volver a mi casa. No quería encontrarme con mis padres y tener que explicarles por qué lloraba, decirles que había terminado mi relación. Ni siquiera quería contárselo a ella. Desahogarme con alguien a quien probablemente no volvería a ver sería bueno en ese momento.

Nunca fui buena en orientarme. Había vivido desde que nací con mis padres en el barrio de Prado y toda mi vida se reducía a moverme por esa zona. Cuando iba a la universidad, utilizaba el metro, pero en la actualidad era muy raro que tuviera que ir a otros rincones de la ciudad, ya que el supermercado en el que trabajaba no estaba muy lejos de mi casa e iba y volvía a pie todos los días. Lo más lejos que iba actualmente era al apartamento de Alexandre, en João Pinheiro. Mi padre me decía que tenía que orientarme mejor para no perderme, pero, a diferencia de él, que tenía un mapa de Belo Horizonte en la cabeza, el mío estaba en el móvil y el GPS no solía fallarme.

Ricardo salió de la avenida y entró en un barrio que yo no conocía, entre calles por las que nunca había pasado antes, y

seguimos hasta llegar a la puerta de una hamburguesería. Cuando se lo contara a Duda, se volvería loca y me daría un sermón.

¿Y si es un maníaco que quiere secuestrarte…?

En ese momento no me preocupé mucho por eso.

—Llegamos —dijo él, detuvo el coche y puso el freno de mano.

—¿Es aquí? —Señalé la pared pintada con grafitis de superhéroes.

—Sí, Hero Burguer.

—Genial.

Dio la vuelta al coche y abrió la puerta trasera para que yo bajara. El conductor podía ser un maníaco, pero al menos era un caballero.

—Gracias. —Acepté la mano que me tendió y levanté la cabeza por reflejo.

Nuestras miradas se cruzaron y me invadió un escalofrío. Por un momento, fue como si el tiempo se hubiera detenido y mis ojos no pudieran escapar de los suyos. Me quedé sin aliento y la dificultad para respirar me devolvió a la realidad. Retiré mi mano y esbocé una sonrisa forzada mientras intentaba recomponerme.

—Entremos—dijo él, señalando la cafetería al darse cuenta de mi desconcierto.

Asentí con la cabeza.

Nos sentamos en una mesa cerca de la puerta. El local tenía pocos clientes y un camarero vino enseguida a atendernos. Nos saludó y nos entregó la carta.

Todos los sándwiches tenían nombres de superhéroes y me parecieron divertidas algunas comparaciones. Hice mi pedido y Ricardo el suyo.

—Siento mucho lo que pasó con tu ex.

—Oh... Gracias.

—Sin duda, él no te merecía. —Se inclinó sobre la mesa y me dedicó una sonrisa. Tenía los dientes perfectamente blancos y alineados, casi como los de un modelo en un anuncio de pasta de dientes.

—¿Le dice eso a todas las mujeres?

—Solo a las que se suben llorando a mi coche después de terminar una relación.

Me reí, sin saber si estaba haciendo un juego de palabras o hablando en serio.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando como conductor?

—Unos meses.

—Entendido. ¿Te gusta lo que haces?

—Sí. Conozco a gente diferente todos los días. Escucho sus historias y entiendo un poco de la vida de cada uno.

—Nunca lo había pensado desde ese punto de vista.

—Es muy interesante.

—Parece que sí.

Llegaron nuestras hamburguesas y dejé de hablar para darle un mordisco a la mía. Me sorprendió que estuviera mucho más buena de lo que esperaba.

—¿Qué tal? —Ricardo me miró esperando mi opinión.

—Está muy buena.

—Recibo buenos consejos mientras conduzco.

—Tienes razón.

—¿Y tú, a qué te dedicas?

—Soy gerente de un supermercado.

—Parece un trabajo muy duro.

—Es agotador —dije antes de darle otro mordisco a mi hamburguesa—. Hay muchos empleados que controlar y siempre surgen problemas.

—Eso debe ser parte de la rutina de casi todas las empresas.

—Sí, es una mierda. —Fruncí los labios y él se rió—. Pareces un buen tipo. —Por reflejo, me incliné sobre la mesa y puse mi mano sobre la suya.

—La mayor parte del tiempo. —Me sonrió y no la apartó, pero el peso de la proximidad pronto me dejó completamente incómoda y retrocedí, casi golpeándome la espalda contra el respaldo de la silla.

Volví a masticar la hamburguesa y él también.

En cuanto terminamos, levantó la mano y pidió la cuenta al camarero. Saqué mi bolso y Ricardo extendió la mano.

—No te preocupes, yo pago.

—¡No! Insisto. —Abrí mi cartera y saqué una tarjeta de crédito.

—No te preocupes, Thaís.

—Podrías estar haciendo otro viaje, pero estás aquí conmigo. No tenías por qué hacerlo, así que no voy a dejar que pagues la cuenta.

—Me ha venido bien parar un rato.

—Yo voy a pagar. —Me planté cuando se acercó el camarero.

—Está bien. —Levantó las manos en señal de rendición, pero enseguida esbozó una sonrisa.

—Genial.

El camarero tomó mi tarjeta, la introdujo en la máquina y yo tecleé la contraseña para pagar la comida.

—¿Nos vamos? —Fui la primera en levantarme.

—Sí.

Volvimos a su coche, pero esta vez, sin pensarlo mucho, en lugar de sentarme en el asiento trasero como de costumbre, me senté en el asiento del copiloto y me abroché el cinturón, o al menos lo intenté, porque tuve que tirar bastante para que se desbloqueara.

—Lo siento. —Ricardo me miró con torpeza—. Este no es el coche más cómodo del mundo.

—Tranquilo, es tu medio de vida. Solo debe de tener un poco de polvo y la gente no debe sentarse aquí muy a menudo.

—Es cierto —dijo con una sonrisa forzada.

—No pasa nada.

—Te llevaré a tu casa. —Se abrochó el cinturón.

Mientras conducía, me quedé observándolo. Quizás fuera mi necesidad en ese momento, pero estaba feliz de tener a ese muchacho allí. Era guapo y se preocupaba por mí, algo que mi ex no hizo cuando me engañó.

Ricardo me hizo algunas preguntas sobre mí durante el trayecto a mi casa y terminé contándole mi deseo de invertir en ropa. Había comprado una máquina de coser y estaba muy emocionada con la idea de hacer prendas para vender, transformando en modelos reales los bocetos que dibujaba.

—Vas a ser la dueña de la mayor marca de moda de Belo Horizonte.

—No es para tanto. Solo es un sueño.

—Los grandes proyectos comenzaron solo con un sueño.

—Eres muy optimista.

—A veces hay que serlo.

—Es bueno aprender eso. —Sonríe.

Ricardo me devolvió la sonrisa y soltó el volante al detener el coche.

—Hemos llegado —anunció, lo que me hizo mirar fuera del coche y ver la calle donde había crecido.

—Gracias.

—De nada.

—Ha sido un placer conocerte. —Me desabroché el cinturón y me incliné en el asiento para darle un abrazo.

Se suponía que sería un simple abrazo. Quería darle las gracias por ese día. Si no hubiera sido por él, seguramente habría llegado a casa llorando, pero su presencia me hizo olvidar a Alexandre y lo que me había hecho durante unos instantes.

Ricardo me devolvió el abrazo, apretándome contra él.

Debería haberme apartado, pero me quedé en ese abrazo demasiado tiempo y, cuando finalmente nos separamos, mis ojos se encontraron con los suyos de nuevo y me quedé allí, tiesa. Sin duda, salir con un desconocido no era la mejor idea que se me podía haber ocurrido, pero inclinarme hacia él y tocar sus labios con los míos fue una idea aún peor.

No conocía al chico, podía tener esposa, novia o algo así. Ese beso fue completamente imprudente, proveniente de alguien frustrada y desesperada, que estaba sintiendo algo que no debía por un desconocido.

Noté que Ricardo movía las manos e imaginé que iba a apartarme, pero, en cambio, se desabrochó el cinturón y me sujetó la nuca, profundizando el beso y sumergiendo su lengua en mi boca.

Debería haber interrumpido el contacto, pero dejé que la imprudencia fuera más allá de lo inimaginable.

Mi lengua se sumergió en su boca y descubrí un sabor mejor de lo que esperaba. Ricardo me devolvió el beso con la misma intensidad. No necesitaba librarme de un problema para caer en otro. Mi sentido común luchó contra el deseo desesperado de cometer alguna locura, pero cuando él echó el asiento hacia atrás y me atrajo hacia su regazo, mi juicio quedó momentáneamente a un lado.

Mi cuerpo se estremeció con el contacto. Me había puesto un vestido para encontrarme con Alexander, pero me di cuenta de que había sido una pésima idea.

Ricardo llevaba jeans, pero el tejido grueso no fue suficiente para evitar que lo sintiera. Eché el cuerpo hacia atrás y casi golpeo la bocina con la espalda. Hubiera sido mejor que eso hubiera sucedido, porque probablemente el ruido me habría hecho recuperar el juicio.

Sentí sus manos agarrar mi muslo y subir por el costado de mi cuerpo, presionando hasta sujetar mi cintura y subiendo la falda del vestido.

El sentido común, el decoro e incluso la prudencia fueron cualidades que perdí por completo mientras nos besábamos con un fuego inimaginable. No debería haberme involucrado con el primer chico con el que me crucé después de lo que pasó con mi ex novio, pero simplemente no pude contenerme.

¡Venganza! Quizás esa era la razón por la que estaba meneándome en el regazo de un desconocido mientras lo besaba de una manera que me volvía cada vez más loca de deseo. Sin embargo, lo que estaba haciendo tenía cada vez menos que ver con Alexandre.

Eché la cabeza hacia atrás y dejé escapar un gemido cuando Ricardo bajó con la boca por mi cuello y me mordisqueó la base de la garganta. Cerré los ojos y me olvidé por completo de que estábamos aparcados justo en la puerta de mi casa. Afortunadamente, eran más de las nueve de la noche y no había ningún vecino en la calle.

Deslicé mis manos por sus brazos y hundí los dedos en sus hombros, presionando las uñas contra la fina capa de tela de la camiseta.

Él también soltó un suspiro y volvió a subir con la boca, mordisqueándome el labio inferior, antes de volver a besarme.

No debería haberlo hecho, pero me subí ligeramente la falda, dejando solo su ropa y mis bragas impidiendo que nos conectáramos directamente. Era impensable, nunca hubiera imaginado tener sexo con un desconocido, sin embargo, si había algo de lo que estaba segura en ese momento era de que estaba completamente fuera de mí.

—Thaís... —susurró mi nombre contra mis labios.

—Tengo que irme. —Levanté mi cuerpo, dispuesta a salir de su regazo, pero Ricardo me agarró por la cintura y me volvió a atraer hacia él.

—¡Quédate!

No era lo que esperaba oír, pero era lo que necesitaba oír para cometer sin duda la mayor estupidez de mi vida.

Con la mano que tenía en mi cintura, me levantó un poco y, con la otra, se bajó la cremallera de los pantalones y me bajó la tanga.

Sentí sus dedos deslizarse por mi tanga, apartándola a un lado, y la necesidad se hizo aún mayor cuando una oleada de deseo recorrió mi cuerpo.

Solté un gemido y se hizo aún más fuerte cuando me penetró. Se encajó en mí y me atrajo hacia él con la mano que tenía en mi cintura.

¿Quién era esa persona y qué me estaba haciendo?

Fue mi último pensamiento racional antes de inclinar la cabeza hacia adelante y volver a besarlo mientras me movía sobre su cadera. La imprudencia ya estaba hecha y no me aparté, solo me dejé llevar por el momento de placer.

Ricardo subió una de sus manos por mi espalda y me sujetó la nuca, intensificando aún más el beso y el contacto con su cuerpo. Mi piel rozaba la suya y, a pesar de que estábamos casi completamente vestidos, sentía un placer inmenso.

Quizás fuera la adrenalina y el peligro de lo que estábamos haciendo, pero no recordaba la última vez que había sentido tanto

placer. Ricardo me mantenía muy cerca de él. Moverme era más difícil, pero también aumentaba el contacto y la fricción.

Poco a poco, la tensión dentro de mí fue aumentando hasta que explotó, sumergiendo mi cuerpo en una intensa ola de placer que me dejó aún más sin aliento.

Me desplomé sobre él y apoyé la cabeza en el asiento, jadeando mientras intentaba recuperarme. Junto con la respiración, poco a poco fui tomando conciencia de mi acto.

—¿Qué he hecho? —Abrí mucho los ojos—. Lo siento.

Intenté levantarme de encima suyo y acabé golpeándome la cabeza con el techo del coche y lastimándome la pierna con el freno de mano.

—No pasa nada, Thaís.

—No está nada bien.

Estaba roja y completamente desconcertada.

—Tengo que irme. —Abrí la puerta del coche y casi me caigo en la calle, completamente desorientada.

—¡Thaís!

—Gracias... Bueno, ¡por todo! —Tenía la cabeza gacha mientras intentaba encontrar lo más rápido posible en el bolso la llave para entrar en casa.

Entré y cerré la puerta detrás de mí. Sentía la zona entre mis piernas muy húmeda, necesitaba un baño. Esperaba que eso me

ayudara a borrar la locura que acababa de cometer.



Capítulo uno

Unos días después...

—Lo siento mucho —me dijo el médico cuando nos encontramos en el pasillo del hospital.

—¡No puede ser! ¡Debe haber algún tratamiento! —Alcé la voz, aunque fuera inapropiado en el lugar donde estábamos, pero era difícil mantener la compostura ante la noticia que acababa de recibir.

—Lo siento mucho, pero el cáncer de páncreas en etapa cuatro no se puede tratar con cirugía. La metástasis ya ha alcanzado otros órganos.

—¿Y la quimioterapia?

El médico solo negó con la cabeza y yo me puse aún más nervioso. Empecé a caminar de un lado a otro. No estaba preparado para afrontar una noticia como esa y supongo que, en el fondo, nadie lo estaría.

—Mi padre estaba bien esta mañana, y de repente se desmaya y ustedes me dan esa sentencia de muerte. Podemos llevarlo a Estados Unidos, Europa o cualquier otro lugar con mejores recursos para un tratamiento adecuado.

—No hay nada que ningún médico pueda hacer.

—Me niego a aceptarlo... —Me pasé la mano por la cara y luego cerré el puño. Temblaba como un perro rabioso, y que me dijeran que no había nada que pudiera hacer para ayudarlo me enfurecía aún más.

—Hijo... —Mi madre me puso la mano en el hombro y me hizo mirarla.

—Él estaba bien —murmuré en negación.

—Ya sabes lo terco que es tu padre. Nunca le ha gustado ir al médico.

—No es cuestión de gustos, mamá.

—Sí que tiene que ver. Llevaba tiempo sin encontrarse bien, y el desmayo en la empresa fue solo uno de los muchos síntomas

recientes.

—¿Y no hiciste nada?

—Le pedía que fuera al médico, pero tu padre me ignoraba por completo. Siempre ha sido muy testarudo.

—Si hubiera venido antes...

Mi madre suspiró y empezó a acariciarme el hombro.

—Deberá salir de la sedación en unos minutos —dijo el médico, llamando mi atención de nuevo—. Si quieren hablar con él...

Mi madre y yo nos miramos y acabé asintiendo.

—Vamos a la habitación. —El médico nos indicó el camino y lo seguimos.

Fui el primero en entrar y me senté en un sillón junto a la cama donde yacía mi padre. Mi madre se acomodó en el sofá y el médico se retiró, dejándonos solos. No sé cuánto tiempo estuve sentado en ese sillón, angustiado, hasta que él abrió los ojos y me miró fijamente.

—Ricardo... —Su voz era débil y casi inaudible.

—Hola, papá. —Me levanté del sillón y me acerqué a la cama, sosteniendo su mano entre las mías—. ¡Viejo testarudo!

—Creo que sabemos muy bien a quién has salido—. Intentó reír, pero acabó haciendo una mueca de dolor por la molestia que le causaba el tubo respiratorio.

—Al menos yo voy al médico.

—Yo fui al médico, hijo. Fui a varios hace unos meses. Todos me dijeron lo mismo, que la quimioterapia solo podría prolongar un poco mi vida, pero no garantizaría nada.

—¿Por qué no nos dijiste nada, papá?

—Tu madre y tú no tenían por qué sufrir antes de tiempo.

—Teníamos derecho a saberlo.

—Ahora lo saben.

—Alfonso... —Mi madre me lanzó una mirada recriminatoria.

—No tenían por qué sufrir, yo no quería eso.

—Vamos a sufrir de todos modos. —Mi madre negó con la cabeza, haciendo un gesto de negación.

—¿Ricardo? —Me llamó y giré la cabeza, dirigiéndole mi atención.

—¿Sí?

—Ahora tienes que dejar las distracciones y centrarte en la empresa.

—Vas a volver allí, papá.

—No, sabemos muy bien que no lo haré.

—Sé un poco más optimista. —Esbocé una sonrisa, por mucho que estuviera completamente destrozado por la situación.

—Hijo, todos te necesitan ahora.

—Eres un buen director general, papá.

—Pero ya no puedo seguir siéndolo, y no hay nadie en quien confíe más y que esté tan bien preparado para asumir ese puesto como tú. El dinero que gasté en tu formación ahora debe revertirse en beneficio de todos.

—Todos te echarán de menos en la dirección de la empresa. —Le tomé la mano, haciendo que se moviera y me mirara.

—Serás un buen sustituto.

Negué con la cabeza.

—Sí, lo serás —insistió.

—Está bien, pero puedes quedarte en casa y darme consejos.

—Lo haré durante el mayor tiempo posible, pero no estoy seguro de que sea suficiente.

—Gracias.

Tragué saliva mientras pensaba en el rumbo que tomaría mi vida a partir de ese momento. Había intentado desviarme de mi camino y había creado lagunas, pero, con la enfermedad de mi padre, ya no podía escapar de mi destino.



Thaís

Capítulo dos

Me desperté con náuseas. El reloj aún no marcaba las seis de la mañana y ya estaba corriendo al baño para vomitar lo que ni siquiera había comido.

Pensé que algo me había sentado mal el día anterior, tal vez la salchicha que probé en la sección de carnes no estaba en buen estado.

Era temprano, pero tenía que arreglarme y estar en el supermercado antes de que abriera, en media hora.

Era imprescindible que todo estuviera listo para recibir a los clientes a lo largo del día.

Mi celular vibró cuando volví a la habitación y me encontré con un mensaje de Duda.

Duda:

¡Buenos días!

Thaís:

¿Te caíste de la cama?

Duda:

Básicamente eso. Hoy Walter ha roncado como una excavadora y no he podido dormir bien. He decidido levantarme y poner algo de ropa a lavar antes de ir al trabajo. A ver si así me relajo un poco antes de la burocracia y el aburrimiento de siempre.

Thaís:

Sí, realmente necesitas relajarte.

Mi prima había seguido lo que todos consideraban el mejor camino. Tenía un trabajo estable en un banco estatal, pero cada vez era más evidente que ese no era el lugar donde quería estar.

Casada desde hacía poco más de un año, se esforzaba por llevar una vida más tranquila y, a veces, incluso se convencía de que

era todo lo que necesitaba.

Duda:

¡Tienes razón! Lo necesito de verdad. ¿Qué te parece si salimos hoy a relajarnos, solo tú y yo? Será genial para olvidar a ese idiota que te engañó.

Thaís:

¡Me gusta la idea!

Después de pillar a Alexandre acostándose con otra mujer y de que mi relación se fuera al traste, me sentía derrotada; sin embargo, no era precisamente en mi ex en quien más pensaba últimamente...

Le había contado a Duda sobre mi ruptura, pero no lo que había pasado después. Si hasta yo me juzgaba por haberme acostado con un desconocido, ¡y encima sin condón! Mi prima se volvería loca si se enterara. No volví a ver ni a hablar con Ricardo después de ese día. Incluso pensé en enviarle un mensaje por la aplicación, diciéndole que había olvidado algo en el coche, solo para poder hablar con él, pero no lo hice.

Sin duda, había perdido algo muy importante en ese coche: mi cordura.

Duda:

Te veo en tu casa a las 19:00.

Thaís:

Hecho.

Salir con mi prima parecía una buena idea. Necesitábamos un rato a solas para divertirnos y para que yo dejara de pensar en hombres, en el idiota que me había traicionado y en el desconocido con el que había actuado por puro impulso.

No sabía nada más de Ricardo, aparte de su nombre y que era conductor de un servicio de transporte de aplicación. No sabía su edad ni en qué barrio vivía. El hecho de que se hubiera ido y no se hubiera puesto en contacto conmigo después de ese día ya significaba mucho. Habían pasado unos veinte días desde lo ocurrido, y la probabilidad de que viniera a buscarme para que pudiéramos vernos de nuevo y hablar de cualquier cosa era cada vez más escasa.

Quizás sería mejor dejar de lado a los hombres por ahora. Suspiré al mirar algunas blusas que había cosido y que estaban dobladas sobre mi cómoda. Iba a hacer algunas piezas más antes de intentar venderlas, a ver si alguien se interesaba por ellas. Sin embargo, por el momento, necesitaba centrarme en mi trabajo formal, y con el estómago revuelto, todo indicaba que iba a ser un día muy difícil.



Capítulo tres

Tomé el gemelo de oro y lo coloqué en la manga de mi camisa. Hice lo mismo con el otro antes de levantar la cabeza y mirar mi imagen en el espejo. Me arreglé la corbata azul y fui a buscar la chaqueta que había dejado sobre la cama.

El mundo en el que había nacido y crecido me llamaba y ya no podía perder el tiempo con distracciones. Ojalá nunca hubiera tenido que asumir ese cargo, pero con el cáncer terminal de mi padre, parecía inevitable.

Quería estar con él en el hospital, pasar cada minuto de sus últimos días a su lado, como estaba haciendo mi madre. Sin embargo, lo único que mi padre quería era que yo fuera a la empresa.

Fontana Emprendimientos era una empresa de construcción civil fundada por mi tatarabuelo, un inmigrante italiano que había llegado en barco a Brasil, se había instalado en Minas Gerais y había visto la posibilidad de ganarse la vida construyendo casas para otras personas. Gracias a ella, mi familia hizo fortuna, se destacó en el mercado y actualmente construía edificios comerciales y residencias de lujo.

Gracias a Fontana, crecí con todo lo que podía desear. Fui un niño que estudió en la mejor escuela privada, pasó años viviendo en el extranjero y tuvo la oportunidad de conocer varios lugares del mundo. Sin embargo, mi vida estaba muy lejos de ser como la de la gente común. Rodeado por una jaula de oro, revestida con los miles de millones que estimaban la fortuna de mi familia, no tenía ni idea de cómo era la vida lejos de eso.

Tenía pocos amigos, y todos ellos tenían una realidad de vida más cercana a la mía. Rodeado por esa burbuja, nunca podría saber cómo sería la vida de las personas sin mi condición económica o cómo me verían sin el dinero, a menos que pusiera en práctica la idea más loca que jamás se me había ocurrido.

Al escuchar una conversación de los empleados de mi casa, descubrí que muchos usaban una aplicación para compartir viajes. Decidí registrarme y me dediqué a ello, por la simple oportunidad de conocer gente y saber cómo se relacionarían conmigo sin saber quién era. Haber nacido rico tenía sus comodidades, pero también me trataban de manera diferente. Dentro del coche, podía ser solo un humilde conductor.

La mayoría de los pasajeros hablaban mucho. Tenían innumerables problemas o pasaban por situaciones que yo nunca viviría, ya que tenían recursos que para ellos no eran tan fáciles de conseguir.

Conocí a gente amable, a gente estresada y a gente maleducada. Me dieron consejos sobre lugares de la ciudad que fui a conocer. Lugares sencillos, pero divertidos.

Pero llegué demasiado lejos con una de las pasajeras.

No esperaba que fuéramos a tener sexo. Solo quería hacerla sentir mejor, porque parecía muy molesta. Sin embargo, no puedo negar que la excitación de tenerla en mi regazo me hizo cruzar la línea del buen sentido.

Pensé en llamarla después, o volver a la dirección donde la había dejado, pero teniendo en cuenta que estaba mintiendo sobre quién era realmente, no me pareció una buena idea. Luego mi padre se desmayó y mi vida se convirtió en una bola de nieve. Con una doble jornada, dividiéndome entre la empresa y el hospital, ya no tenía tiempo para jugar a ser conductor de aplicación y salir en un coche popular para despejarme.

Por supuesto que me gustaban mis coches importados, pero nadie usaba un Porsche para llevar pasajeros.

Admito que, por muy curioso que estuviera por la vida de la gente más sencilla, me gustaba mucho mi vida y las comodidades que tenía. Pero tener dinero no significaba que no tuviera problemas que afrontar. Con la ausencia de mi padre, el peso en mis espaldas se hizo enorme, ya que querían que fuera igual o mejor que él.

Tomé mi reloj de pulsera, mi móvil y la cartera de la mesita de noche y salí de la habitación.

—Buenos días, señor. —La criada me sonrió cuando me senté en la mesa del comedor para desayunar.

—Buenos días, Dulce. —Tomé la servilleta y la abrí sobre mi regazo.

—¿Tiene noticias de su padre?

—Ninguna novedad.

—Ah, se pondrá bien. Estamos rezando por él.

—Gracias.

Ni mi madre ni yo habíamos hablado con los empleados sobre el veredicto terminal que los médicos habían dado a mi padre. Esperaba que la esperanza que todos tenían de que mejorara surtiera efecto.

—El café está recién hecho. Acabo de servirlo.

—Gracias.

—¿Quiere que prepare algo y se lo lleven a su madre al hospital? Puede que necesite algo.

—La llamaré más tarde y les pediré que le avisen si ella quiere.

—De acuerdo.

Esa mañana no tenía apetito. Pensar en la enfermedad de mi padre me revolvió el estómago, pero precisamente por él tenía que ser fuerte.

Me levanté de la mesa, dejé la servilleta junto al vaso medio lleno de leche y me dirigí hacia el pasillo.

—Señor, ¿no va a desayunar?

—No tengo hambre, Dulce.

—Pero tiene que comer.

—Más tarde. —Le hice un gesto con la mano y me dirigí al garaje sin decir mucho más.

Era mejor ir con el estómago vacío a la empresa. Tenía que prepararme para enfrentarme a todos y asumir un papel que esperaba que fuera de mi padre durante unos años más.

Muy diferente del coche popular que conducía como modo de escape, me subí a mi coche deportivo importado. No es que me gustara llamar la atención. A pesar de todas las riquezas de mi familia, normalmente prefería mantenerme alejado de los focos. Siempre optamos por llevar una vida discreta, sin llamar la atención de los demás. Mi padre decía que era una forma de mantenernos a salvo.

Escondido detrás de las láminas oscuras de los cristales, arranqué y accioné la palanca de cambios automática.

Vivíamos en un barrio cerrado, a unos kilómetros de distancia de donde estaba la empresa, frente a un hermoso lago y con todas las comodidades. Cuando era niño, al tener colegio, parque infantil e incluso un pequeño centro comercial dentro del barrio cerrado, iba poco a la ciudad y tenía un contacto prácticamente escaso con otras personas de un nivel diferente al mío. Mi contacto más cercano era con Dulce y los demás empleados, que salían temprano de sus casas para llegar a la mía a primera hora de la mañana.

La sede de Fontana Emprendimientos, un hermoso edificio con una fachada de cristal reluciente, una obra maestra de la ingeniería, como decía mi padre, estaba situada en uno de los extremos de la ciudad, cerca del BH Shopping. Después de cumplir dieciocho años y entrar en la facultad de administración de empresas, frecuentaba más la empresa, aprendiendo la información que consideraban relevante que yo supiera para cuando asumiera la dirección. Doce años después, todavía pensaba que ese momento no llegaría tan pronto, o esperaba que se pospusiera un poco más.

Sí, mi padre estaba envejeciendo. Ya no era el hombre que recordaba de mi infancia, con barba espesa y cabello negro como el carbón. Con el peso de la edad, estaba un poco encorvado y su cabello cada vez más blanco.

Sin embargo, esa empresa siempre había sido su vida. Pensaba que sería difícil verlo alejarse o jubilarse, pero el destino acabó forzando esa decisión.

Aparqué el coche en el garaje, miré la hora en el reloj y tragué saliva.

Mi celular vibró cuando me detuve frente al ascensor. Saqué el aparato del bolsillo y me encontré con un mensaje de un viejo amigo.

João Paulo era el amigo más cercano que tenía desde niño. Éramos vecinos en el condominio. Su familia tenía un bufete de abogados y, al igual que yo, tuvo una infancia acomodada dentro de una jaula de oro. Por nuestra cercanía, él era el único que sabía de mis escapadas al mundo real como conductor de aplicación.

João P.:

¿Salimos a tomar algo hoy?

Ricardo:

No puedo, y sabes que no bebo.

João P.:

Eres un pesado, ya me acuerdo. Te puedo invitar a una hamburguesa y un zumo de naranja si estás dispuesto a hacerme compañía. Estoy un poco harto de Marcela.

Ricardo:

¿Ya terminaron?

João P.:

No... Todavía no.

Ricardo:

Tienes que ser un poco más comprensivo con ella.

João P.:

¿Ella es la loca y yo tengo que ser comprensivo? ¡Por favor!

Ricardo:

Ojalá mis problemas fueran por una novia.

João P.:

¿Vas a decir que el coche de aplicación te dejó tirado?

Ricardo:

¿Qué? No. Mi padre está mal, amigo. Los médicos han dicho que tiene un cáncer terminal incurable.

João P.:

¿En serio? ¡Vaya, hermano, qué mierda! ¿Por qué no me dijiste nada?

Ricardo:

Todavía estoy en shock y en negación desde que recibí la noticia.

João P.:

Lo siento mucho.

Ricardo:

Gracias.

João P.:

¿Cómo está? ¿Dónde está?

Ricardo:

Está ingresado en el hospital y mi madre se está quedando con él. Me gustaría estar allí, pero acabo de llegar a la empresa. Tengo que ocuparme de las cosas de aquí.

João P.:

Esto iba a pasar tarde o temprano.

Ricardo:

Esperaba que fuera más tarde. No imaginaba a mi padre jubilándose.

João P.:

Él ya no es un niño.

Ricardo:

Pero solo tiene sesenta y dos años.

João P.:

Lo siento mucho. Tengo un caso en el tribunal esta tarde, pero podemos quedar para ir a visitarlo juntos después.

Ricardo:

Gracias. Buen trabajo.

João P.:

Igualmente.

Salí del ascensor mientras seguía respondiendo los mensajes de mi amigo. Guardé el móvil en el bolsillo después de enviar el último.

—¡Buenos días, señor Ricardo! —La secretaria de mi padre me sonrió cuando me acerqué.

Tenía la costumbre de ir a esa sala, pero me resultaba muy extraño acercarme a ella sabiendo que mi padre no estaba allí.

—Buenos días.

—¿Alguna noticia de su padre?

—Creo que las mismas que todos ya saben.

Incómoda, bajó la cabeza y se quedó mirando el suelo de porcelanato color crema bajo sus pies.

—Lo siento mucho.

—Todos lo lamentan.

—Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarlo con la transición.

—Le agradezco su disponibilidad, Laura.

Ella asintió con la cabeza antes de estirar la mano y tomar una agenda que estaba sobre su mesa. Hojeó las páginas y leyó una de ellas, para luego girarse hacia mí de nuevo.

—Hoy tiene una reunión con la junta directiva para definir su nuevo cargo en la empresa, ya que ahora es el director ejecutivo de Fontana.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Después tiene una reunión con el departamento financiero.

—De acuerdo. Avise a los directores que vayan a la sala de conferencias, que allí los estaré esperando.

Antes incluso de comunicarles que la empresa seguiría las directrices de mi padre, sabía que todos me dirían lo mucho que lamentaban lo sucedido. Quería que ese pesar de la gente fuera suficiente para revertir la situación, pero por desgracia no fue así.



Thaís

Capítulo cuatro

Salí del supermercado a última hora de la tarde, como de costumbre. Estaba más agotada de lo habitual y sentía que tal vez había contraído algún virus. Caminaba hacia casa, buscando la llave de la puerta en mi bolso, cuando me quedé paralizada al recordar la imprudencia de haber tenido relaciones sexuales con el conductor de la aplicación.

¿Habría contraído alguna ETS[1]?

¡Era justo lo que me faltaba! No bastaba con pillar a mi ex acostándose con otra, ¿el destino también tenía que vengarse de mí de esa manera? Además, ¿en qué estaba pensando?

Entré en casa y vi a mi madre sentada en el salón viendo una telenovela. Estaba tejiendo algo y me sonrió al verme.

—¡Hola, hija! ¿Qué tal el trabajo?

—Bien.

—¡Ah, qué bien!

—¿Dónde está papá?

—Intentando cambiar la ducha. Parece que se ha quemado la resistencia.

—¿Por qué no llamaron a alguien para que lo revisara?

—Ya sabes cómo le gusta a tu padre arreglarlo todo él solo.

—Luego se hace daño. —Crucé los brazos y fruncí los labios en una expresión recriminatoria, que mi madre fingió no tener nada que ver con ella.

—Ahora podemos ducharnos con agua caliente. —Mi padre apareció en la sala completamente empapado—. ¡Ah, hola, hija!

—¡Te has cortado la mano, Pedro! —Le lancé una mirada de reproche.

—¿Qué? No me la he cortado. —La escondió detrás de su cuerpo y yo negué con la cabeza.

—¿Por qué no llamaste a alguien para que arreglara la ducha?

—Yo puedo hacerlo, hija.

—Hum. —Los miré a los dos con expresión aún seria. Ya no eran tan jóvenes y tenían que cuidar su salud. —Voy a darme una ducha y arreglarme.

—¿Vas a salir con Alexandre? —preguntó mi madre, haciéndome tragar saliva.

Aparte de Duda, no le había contado a nadie lo de mi ruptura, ni siquiera a mis padres. Todavía me entristecía revivirlo todo y pensar en la traición. A mis padres les caía bien Alexandre y no quería entrar en detalles sobre lo que había presenciado.

—No, con Duda.

—Ah, qué bien.

Me giré sobre mis talones y los miré a los dos antes de poner las manos en la cintura. Necesité respirar profundamente durante unos segundos, tomando aire y valor para revelarles lo que me estaba removiendo por dentro desde el día del suceso.

—Alexandre y yo ya no estamos saliendo.

—¿Cómo que no? —Mi madre abrió mucho los ojos—. Era un buen chico, pensé que se iban a casar.

—Yo también pensaba lo mismo, mamá, pero parece que él no.

—¿Qué pasó?

—Lo pillé engañándome.

—¡Dios mío! —Se llevó la mano a la boca, sorprendida. Mi padre se quedó mirándonos; quizás él estaba pensando si debía o no dar su opinión, pero optó por quedarse callado—. ¿Cómo pasó?

—No quiero entrar en detalles sobre eso.

—Pero... —mi madre empezó a murmurar.

—Solo tienen que saber que ya no estoy saliendo con él.

—Confío en tus decisiones, hija. —Mi padre finalmente abrió la boca.

—Gracias. —Sonreí mientras le acariciaba el hombro—. Voy a arreglarme para salir.

—Que tengas un buen paseo —dijo mi madre.

Le sonreí y me dirigí al baño. Vivíamos en una pequeña casa de una sola planta. Mi padre se enorgullecía de haberla construido él solo hacía casi treinta años y yo me reía de ello.

Fui a mi habitación, tomé un vestido que yo misma había cosido, ropa interior y me fui a duchar. El lugar era un auténtico desastre, casi como si mi padre hubiera usado unas botas llenas de barro para entrar allí. Me alegré de que mi madre no fuera la primera en verlo, porque le habría dado un ataque. Bajé la tapa del inodoro y puse mi ropa encima, cerré la puerta con llave, tomé una escobilla, tiré gran parte de la suciedad en la ducha antes de abrirla y esparcí un poco de agua por el resto del baño para terminar de limpiarlo.

Me di una ducha, me puse crema y me cambié de ropa allí mismo. Pero dejé para hacer fuera del baño tanto el maquillaje como el peinado.

Me despedí de mis padres, que estaban en la sala discutiendo sobre un problema en el fregadero del tanque en el área exterior, y salí a la calle. Tomé mi móvil y vi que ya eran más de las siete de la tarde, la hora a la que Duda había quedado en venir a recogerme.

A diferencia mía, mi prima tenía carnet de conducir y coche, además de no tener ningún miedo a conducir.

No tardó mucho en aparecer el faro en el horizonte y se detuvo junto al bordillo, tocando el claxon con aire travieso.

—¡Buenas noches!

—¡Hola! —Me acerqué al coche.

—¿Estás lista?

—Sí.

—Entonces entra. —Hizo un gesto señalando.

Di la vuelta al pequeño y popular coche rojo que ella tenía y me acomodé en el asiento del copiloto, poniéndome el cinturón y abrochándolo antes de girarme hacia ella.

—Me encanta tu vestido —me dijo.

—¡Gracias!

—Quiero uno igual.

—Mis diseños son exclusivos —dije en tono bromista, haciéndola fruncir los labios y fingir mal humor.

—Ah, entonces me harás uno aún más bonito.

—Trato hecho.

—Genial. —Me rió mientras arrancaba el coche—. ¿Cómo van las cosas?

—Les conté a mis padres que ya no estoy saliendo con Alexandre.

—¿Y qué tal?

—Lo aceptaron relativamente bien.

—Eso es bueno, ¿no?

Asentí con la cabeza mientras extendía las manos y las colocaba sobre la guantera del coche.

—¿Te ha vuelto a hablar? ¿Ha intentado justificarse o algo así?

—Ni siquiera me envió un mensaje para disculparse. —Resoplé, irritada—. ¡Eso solo demuestra lo idiota que fui! Él no me quería ni un poquito, o habría venido a buscarme.

—¡Tranquila, Thaís! Piensa que ha sido mejor así. Imagínate si te hubiera estado persiguiendo. ¿Le habrías perdonado?

—¡Por supuesto que no! —Crucé los brazos, hinchando el pecho.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

—Entonces es mejor que desaparezca de una vez y no te moleste. Nadie se merece que su ex le moleste mientras intenta seguir adelante.

—Tienes toda la razón.

—¡Siempre! —Me guiñó un ojo, haciéndome reír.

Sentí un dolor de estómago y me retorcí en el asiento.

—¿Estás bien? —preguntó Duda al ver mi mueca de dolor.

Asentí con la cabeza.

—Has puesto una cara horrible.

—Son solo cólicos, se me pasará enseguida. Ya debería haberme bajado la regla, debe ser alguna señal.

—¿Estás con un atraso?

Asentí con la cabeza.

—Apuesto a que fue por el estrés de haber pillado a Alexandre con esa otra. Pronto volverá a la normalidad —dije.

—Solo falta que te hayas quedado embarazada de él. —Ella se rió con tono burlón y, de repente, me quedé paralizada ante esa posibilidad. Estaba preocupada por una posible ETS, pero ¿y si los resultados de esa imprudencia fueran otros?

—Siempre usé condón con Alexandre.

—Entonces debe ser el estrés. Las posibilidades de que el condón se rompiera son mínimas. Menos mal, ¿no? ¿Te imaginas si te quedaras embarazada de ese idiota ahora mismo?

—Hay un problema. —Me puse pálida.

—¿Olvidaste usarlo algún día? —Nos detuvimos en un semáforo de nuevo y ella se giró para prestar más atención a mi rostro.

—Sí...

—¡Vaya, Thaís, qué metedura de pata! Sé que quieres ser madre, pero definitivamente no es el mejor momento. ¿Qué vas a hacer si realmente estás embarazada? ¿Perdonar la traición y volver con ese imbécil de Alexandre?

—No fue con Alexandre con quien me acosté sin condón.

—¡Espera! ¿Qué historia es esa? —Agarró el volante con más fuerza.

—Me acosté con un chico después de pillar a Alexandre con otra —confesé, sintiendo una vergüenza inmediata al revelar ese acto completamente impulsivo.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. —Giré la cara hacia la calle mientras María Eduarda maniobraba el coche para aparcarlo junto al bordillo.

—Estás bromeando.

Negué con la cabeza, queriendo ocultar mi rostro con las manos por la vergüenza que sentía.

—¿Qué cara es esa, Thaís? Ni siquiera sabía que tenías otro chico. Nunca mencionaste la posibilidad de un recambio. ¿Lo conozco? Apuesto a que es alguien del supermercado. Hay unos empleados muy guapos. Walter se puso muy celoso cuando uno me sonrió el otro día.

—No es nadie del supermercado.

—¿Un cliente? Porque, vaya, casi nunca sales a ningún sitio para conocer gente nueva. Todavía no me puedo creer que hayas hecho eso.

—Peor aún. —Puse mis manos sudorosas sobre mis rodillas, presionándolas.

—¿Cómo que "*peor*"?

—Fue con un chofer de aplicación. Me recogió en casa de Alexandre después de que lo pillara in fraganti. Estaba llorando mucho, así que el chico me llevó a comer una hamburguesa. Fue muy amable conmigo y, cuando me trajo a casa, simplemente pasó.

—¡No me lo puedo creer!

—¡Duda!

—Estás bromeando, ¿no?

Negué con la cabeza.

—¿Sabes al menos cómo se llama el chico?

—Ricardo.

—¿Lo volviste a ver después de que tú...? ¡Mierda, Thaís! Todavía no me puedo creer que hayas hecho eso.

—Fui imprudente, lo sé.

—¡Demasiado imprudente! De uno a diez, te doy un diez. ¿Al menos volviste a ver a ese chico?

—No.

—¡Vaya! —Bajó la cabeza y empezó a masajearse las sienes.

Nos quedamos unos minutos en silencio hasta que se enderezó y volvió a arrancar el coche.

—¿El bar no está ahí? —Señalé.

—Vamos a una farmacia. Tienes que hacerte un test.

—Puede que no lo esté. —Temblé al pensar en esa posibilidad.

Quería ser madre, era parte de mis planes para el futuro, pero no esperaba que sucediera antes del matrimonio y mucho menos en esas circunstancias.

—Tienes razón. —Estuve de acuerdo con Duda porque necesitaba deshacerme de esa duda de una vez por todas.



Capítulo cinco

Me levanté de la silla cuando vi a João Paulo aparecer en mi campo de visión. Llevaba el típico traje de corte impecable y el pelo peinado hacia atrás, como solía llevar desde que éramos niños.

—¿Tu madre sigue peinándote?

Puso mala cara, pero acabamos riéndonos juntos. Realmente necesitaba su presencia para sentirme un poco mejor.

—¿Cómo estás? —Me dio una palmada en el hombro antes de darme un abrazo.

—Con dolor de cabeza.

—¿Todo ha ido bien en la empresa?

—Como era de esperar.

—Me gustaría decirte que todo va a salir bien, pero parece que los médicos han sido muy enfáticos en su postura.

—Gracias por estar aquí de todos modos.

João asintió con la cabeza y le hice un gesto para que me siguiera. Fuimos a la recepción del hospital y di mis datos personales para que nos dejaran entrar.

—¿Sigues haciendo de chófer? —preguntó en tono jocoso al entrar en el ascensor. Supuse que estaba intentando que pensara en otra cosa que no fuera la crítica situación de mi padre.

—Con mi padre en este estado, no estoy de humor para distracciones.

—Creo que ya has hecho de psicólogo durante mucho tiempo.

—Me gustaba escuchar las historias de los pasajeros. —Me detuve mirando el espejo del ascensor, pero mi mente divagó lejos.

Me había cruzado con mucha gente desde que me propuse comenzar esa pequeña aventura. Hombres, mujeres e incluso niños, de diferentes partes de la ciudad, con innumerables problemas y profesiones diferentes, entraron en mi coche, pero nunca había

estado tan cerca de alguien como de Thaís. Verla llorar nos acercó y el desenlace escapó completamente a mi control.

—¿Ricardo?

Parpadeé al darme cuenta de que João me estaba llamando.

—¿Has oído algo de lo que he dicho?

—¿Puedes repetirme…?

—Debes necesitar descansar.

—Quizás.

—No estabas pensando en tu padre, ¿verdad? —João se inclinó hacia mí y me miró fijamente.

Me sorprendía terriblemente la facilidad con la que parecía descifrarme. Nos conocíamos de toda la vida, es cierto, pero él parecía ser mejor que mi madre en ese aspecto.

—Tuve sexo con una pasajera.

João se quedó boquiabierto durante unos minutos.

—Eso no me lo esperaba. ¿Te tiraste encima de la pobre chica? El acoso es un delito, ¿no?

—No es lo que estás pensando.

—Estoy pensando muchas cosas.

El ascensor llegó al piso donde estaba la habitación de mi padre y caminamos juntos por el pasillo. Me arrepentí un poco de haberle contado eso a mi amigo, porque sabía que no iba a dejarme en paz hasta sacarme toda la información posible.

—Ella estaba llorando...

—Aprovechador...

—¡Cállate, idiota!

—Aprovechaste el llanto y fuiste a consolar a la chica para meterle la verga.

—¡No! Hablamos, la llevé a comer una hamburguesa, fue justo después de besarnos y al final pasó eso.

—Si fue tan fácil, imagínate si ella supiera quién eres realmente.

—No todo se reduce al dinero, João.

—El noventa por ciento de las cosas, sí. —Él se encogió de hombros.

Empujé la puerta de la habitación de mi padre, dispuesto a poner fin a este asunto. Quizás Thaís había sido la primera y única mujer que se había involucrado conmigo sin pensar en todo lo que tenía, en la cómoda vida que la fortuna de mi familia podía ofrecerle.

—¡Ric! —Oí un grito agudo cuando entré en la habitación, lo que me hizo retroceder dos pasos.

Si pensaba que ya había tenido suficiente dolor de cabeza por un día, era porque no esperaba que llegara hasta el final.

Me envolvieron unos brazos delgados y los aparté de mí antes de que el abrazo se hiciera más fuerte. Vi el pelo rubio artificial y la sonrisa cínica de siempre, que me revolvió aún más el estómago. Si existiera una lista de personas a las que no quería ver allí, sin duda ella estaría en lo más alto.

—Leticia, ¿qué haces aquí?

—Pensé que me necesitarías en este momento.

Giré la cabeza, buscando los ojos de mi madre, que se encogió en el sofá donde estaba sentada. No hizo falta que dijera nada para que yo tuviera la certeza de que la presencia de mi ex novia tenía algo que ver con ella.

Letícia era uno de los errores de mi vida de los que más me arrepentía amargamente. De todas las mujeres con las que me había involucrado a lo largo de mi vida, ella era sin duda la más mezquina y egoísta. Al igual que con João, la había conocido en el barrio cerrado. Estudiábamos juntos y acabamos involucrándonos de manera automática. Ella era una versión extraña de *Clueless*[2] que, con el tiempo, me llevó a ponerle fin. Ya no tenía paciencia para escuchar sobre bolsos, ropa y zapatos de marca, o cuánto tiempo pasaba en la Quinta Avenida de Nueva York comprando. No podía pasar cinco minutos hablando con ella sin sentirme extremadamente aburrido.

Romper con ella no fue fácil, pero creía que después del escándalo que montó, yo ya estaba libre. *¡Qué maldito error!*

—Ya le dije a tu madre que pueden contar conmigo para lo que necesiten —me dijo.

—Gracias.

—¡Estoy aquí para contenerte, Ric! —Intentó abrazarme de nuevo y yo di dos pasos más hacia atrás.

—Leticia, ¿por qué no dejamos a Ricardo a solas con sus padres un momento? Creo que lo necesitan —João intentó suavizar la situación.

—Pero... —Frunció los labios, haciendo un puchero.

—Por favor. —Mi amigo la agarró del brazo y la sacó de la habitación, cerrando la puerta detrás de ellos.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí Letícia? —Me giré hacia mi madre —. No deberías haberle dicho nada.

—Me llamó para saber qué estaba pasando. Los vecinos están comentando y no me quedaba otra opción, así que pensé que era mejor decírselo.

Estaba a punto de abrir la boca para recriminar aún más a mi madre por la inoportuna presencia de mi ex novia, cuando la llamada de mi padre me interrumpió:

—Ricardo... —Su voz era débil y dolorida, lo que me partía el corazón.

Lo veía demasiado joven, con mucho tiempo por delante. No quería tener que verlo nunca pasando por esa situación.

—Hola, papá. —Me acerqué a él y le sujeté la mano donde estaba la vía intravenosa.

—Deja a la niña en paz.

—No debería estar aquí en este momento.

—En realidad es bastante agradable.

—No hace falta forzarlo. —Lo dije en serio, todavía lleno de irritación, pero eso hizo que mi padre esbozara una sonrisa.

—¿Cómo va todo en la empresa? —me preguntó.

—Siempre estás preocupado por ella.

—Si no fuera así, no sería yo.

Intenté mantener la sonrisa ante sus palabras, aunque me hicieron sentir completamente incómodo. Era precisamente por ese discurso por lo que no podía imaginarme a mi padre jubilándose o alejándose de Fontana.

—Está todo bien, papá. Me aseguraré de que todo siga como tú quieres.

—Ahora tiene que ser a tu manera, hijo. —Usó las pocas fuerzas que le quedaban para apretarme los dedos—. Yo no voy a volver allí y eres tú quien tiene que encargarse de todo. Puede que al principio sea difícil, pero estoy seguro de que lo conseguirás.

—Gracias, papá, pero Fontana no es lo mismo sin ti.

—Puede que sea mejor.

—No recordaba que fueras tan modesto.

—Estos momentos nos hacen replantearnos nuestra vida.

Tragué saliva, pero me quedé en silencio. Lo único que quería era poder decirle que todo iba a salir bien. Quería creer que tenía ese poder, pero había muchas cosas que el dinero no podía comprar, empezando por el tiempo y la vida.

—¿No le vas a dar la noticia? —Mi madre se levantó del sofá y se acercó a nosotros, deteniéndose a los pies de la cama.

—¿Qué noticia? —Fruncí el ceño. Ya había tenido suficientes sustos en un solo día y no necesitaba más.

—Mañana vuelvo a casa —confirmó mi padre.

—¿Cómo? —Me asusté y arqueé las cejas—. Tienes que quedarte aquí. Los médicos...

—No hay nada que los médicos puedan hacer por mí, hijo.

—¡Eso no es cierto! Papá, son médicos, aquí pueden darte todo el apoyo que necesites. Te harán pruebas, te darán la medicación...

—Ricardo. —Mi padre volvió a apretarme la mano y me hizo callar.

—¡Ey!

—No hay nada más que puedan hacer, y no quiero pasar el resto de mis días tumbado en esta cama como si ya hubiera muerto antes de haberlo hecho.

—¡Papá! —le recriminé por decir eso con voz cargada de pesar.

—Contrataremos a una enfermera —dijo mi madre, tratando de suavizar la situación.

En el fondo, esperaba que si mi padre pasaba el tiempo suficiente en el hospital bajo el cuidado de todos los médicos disponibles, se recuperaría y estaría bien cuando volviera a casa. Salir así era una clara señal de que estaba tirando la toalla.

—¿Y si te quedas aquí unas semanas más, o tal vez un mes? Quizás así...

—Hijo, estas pueden ser mis últimas semanas. O días...

—No digas eso, papá. —Apreté los labios, conteniendo las lágrimas, y sentí las manos de mi madre subiendo por mis hombros para consolarme.

Ese fue un momento que todos estábamos seguros de que viviríamos, pero nadie estaba preparado para él.



Thaís

Capítulo seis

Estaba sentada en un banco en un rincón de la farmacia. Balancé las piernas de un lado a otro como si fuera una niña. Estaba angustiada y temerosa por ese examen. Estar embarazada, sobre todo de un desconocido, no entraba en mis planes a corto plazo. A mis veintisiete años, todavía esperaba mi boda de ensueño en la iglesia, tener mi propia casa y hacer mejores planes para mi futura carrera.

—Esperemos que sea solo una falsa alarma.

Asentí con la cabeza, pero estaba demasiado distraída para prestar atención y procesar realmente lo que Duda estaba diciendo.

En lugar de comprar simplemente un test rápido, preferí hacerme un análisis de sangre que ofrecía la farmacia. Estaría listo en media hora, pero fueron los treinta minutos más angustiosos de mi vida.

Si no estuviera embarazada, me habría llevado un susto más que suficiente como para no volver a plantearme nunca más tener relaciones sexuales sin estar cien por cien segura, además de no arriesgarme con un desconocido. Sin embargo, si lo estuviera...

—Thaís Almeida de Castro.

Levanté la cabeza y dejé de frotarme las manos cuando oí mi nombre.

—Sí.

La mujer que me había extraído sangre para hacer el análisis se acercó a mí y me entregó un sobre.

—Aquí tiene el resultado.

—Gracias.

La sensación era horrible, como si tuviera una estaca clavada en el cuello. Si fuera un sueño, quería despertar pronto, pero no pasó nada cuando me pellizqué.

—¿Quieres abrirlo aquí? —Duda me puso la mano en el hombro y me hizo mirarla.

—Vamos al coche.

Ella asintió con la cabeza y se levantó, caminando en silencio conmigo hacia el vehículo, que estaba parado en la calle frente a la farmacia. Abrí la puerta del copiloto y me tiré en el asiento, hundiéndome en la tapicería.

Sostuve el papel entre mis manos hasta que reuní el valor para abrir el sobre. Mi prima encendió la pequeña luz que había en medio del coche y se quedó mirándome.

—¡Ábrelo ya!

—Espera.

—El resultado no va a cambiar si no lo abres.

Tenía razón, pero eso no significaba que tuviera menos miedo de afrontar el resultado.

Levanté la solapa del sobre y saqué la hoja de papel que había dentro. Rezaba por un resultado negativo, pero mis plegarias no fueron escuchadas.

Positivo...

—¡Estás embarazada! —La voz de mi prima resonó en el coche antes de que yo tuviera oportunidad de verbalizar ese hecho.

—Lo estoy.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¡Maldita sea!

—Primero, asimilar la noticia —balbuceé mientras mi corazón latía cada vez más rápido.

La opresión sofocante en mi garganta se volvió aún más incómoda. Quería gritar, pero me faltaba la voz. Mi cabeza comenzó a dar vueltas y me desplomé contra el asiento.

—¿Estás bien?

—¿Tú qué crees?

—No sé qué pensaría yo si estuviera en tu situación. Siempre fui mucho más fiestera que tú antes de casarme, pero por suerte nunca pasé por eso.

—Mis padres se van a enfadar mucho cuando se enteren.

—Puedes decirles que es de Alexandre.

—¡Que él ni siquiera se entere de este bebé!

—¿Entonces les vas a decir a tus padres que te acostaste con un conductor de aplicación y te quedaste embarazada de él?

—Duda, ¡no empeores la situación!

—Solo estoy diciendo la verdad.

—¡Ah, maldición! —Incliné la cabeza hacia adelante y comencé a masajearme las sienes.

Todavía me parecía increíble haberme metido en esa situación. Nunca fui una chica fiestera, no me acostaba con desconocidos ni me involucraba con alguien por una sola noche. Era

muy mala suerte pensar que me había quedado embarazada en mi primer desliz. Eso era para demostrarme que siempre tenía que mantener la cabeza en su sitio.

—Tengo que prepararme para tener un bebé. Ni siquiera sé si hay espacio para una cuna en mi habitación, y estoy segura de que mi padre se martillará todos los dedos intentando hacer una, después de enfadarse mucho conmigo por el embarazo.

—Será mejor que compres una cuna ya hecha en una tienda.

—Lo sé, pero él intentará fabricarla solo.

—Creo que eso es lo último por lo que tienes que preocuparte ahora.

—¡Exacto! —Resoplé, exhalando con fuerza.

—¿Se lo vas a contar al tipo?

—¿A quién?

—¡Al padre del bebé, claro! ¿Estás pensando con claridad, Thaís?

Me incliné sobre la guantera del coche, conteniendo los sollozos.

—Envíale un mensaje por la aplicación: *"Hola, estoy embarazada".*

—Si es la única alternativa...

—El tipo desaparecerá.

—Es muy probable.

Cerré los ojos, atormentándome aún más por lo que había pasado.

—¡Tranquila! —Me acarició el hombro—. Seré una madrina estupenda.

—Gracias, Duda. —Intenté sonreír, pero estaba completamente aterrada.

—Vamos a casa.

Asentí con la cabeza. No quería hablar con mis padres en ese momento, ya que iban a ser abuelos y el padre era un tipo al que nunca les había presentado.



Capítulo siete

Cuando salí de la habitación de mi padre, con el corazón en un puño y lágrimas corriendo por mi rostro, intenté recomponerme al ver que João y Letícia todavía estaban en el pasillo.

—¿Aún no se han ido?

—Te estábamos esperando, cariño. —Leticia se acercó a mí y esta vez João no lo impidió.

Me abrazó y yo me quedé inmóvil, sin devolverle el abrazo, pero tampoco la aparté.

—Lo siento mucho.

—Gracias.

—¿Quieres que te acompañe a casa hoy? Puedo...

—Quiero estar solo, Leticia. —Aparté sus brazos de mí, empujándola hacia delante para mantenerla lo más lejos posible y que su presencia no empeorara mi malestar.

—Pero...

—Vamos a casa, Leticia. —João tiró de su brazo—. Te llevaré en coche.

—Mi coche está en el aparcamiento del hospital.

—Mejor aún. —Mi amigo parecía aliviado de librarse de esa tarea que él mismo se había ofrecido a hacer.

—¿Necesitas algo? —Se acercó a mí.

Solo negué con la cabeza.

—Vete a casa y descansa.

—Gracias.

—¿Seguro que no me quieres? —Leticia me miró con cara de niña buena, pero yo sabía que su presencia solo empeoraría la situación.

—No —respondí con tono seco.

Seguí por el pasillo sin decir nada más.

Quería poder hacer algo, deseaba tener los recursos suficientes para no tener que dejar ir a mi padre.



Thaís

Capítulo ocho

Duda se acercó a mí y me entregó una taza humeante. La vajilla estaba caliente y la puse sobre la encimera de granito, observando el vapor blanco que se elevaba.

—Es de manzanilla, dicen que tranquiliza.

—Gracias.

—¿Cuándo piensas decírselo a tus padres? —Se detuvo a mi lado y se quedó observándome mientras yo esperaba a que se

enfriara el té.

Estiré un poco el cuello y miré hacia la sala, donde estaba su marido, que aún no sabía que estaba embarazada.

—Tranquila, Walter está jugando, y cuando hace eso no presta atención a nada más.

—No sé cuándo se lo voy a contar a mis padres. Todavía tengo que pensar en cómo hacerlo.

—¿Antes o después de hablar con el padre del bebé?

—Espero que después... —Tomé mi móvil, que estaba sobre la barra.

Había enviado un mensaje a la aplicación diciendo que necesitaba contactar con el conductor. No conseguí ninguna información sobre él, ni número, ni dirección, ni siquiera su nombre completo.

Ante esa situación, me arrepentí aún más de lo que había hecho. Iba a tener un bebé de un tipo del que no sabía absolutamente nada. Había sido amable conmigo en un momento muy difícil, pero...

—¿Y si es un delincuente?

—Thaís, no te asustes.

—No lo sé.

—Debe de ser solo un trabajador, como su padre.

—Espero que sí.

—Sé un poco más optimista.

—¿Cómo quieres que sea optimista después de lo que ha pasado?

—Sí, tuviste mucha mala suerte. —Duda esbozó una sonrisa forzada.

Volví a mirar mi móvil y recibí un mensaje de la aplicación diciendo que no habían podido contactar con el conductor. Querían más información sobre lo que había perdido en su coche y estuve a punto de responder: *mi dignidad.*

Después de haber sido traicionada por Alexandre, pensaba que mi vida ya estaba lo suficientemente destrozada, pero todo empeoró aún más con ese resultado positivo en la prueba de embarazo.

El móvil empezó a sonar y miré con esperanza la pantalla, pensando que podría ser la persona con la que estaba intentando contactar, pero enseguida me desanimé al ver el número de mi madre en el identificador de llamadas.

—¡Hola!

—Hija, ¿estás bien?

Tragué saliva, sintiendo un sabor amargo en la boca. ¿Cómo responder a esa pregunta? Al final opté por una pequeña mentira piadosa.

—¡Genial!

—¡Ah, qué bien! Apuesto a que tú y María Eduarda la están pasando muy bien.

—¡Oh, claro que sí! —dijo mi prima en tono sarcástico al oír la voz de mi madre, que sonaba lo suficientemente alta como para hacerse audible.

—Solo quería saber si vas a volver a casa hoy.

—Ah, ¿por qué?

—Porque me preocupo.

—¡Tranquila, tía! —Duda me quitó el móvil de la mano—. No te preocupes, yo me ocuparé de ella.

—No se acuesten muy tarde.

—Mañana es mi día libre, mamá.

—Buenas noches a los dos.

—Gracias, tía. —Duda colgó y me devolvió el móvil—. Vamos a divertirnos. —Inclinó la cabeza con aire burlón.

—Sí, claro...

—Creo que es mejor que pases la noche aquí y, mientras tanto, pienses en una forma de contarle a tus padres lo del embarazo. Al menos algo es cierto en todo esto, mañana es realmente tu día libre. Como por suerte cae en sábado, podemos hacer algo juntas.

—¿Sentarnos y llorar, por ejemplo?

—Podemos comprar ropa para bebés.

Negué con la cabeza, respiré hondo y volví a mirar mi móvil.

—¿Alguna señal del chico?

—Ninguna.

—¡Maldición! —Suspiró, apoyándose de nuevo en la encimera de piedra de la cocina.

—Puede que nunca consiga hablar con él. Y aunque lo consiga, no hay garantía de que quiera tener algo que ver con este bebé. No estaba en mis planes ser madre soltera. —Incliné la cabeza y empecé a masajearme las sienes.

—Sabes que hay una alternativa, si tú...

—No voy a abortar.

—¡Genial! Esa es la Thaís que conozco. Te metiste en esto y ahora tendrás que lidiar con la situación. Afortunadamente, este pequeño tendrá la mejor madrina del mundo.

—¿Ya te estás autoproclamando madrina?

—¡Pobre de ti si eliges a otra persona! —Se puso las manos en la cintura y me lanzó una mirada fulminante.

—Después de esa amenaza, puedes estar segura de que no lo haré.

—Menos mal. —La mirada seria de Duda se suavizó y esbozó una sonrisa, antes de extender los brazos y abrazarme—. Todo irá

bien. Estoy segura de que serás una madre excelente.

—Gracias. —Le devolví el abrazo, olisqueando su cuello y su cabello rizado.

—Hola, perdón por interrumpir el momento. —Walter apareció en la puerta de la cocina mirándonos y se apoyó en el marco.

—¿Qué pasa, cariño? —Duda se apartó de mí para mirarlo.

—Llegaron temprano de la noche de chicas y no sé si ya cenaron. Voy a pedir una pizza, ¿quieren una?

—Me encantaría una pizza —respondí, sin esperar a que ella dijera algo.

—Entonces pediré dos grandes.

—Gracias, cariño. —Duda le sonrió. Su marido asintió con la cabeza y volvió al salón, donde se puso a mirar el móvil.

—Ojalá ustedes dos también tengan un hijo. —Me eché el pelo a la cara y la miré.

—Espera un momento.

—¿Por qué?

—Un bebé a la vez. Son adorables, pero dan mucho trabajo.

—Me encantaría compartir ese momento contigo —seguí insistiendo. Era poco probable que Duda entrara en mi onda, pero solo estaba tratando de relajarme ante un momento tan enloquecedor.

Un día tenía novio, creía que me pediría matrimonio y que tendría una vida estable, y al día siguiente él me había engañado, yo me había acostado con un desconocido y descubrí que estaba embarazada.

Si contara todo lo que me había pasado, pensaba que la gente ni siquiera me creería.



Capítulo nueve

Saqué el móvil del bolsillo y me quedé mirando la pantalla durante unos minutos. Desde que la enfermedad de mi padre nos había sacudido como un terremoto, había dejado completamente de lado mis viejos hábitos, incluida mi incursión en la vida de las personas como chofer de aplicación. Con la hospitalización de mi padre y la empresa en mis manos, ya no tenía tiempo para distracciones. Por mucho que lo echara de menos, tenía que estar atento a las prioridades.

Ser director general de Fontana exigía mucha dedicación, control de varias áreas y exigencia a los subordinados. Mi padre siempre decía que era demasiado bueno con la gente, pero estaba aprendiendo a ser exigente y un poco severo. Independientemente de lo que yo pensara o no, eso era crucial para el buen funcionamiento de la empresa.

Tenía que abrir los ojos y situarme en cuanto a quién era realmente. No era un chofer de aplicación, sino el hijo de Alfonso Fontana, y el actual jefe de la empresa. Esto acababa incluyendo la presencia de Letícia y otras viejas compañeras en mi vida.

—¡Señor! —Laura llamó a la puerta, llamando mi atención.

—Sí. —Dejé el móvil sobre la mesa, con la pantalla hacia abajo, y levanté la vista para mirarla.

—Lo están esperando para la reunión.

—Ya voy.

—Les avisaré. —Me sonrió y cerró la puerta.

Me levanté, me arreglé la manga de la camisa y la solapa de la chaqueta. Me estaba acostumbrando a muchas cosas de las que había intentado huir, incluso a pasar la mayor parte del tiempo vestido con traje.

Recorrí el amplio pasillo hasta la sala de reuniones y fui recibido por los directores e ingenieros de la empresa.

—¡Buenos días! —Sonreí.

—Buenos días, Ricardo. —Tadeu, el ingeniero jefe, me tendió la mano en un gesto amistoso que yo correspondí—. Le deseo una

pronta recuperación a su padre.

—Gracias.

—¿Hay noticias? —preguntó Henrique, el director financiero.

—Va a volver a casa.

—Eso es bueno, ¿no?

—En cierto modo. —Mi expresión abatida fue suficiente para que lo entendieran.

No había nada más que hacer por mi padre. Estaba viviendo sus últimos momentos y pensar en ello me devastaba. A pesar de haber sido el jefe de esos hombres durante muchos años, imaginaba que, en cierto modo, yo no era el único que lo echaría de menos.

—¿Podemos comenzar la reunión? —dijo Claudia, la abogada, llamando la atención de todos.

Asentí y caminé hasta la cabecera de la mesa, ocupando el lugar que antes solía ocupar mi padre.

—Hoy quiero someter a votación la adquisición de este terreno en Belvedere —dijo Tadeu, tomando una carpeta y abriéndola, colocando sobre la mesa mapas, planos y hojas de cálculo—. Tiene poco más de un kilómetro cuadrado y se encuentra a unos quince minutos del BH Shopping, en una zona con un banco, dos supermercados y una clínica médica.

—¿Es un terreno desocupado? —pregunté.

—No. Hay cuatro casas en el lugar, una de ellas en estado de deterioro por haber sido abandonada por sus propietarios. Pretendemos comprar las propiedades, demoler las residencias y construir un condominio con tres torres, con apartamentos de tres y cinco habitaciones y servicios de resort.

—¿Cuál es la postura de los propietarios al respecto?

—Están interesados en vender, pero todavía estamos negociando el precio.

—Entiendo... ¿Ya se les ha hecho alguna oferta? —Me incliné ligeramente hacia delante, atento a lo que me iban a decir.

—Les ofrecimos tres millones y medio, divididos proporcionalmente por la superficie de cada una de las casas, pero ellos quieren una cantidad mayor y estamos aquí para aprobar un nuevo presupuesto.

—¿Tiene la relación del valor de mercado de cada una de estas casas?

—Aquí tiene. —Henrique, el director financiero, me entregó una hoja con la información que había solicitado.

—Solo una de ellas vale casi tres millones. —Devolví la hoja.

—Como solo nos interesa el terreno, las construcciones no son tan relevantes. Estamos tratando de llegar a un buen acuerdo.

—¿A qué precio pretenden vender las unidades que se construyan? ¿Cuántos apartamentos serán? —Estaba lleno de dudas. Admito que tal vez había pasado demasiado tiempo lejos de la empresa y necesitaba ponerme al día con cierta información, especialmente sobre ese nuevo proyecto.

—Serán cuatrocientas ochenta unidades en total: las de tres dormitorios tendrán un valor mínimo de seiscientos mil reales, mientras que las de cinco dormitorios partirán de un millón.

—¿Qué posibilidades hay de ofrecer a los propietarios de esos terrenos el valor en efectivo ya aprobado y una o dos unidades de los apartamentos?

—Es una buena propuesta —dijo Henrique mientras se miraban entre sí.

—¿Podemos incluir en el contrato de compraventa la garantía de adquisición de estas unidades cuando finalice la construcción? —Me giré hacia la abogada.

—Sí.

—Mi propuesta es que hagan una nueva oferta a los propietarios, incluyendo en el trato una unidad de cinco habitaciones además del valor en efectivo.

—Eso reduciría nuestros costes ahora —reflexionó Henrique.

—¿Puede hacer las averiguaciones necesarias?

Él asintió con la cabeza.

—¿Qué opinan? —Me giré hacia el resto de la junta directiva, que me miraba de forma diferente.

Estaba seguro de que todos seguían temerosos de mi presencia. No eran los únicos que querían que mi padre siguiera allí, pero era precisamente por él por quien tenía que demostrar mi valía.



Thaís

Capítulo diez

Puse las manos alrededor de mi vientre y me encogí al sentir un incómodo pinchazo de cólico. El dolor, junto con otros síntomas del embarazo, se intensificaba con el paso de los días.

—¿Thaís? —Oí la voz de uno de los empleados y me giré hacia él con una sonrisa.

—¿Qué pasa?

—¿Estás bien? —Julio dejó de empujar un carrito con varios paquetes de galletas y se acercó a mí.

—Sí. —Esbocé una sonrisa forzada.

—¿Estás segura? Todo el mundo comenta que estás pasando por un mal momento. Este lugar a veces es un poco estresante.

—Estoy bien. —Le puse las manos sobre los hombros y le di unas palmaditas para tranquilizarlo. Sin embargo, terminé encogiéndome de nuevo y mi expresión me delató—. Solo son cólicos.

—Menos mal que no soy mujer. —Se rió—. Pero vaya, qué dolor de estómago más duradero.

—Debe ser renal.

—Hay que tener cuidado. La salud es un tema delicado.

—Gracias. —Me alejé de él, dejándole terminar de reponer las galletas en el pasillo específico, y me dirigí al baño de los empleados.

Me incliné sobre el lavabo de piedra, tomé un poco de agua y me la eché en la cara. Tenía que disimular esos dolores y ni siquiera sabía qué medicamento podía tomar para no dañar a mi bebé. Todavía no le había dicho a nadie en el supermercado que estaba embarazada. De hecho, ni siquiera a mis padres. Solo estaba dejando pasar los días antes de armarme de valor y tener que enfrentarme a la gente.

Las preguntas serían inevitables y no sabía qué respuestas dar. El padre de mi bebé era un tipo del que ni siquiera sabía el nombre completo. Dirían que estaba loca, y tendrían razón.

—Thaís. —Oí a alguien llamar a la puerta del baño antes de entrar y verme inclinada sobre el lavabo.

El señor Daniel era el dueño del supermercado y nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, desde el día en que me contrataron como cajera. Poco a poco fui ascendiendo hasta convertirme en una de las gerentes.

—¿Pasa algo?

Negué con la cabeza mientras tomaba una toalla de papel para secarme la cara.

—Están comentando que estás enferma.

—Solo son cólicos.

—¿Tienes miedo de ir al médico? No te voy a despedir si necesitas unos días de baja.

—Gracias. —Le sonreí—. Me siento bien.

—Entonces está bien.

Asentí con la cabeza y salí del baño, y él me siguió.

Sabía que en algún momento tendría que decirle a la gente que estaba embarazada y que mi malestar se debía solo a los síntomas, pero pensaba que podía darme un poco más de tiempo antes de afrontarlo todo.

Hablando de ir al médico, tenía que pedir cita con mi ginecóloga.

Fui a resolver algunos problemas que surgieron en el supermercado a lo largo de la tarde y, sumergida en el trabajo, incluso me olvidé de los cólicos. Lista para irme, ordené las cosas en mi bolso, que solía guardar en un armario en la sala de administración, y salí de la tienda tan pronto como llegó el gerente nocturno.

—Buen trabajo, Gustavo.

—Gracias, Thaís.

Pasé junto a él saludándolo con la mano y salí a la calle. Afortunadamente, mi casa estaba cerca, así que no tuve que enfrentarme al tráfico. Estaba deseando darme una ducha caliente y ponerme una bolsa térmica sobre el vientre para aliviar las molestias.

—Thaís...

Me asusté cuando me encontré con Alexandre parado al otro lado de la calle. Llevaba una camiseta clara y pantalones de jean. Tenía las manos en los bolsillos y me miraba fijamente. Mi impulso fue dar unos pasos atrás y volver al interior del supermercado. ¿Quién sabe si cuando saliera de nuevo mi ex ya no estaría allí, o si solo era algo que se me había imaginado?

Di unos pasos hacia atrás.

—¡Thaís, espera! —Cruzó la calle y vino corriendo hacia mí.

—Vete.

Me sentí completamente avergonzada cuando vi que la gente del supermercado, empleados y clientes, nos miraban.

—Tenemos que hablar.

—No quiero ningún escándalo en la puerta de mi trabajo.

—Entonces ven conmigo.

—No voy a ir a ningún sitio contigo.

—La gente nos está mirando. —Indicó con la cabeza solo para avergonzarme aún más.

—Entonces vete.

—No voy a ir a ningún sitio.

—Alexandre, no tenemos nada de qué hablar. Hemos terminado.

—No hemos terminado.

—¿Me has engañado y crees que vamos a seguir juntos? ¿Te has vuelto loco? —Alcé la voz y casi inmediatamente me arrepentí.

La gente nos estaba mirando y yo sabía muy bien lo mucho que a todos les gustaban los cotilleos. Teniendo en cuenta mi embarazo, ya estaba en una situación bastante complicada y no quería empeorarla.

Necesitaba ese trabajo para cuidar de mi bebé y no podía ponerlo en peligro.

—Adiós, Alexandre. —Me aparté de él y empecé a bajar por la calle en dirección a mi casa.

—¡Thaís!

—¡Vete!

—¡Espera! —Corrió hacia mí y me agarró de la muñeca.

—¡Suéltame!

—Tenemos que hablar.

—No hay nada que decir. —Apreté los dientes.

Aún no estábamos lo suficientemente lejos del supermercado y pude ver que algunas personas se agolpaban en la puerta para ver qué estaba pasando e intentaban escuchar nuestra conversación.

—No quiero que perjudiques mi trabajo.

Él giró el cuerpo y miró hacia atrás, fijándose en la gente.

—Está bien. Entonces hablemos en otro lugar.

—¿Has oído cuando te he dicho que no tengo nada que decir?

—Yo me quedaré aquí. —Se encogió de hombros y señaló a la gente.

Aquello no era nada justo, pero creía que era poco probable que Alexandre estuviera pensando en algún tipo de justicia.

—Hay una cafetería justo ahí.

Él asintió con la cabeza y yo me adelanté. Caminamos en completo silencio hasta llegar al establecimiento. Él se sentó frente a

mí y yo crucé los brazos.

—Tengo que volver a casa.

—Mira, lo que has visto...

—¿Me vas a decir que fue cosa mía? —lo interrumpí.

—No, pero...

—Mira, Alexandre, no soy idiota y no quiero que me llenes de mentiras. Estabas acostándote con ella. Tengo muy buena vista como para que me digas que estaba viendo cosas. ¿Por qué no nos ahorras tiempo a los dos y te vas?

Había pasado más de un mes desde que descubrí la traición, y pensé que ya era tiempo suficiente para que él no tuviera ninguna intención de buscarme. No tenía mucho sentido verlo en ese momento.

—He sido un imbécil. —Bajó la cabeza como si se sintiera culpable.

—De eso no tengo ninguna duda. —Resoplé.

—Thaís, necesito que me perdones. —Intentó agarrarme la mano, pero yo la retiré.

—¿Crees que soy idiota?

—No, pero tienes un corazón enorme y sé que me quieres...

—Estás muy equivocado en eso. —Aparté la mirada y crucé los brazos, dejando clara mi irritación.

—No sé cómo hacerte entender que estoy completamente arrepentido.

—Será una pérdida de tiempo intentarlo.

Temerosa, una camarera se acercó a nosotros.

—¿Quieren algo?

—Dos pasteles de pollo y dos zumos de naranja. —Alexandre sabía lo suficiente sobre mí para saber lo que me gustaba comer sin tener que preguntarme.

—Se los traeré —dijo la mujer antes de alejarse de nuevo.

—Vas a comer solo.

—Apuesto a que hace tiempo que no comes nada.

Eso era cierto, y con el embarazo parecía que mi apetito se había duplicado, pero estaba lo suficientemente asustada como para no querer quedarme allí.

—¡Me voy a casa!

—¡Thaís, no!

—No quiero escuchar tus excusas, Alexandre. Lo nuestro se acabó cuando te pillé engañándome. De hecho, probablemente se acabó antes, ya que estabas con otra. —Me levanté de la silla.

—¡Espera! —Me agarró de la muñeca.

—¡Suéltame!

—¿Pasa algo aquí? —Un hombre salió de detrás del mostrador y se acercó a nosotros.

—Solo estamos hablando —dijo Alexandre—. Mi novia y yo...

—Ya no soy tu novia.

—Thaís, por favor...

—¡Ya basta, Alexandre, no me molestes! Quédate con esa otra, o no. No me importa, porque ya no tenemos nada.

Me sorprendió darme cuenta de que esas palabras eran ciertas. Durante cuatro años de mi vida, Alexandre lo había sido todo para mí, pero muchas cosas habían cambiado la noche en que descubrí su traición.

Mi relación con Ricardo, aunque solo fuera por un instante, lo había cambiado todo.

—No puedes decir eso.

—No solo puedo, sino que lo estoy diciendo.

—Teníamos un futuro por delante...

—Estoy embarazada. —Dejé escapar las palabras, pero enseguida me arrepentí.

Duda era la única que lo sabía. Todavía no se lo había contado ni a mis padres y, obviamente, Alexandre no era la persona más adecuada para saberlo, sobre todo dada la situación a la que nos enfrentábamos.

—¿Embarazada? —Se quedó boquiabierto y el hombre de la cafetería se alejó, incómodo ante mi revelación.

—Olvídalo. —Me escabullí y salí de la cafetería, pero Alexandre acabó alcanzándome en la calle.

—¿Por qué no me dijiste nada antes? —Estaba boquiabierto —. Voy a ser...

—No es tuyo. —Le impedí terminar la frase.

—¿Cómo que no es mío? —Abrió mucho sus ojos marrones.

—Es de otro tipo.

—Estás bromeando.

—¡Sí! —Lo consideré una excusa para escapar del tema—. ¡Adiós!

—¡Thaís! —Volvió a agarrarme, impidiéndome salir corriendo hasta que pudiera encerrarme en mi casa.

—Suéltame.

—Solo cuando me cuentes bien la historia.

Tragué saliva mientras lo miraba fijamente. Si pensaba que ese día no podía ser más incómodo, estaba a punto de llevarme una gran sorpresa.

—No tengo nada que contarte.

—¡Ah, vamos! ¿Me sueltas esa bomba y finges que no pasa nada?

—He hablado demasiado.

—¿Estás mintiendo sobre el embarazo?

El nudo en mi garganta se hizo más intenso y desvié la mirada, fijando la vista en uno de los postes y los coches que estaban aparcados en la calle detrás del hombro de Alexandre.

—No —confesé, aunque una parte de mí me decía que me callara. Sabía que tarde o temprano se enteraría. Prefería que fuera más tarde, pero tenía que afrontarlo.

—¿Cuándo lo descubriste?

—Hace unas dos semanas.

—¿Y me lo ibas a ocultar? Yo debería haber sido el primero en saberlo. Es una señal de que debemos estar juntos, Thaís.

—Siempre usábamos condón, Alexandre.

—Dicen que siempre hay un porcentaje de fallo.

—Hice los cálculos. No habíamos tenido relaciones sexuales hacía más de una semana desde que te pillé...

—Estás bromeando, ¿no?

—No. —Di unos pasos hacia atrás y esta vez él estaba demasiado perplejo como para sujetarme o detenerme.

—¿Cómo que es de otro hombre?

—Me acosté con otro chico después de pillarte engañándome y no usamos condón. Estoy segura de que es suyo.

—¡Después me dices a mí!

—Me estabas engañando, solo estaba enfadada.

—¡No tenías derecho!

—¿En serio? —Apreté los dientes, completamente irritada—. ¿De verdad quieres discutir sobre esto? ¿Quién tenía derecho y quién no? ¡Tú me engañaste! Desde que vi esa escena, para mí todo entre nosotros había terminado.

—¿Entonces ahora estás con otro hombre? —Bajó la cabeza y parecía triste y, sinceramente, después de lo que había pasado, no sabía si creerle.

—Sí. —Hinché el pecho para mantener esa mentira.

—Me has superado muy rápido. —Estaba resoplando y con los puños cerrados, como si contuviera un impulso de ira, pero mantuvo una distancia mínima conmigo.

—No más rápido que tú.

—Espero que seas feliz.

—Igualmente.

Se quedó mirándome durante unos segundos más, hasta que abrió la cartera, sacó un billete de veinte reales y se lo entregó a la

camarera, que estaba en la puerta sosteniendo una bandeja con el bocadillo que él mismo había pedido.

—Espero que no te arrepientas.

—Creo que los últimos cuatro años ya han sido arrepentimiento más que suficiente.

Alexandre apretó los dientes y pasó junto a mí, volviendo al lugar donde había dejado su coche. Solo esperaba que no contara lo del embarazo a las personas cercanas a mí antes de que yo misma tuviera el valor de hacerlo.

—¿Todo bien? —preguntó la camarera.

Asentí con la cabeza y tomé el vaso de zumo de naranja de su bandeja. Tenía sed después de la discusión y, de todos modos, Alexandre ya había pagado todo.

Él no regresó y yo me fui a mi casa, sin atreverme aún a enfrentarme a mis padres y hablarles del embarazo. Sin quererlo, podría estar dejando que la situación se convirtiera en una bola de nieve.



Capítulo once

Entré en casa después de aparcar el coche en el garaje y vi a mi madre sentada en el salón, hojeando un libro. Parecía que le costaba concentrarse, pero, con todo lo que estaba pasando, no podía juzgarla. A mí tampoco me estaba resultando fácil.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, hijo.

Me incliné y le di un beso en la mejilla.

—¿Dónde está mi padre?

—Sentado en el jardín.

—¿No hace frío?

—Ya sabes lo terco que es tu padre.

—Sí. —Esbocé una media sonrisa.

Atravesé la sala y me dirigí a la puerta que daba al jardín. Ya era de noche, el cielo estaba oscuro y desde ese punto de la casa se veía la luna y un puñado de estrellas. Mi padre estaba sentado en un banco cerca de la piscina.

Me acerqué a él y me senté a su lado. Tardó un rato en darse cuenta de mi presencia. Entonces bajó la cabeza y se giró hacia mí.

—Hijo...

—Hola. —Le sonreí, incómodo.

En el fondo, estaba desesperado por llevar a mi padre al hospital de nuevo, con la esperanza de que los médicos pudieran hacer algo, sin importar cuántos hubieran dicho que su situación era irreversible.

—Te gustaba venir aquí cuando eras niño.

—Sí, lo sé. Mamá tenía miedo de que me cayera a la piscina.

—Por eso Luciana me convenció de poner la reja.

—Siempre se ha preocupado por mi seguridad.

—Todos nosotros. —Extendió la mano y me dio una palmadita en el muslo.

Miré las arrugas de su mano antes de levantar la cabeza y volver a mirar al cielo. Por mucho que la contaminación de la metrópoli ocultara las estrellas, el hecho de estar aislados nos permitía verlas un poco mejor.

—Fuiste un milagro. Tu madre siempre se preocupaba.

—Creo que fui más bien la eficiencia de la ciencia.

—Dios está detrás de todo.

Me sentí un poco incómodo con esa frase al pensar en la situación que mi padre estaba enfrentando en ese momento, pero aparté ese pensamiento.

—Intentamos tener un bebé durante mucho tiempo y la medicina no era tan avanzada hace treinta años como lo es hoy.

—Pero funcionó.

—¡Sí! —Sonrió ampliamente—. Tú estás aquí.

—Sí.

—Menos mal. Tu madre necesita que la cuides y Fontana también necesita mucha atención. Tenemos buenos empleados, pero nadie se va a dedicar tanto como tú a mantener el negocio en marcha.

—Papá...

Me apretó la mano, interrumpiendo mi frase para que no terminara lo que quería decir. Todos aún lo necesitábamos allí.

—Ahora tienes que encargarte de todo.

—Lo estoy intentando.

—Estoy seguro de que lo conseguirás.

—He sacado lo mejor de mí.

Él se rió y de repente empezó a toser.

—¡Papá!

—¡Ricardo!

Él se cayó encima mío e intenté despertarlo, pero mi padre no se movía.

—¡Papá! —Lo tomé en brazos sintiendo una mezcla de desesperación y angustia.

¡No debería haber salido del hospital! Todavía pensaba que había algo que yo podía hacer para que no se fuera, aunque no sabía qué.



Thaís

Capítulo doce

—¡Buenos días, Thaís! —La doctora abrió la puerta del consultorio y me hizo un gesto para que entrara.

Encogida, abrazada a mi bolso porque todavía sentía cólicos, entré en la habitación y me dirigí a una de las sillas frente a su mesa.

—Buenos días.

Aunque todavía no les había contado a mis padres sobre el embarazo, concerté una cita con mi ginecóloga, porque la visita al médico era algo que no podía seguir posponiendo. Tenía que cuidar de mí y del niño que estaba gestando, independientemente del lío en el que me había metido.

Alexandre no me llamó ni intentó hablar conmigo después de nuestra discusión del día anterior. Me pareció mejor así; no quería saber nada más de él, sobre todo si seguía siendo uno de mis problemas.

—¿Todo bien? —La mujer de cabello castaño claro, estatura media y aproximadamente cuarenta años se acomodó detrás del escritorio.

—Aparte de los cólicos y las náuseas...

—¿Ha notado algo diferente en relación con su periodo menstrual? —Abrió la pantalla del ordenador y comenzó a recorrerla con la vista, posiblemente leyendo mi expediente.

—No... Yo... Yo... —balbuceé, sin saber muy bien qué decir.

—¿Eh? —Frunció el ceño, instándome a continuar.

—Estoy embarazada.

—¡Ah! ¡Qué bien! Entonces ahí tenemos la causa de las náuseas y los cólicos.

—Parece que mi barriga no va a dejar de dolerme nunca.

—Es normal durante un tiempo, sobre todo al principio del embarazo, cuando el feto se está acomodando en el útero.

—¿Pero está todo bien? —Puse la mano en mi vientre por reflejo. Por más descabellada que fuera la posibilidad de ser madre en ese momento, cada vez me seducía más la idea de que un bebé estuviera creciendo dentro mío.

—Haremos varias pruebas para asegurarnos.

—Ok. —Mantuve las manos sobre mi vientre, que seguía pareciendo exactamente igual que antes de quedarme embarazada —. Tengo esto. —Abrí el bolso y saqué el análisis de sangre que me había hecho en la farmacia para confirmar mis sospechas.

—¡Genial! Voy a pedir algunos para medir los niveles de hormonas y vitaminas en su sangre, para que luego pueda hacer los ajustes necesarios para mantener su salud y la del bebé.

Asentí con la cabeza.

La doctora me dio varias instrucciones, me examinó y me entregó las hojas para que me hiciera los análisis solicitados y volviera a la semana siguiente para su evaluación. Un poco más aliviada, salí de su consulta y caminé hacia la entrada del hospital.

Estaba buscando en mi bolso mi móvil para pedir un taxi y volver al trabajo, ya que el certificado solo era válido por unas horas, y cuando levanté la cabeza lo vi...

Al principio no imaginé que fuera él. Había pasado tanto tiempo obsesionada con encontrarlo que mi mente podría estar creando imágenes, pero entonces él me miró fijamente.

Tenía los ojos rojos y lágrimas corriendo por su rostro. No sabía exactamente qué podía estar pasando, pero no pude contener mi impulso de acercarme.

—¡Ricardo!

—¿Thaís? —Levantó las cejas, sorprendido.

Caminé hasta detenerme justo delante de él. Nuestras miradas se cruzaron y nos quedamos mirándonos fijamente durante unos instantes, hasta que finalmente él rompió el silencio y el trance.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a una consulta médica, ¿y tú?

Se tragó las lágrimas. Tenía los ojos rojos e hinchados. Aún no había dicho nada, pero su expresión bastaba para que supiera que algo había pasado.

—Yo... Mi padre... —Respiró hondo—. Acabo de perder a mi padre.

—¡Oh, lo siento mucho! —No pude contener el impulso de abrazarlo.

Ricardo me atrajo hacia él. Había imaginado muchas formas en las que sería ese reencuentro, pero en ninguna de ellas preveía que sería en un hospital y que escucharía una noticia tan terrible como esa.

Esperaba poder decirle enseguida que estaba embarazada, pero en medio de ese abrazo y de su mirada devastada, simplemente no pude decir nada. Imaginé lo devastada que estaría yo si estuviera en la misma situación.

—Mi más sentido pésame. —Le acaricié la espalda y él siguió abrazándome.

No sé cuánto tiempo estuvimos así hasta que oí un grito estridente.

—¡Ricardo!

Lo solté y me di la vuelta, viendo a una mujer corriendo hacia nosotros. Era rubia, llevaba un traje de cuero y se balanceaba sobre unos tacones altos. Muy diferente de la camiseta y los jeans que yo llevaba.

—¡Oh, amor! —Prácticamente me empujó a un lado para lanzarse a sus brazos.

¿Amor? ¿Tenía novia? Me quedé atónita y me sentí aún más idiota por lo que había pasado entre nosotros dos.

—¡Lo siento mucho! ¡Tu padre era una persona tan buena!

Ni siquiera la conocía bien, pero solo con oírla hablar se me revolvió el estómago. Estaba decepcionada conmigo misma por todo lo que había pasado.

—Creo que estás en buenas manos. —Le sonreí tímidamente al decirle eso, pero ni siquiera sabía si me había oído bien.

Tenía que decirle que estaba embarazada, eso martilleaba en mi cabeza, pero no podía decírselo en ese momento, cuando acababa de perder a su padre y estaba con su novia. No quería empeorar aún más el momento y hacerlo más incómodo.

—Me voy.

—¿Quién eres tú? —La rubia puso la mano en el hombro de Ricardo y me miró con desdén.

—Solo una conocida. ¡Adiós!

—Thaís, espera. —Él intentó intervenir, pero al verlo con otra, lo único que quería era salir corriendo.

¿Qué esperaba? ¿Encontrarlo, decirle que estaba embarazada y ser una pareja feliz para siempre? No conocía al chico y no debería sorprenderme saber que ya tenía a alguien. Al parecer, yo era la única idiota en toda esa situación.

—Lamento lo de tu padre.

—Oye, no tienes porqué irte.

—Tengo que irme a trabajar.

—¡Thaís!

Me llamó, pero aceleré el paso cuando vi que el coche de la aplicación se había detenido no muy lejos de donde estábamos. Ricardo no intentó impedirme que me subiera, y yo solo quería alejarme de allí lo antes posible. Tenía que contarle lo del bebé, pero no se me ocurría cómo hacerlo en ese momento. Ya había sido suficiente con lo que había pasado con Alexandre, no necesitaba una situación aún más complicada.



Capítulo trece

—¡Thaís! —grité, pero ella simplemente se subió al coche y se marchó.

No nos habíamos vuelto a ver después de aquella noche, pero encontrarme con ella en el hospital en uno de los días más difíciles de mi vida debía significar algo.

—Suéltame. —Quité las manos de Leticia de encima mío y la aparté—. ¿Qué haces aquí?

—Tu madre me contó lo que pasó y vine lo más rápido posible.

Resoplé. *¡Mi madre había vuelto a hacerlo!* No tenía por qué haberle dicho nada a Leticia, pero ya era demasiado tarde y no quería estresarme.

—¡Tu padre era una persona tan buena!

—Sí.

Desde el momento en que mi padre se desmayó la noche anterior y lo llevé al hospital, no había pegado ojo en todo el día. Esperaba noticias prometedoras del equipo médico, pero ya era de madrugada cuando aparecieron en la sala de espera, donde estábamos mi madre y yo, y nos dieron la terrible noticia de que mi padre no había resistido.

En busca de un poco de aire, había salido a la entrada del hospital. No sabía cuánto tiempo llevaba allí cuando apareció Thaís. Fue pura coincidencia o algún capricho del destino.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó Letícia, recordándome que todavía estaba cerca mío.

—Alguien a quien no esperaba volver a ver... —balbuceé pensativo, recordando en flashes imágenes de lo que había pasado con Thaís.

—¡Ah, qué bien!

—Letícia, ¿por qué no vas a ver a mi madre y le preguntas si necesita algo?

—No sé dónde está.

—Búscala.

—Pero quiero quedarme contigo.

—Ahora necesito estar solo.

—Pero... —Frunció los labios con expresión llorosa.

—Déjame solo, por favor.

—¡De acuerdo! —Ella hinchó el pecho, pareciendo molesta por la forma en que la estaba tratando, pero en ese momento era definitivamente la última persona que quería cerca.

Di unos pasos hacia atrás y me acerqué a un árbol.

Miré hacia atrás y vi que Leticia seguía en el mismo lugar, mirándome, hasta que finalmente decidió respetar mi voluntad y entró en el hospital.

Estaba destrozado, pero en cierto modo me alegré de volver a ver a Thaís. Ella formaba parte de una vida diferente, quizás incluso menos dolorosa. Sin embargo, una vez más se había ido y yo no tenía nada de ella. Bueno, en realidad suponía dónde vivía, aunque no estaba del todo convencido de que la dirección en la que la había dejado aquella vez fuera realmente su casa.

—¿Ricardo?

Me giré al oír la llamada y me encontré con João.

—Ey...

—Lo siento mucho. —Bajó la cabeza, pero noté que tenía una mirada pesada.

—Pensé que tendríamos más tiempo.

—Siempre pensamos eso.

—Era joven...

—Creo que al cáncer no le importa mucho eso.

Me abrazó, dándome palmaditas en la espalda, y dejé que las lágrimas fluyeran. Estaba destrozado y, por un momento, no me preocupé por nada más que por el dolor que sentía.



Thaís

Capítulo catorce

Llegué al supermercado casi a la hora del almuerzo. Todavía estaba sorprendida por haber visto a Ricardo y, al mismo tiempo, en shock por haber perdido la oportunidad de al menos pedirle su número. Estaba embarazada de él, pero no pude decírselo.

¡Ni siquiera fui capaz de hablar! ¿Cómo lanzarle una bomba así después de saber que su padre había muerto? Por no hablar de la presencia de esa mujer, que parecía demasiado íntima como para estar segura de que no había nada entre ellos. ¿Eran novios, prometidos o...?

¿Me había acostado con un hombre casado?

No llevaba alianza en el dedo, así que en ningún momento pensé en eso, pero mi padre, por ejemplo, había perdido la suya en su luna de miel hacía casi treinta años y nunca más la volvió a usar.

Me masajeé las sienes mientras negaba con la cabeza. *¿En qué momento de mi vida había perdido el rumbo para que mi situación llegara a este punto?*

—¿Thaís?

Me di la vuelta y vi al señor Daniel detrás mío. Esbocé una sonrisa forzada al mirar al dueño del supermercado.

—¿Te fue bien en el médico?

—Sí.

—¿Hay algo de lo que deba preocuparme? —Me miró fijamente y me sentí muy incómoda.

Estaba tratando de ocultar mi embarazo a la gente el mayor tiempo posible, pero parecía estar fallando terriblemente.

—No. —Negué con la cabeza—. Más tarde enviaré mi certificado médico para que lo archiven.

—De acuerdo.

—¿Necesitas algo de mí?

—No.

—Entonces voy a guardar mi bolso y voy a comprobar con el personal de la carnicería si la carne se ha entregado como debía.

Él asintió y cruzó los brazos detrás de la espalda antes de alejarse de mí.

Seguí con mi rutina habitual al llegar al trabajo y me ocupé de los detalles del supermercado que me correspondían como gerente.

Afortunadamente, ese día no me sentía mal. Creía que mi encuentro fortuito con Ricardo y el rumbo que había tomado toda la situación ya me habían causado suficiente malestar.

Hice todo lo posible por concentrarme en mi trabajo, ya que ahora lo necesitaba más que nunca.

Estaba sola en un pasillo de dulces cuando me sorprendí a mí misma poniendo la mano en mi vientre. Mi vida estaba cambiando por completo por culpa de una sola noche. En el fondo, la desesperación me consumía, pero no podía dejar de pensar en el bebé que crecía dentro mío y de sentirme feliz por ello.

Estaba deseando poder tomarlo en brazos, acariciarlo, besarlo y abrazarlo, como mi madre hacía conmigo cuando era pequeña.

—¡Thaís!

—¿Sí? —Quité la mano de mi vientre rápidamente y me di la vuelta cuando oí que alguien me llamaba.

—El camión de la distribuidora de bebidas acaba de llegar.

—Ah, gracias, voy a acompañar la entrega. —Sonreí al empleado y lo seguí hasta una puerta de carga y descarga que

estaba en la parte trasera del supermercado, para no entorpecer el flujo de clientes en la puerta de entrada, cerca de las cajas.

Con mi trabajo, si me esforzaba por conservarlo, creía que podría ofrecer lo mínimo a mi hijo sin tener que preocuparme tanto por resolver la situación con Ricardo, algo que me aterrorizaba mucho.

Era posible que tal vez nunca volviera a verlo.



Capítulo quince

El sol brillaba con fuerza y hacía que las hojas relucían aquella mañana mientras caminábamos en procesión por el cementerio. Yo era una de las personas que llevaba el ataúd de madera roja, junto con João Paulo, Vinicius, uno de mis primos, y también dos empleados de la empresa.

Estábamos allí para dar nuestro último adiós. Para mí, todavía era difícil aceptar que lo habían encerrado allí dentro y que nunca volvería a verlo. Por muy natural que fuera la muerte, pocos de

nosotros parecíamos realmente preparados para afrontar la pérdida de nuestros seres queridos.

Mi padre tenía sus momentos. No podría decir que nos lleváramos bien todo el tiempo, pero la mayoría de las veces era mi héroe, mi ídolo, mi mejor amigo.

Colocamos el ataúd sobre un soporte y un hombre se acercó para ajustarlo en los mecanismos que lo bajarían a la fosa. Un sacerdote, al que conocía desde mi infancia, estaba cerca y comenzó a pronunciar palabras de consuelo y aliento.

Di unos pasos más hacia atrás hasta que sentí una mano en mi hombro. Al darme la vuelta, me encontré con mi madre. Llevaba gafas de sol para ocultar sus ojos hinchados, y apoyó la cabeza en mi pecho.

Llevaban casados casi cuatro décadas y, a partir de ahora, lo único que le quedaría serían los recuerdos.

—¡Oh, Ric!

A mi otro lado vi a Leticia. Ella también se apoyó en mi hombro, pero yo estaba demasiado abatido incluso para apartarla. En ese momento solo quería un poco de paz y poder lamentar lo que estaba pasando.

Tras las palabras del sacerdote, bajaron el ataúd. Echaron tierra sobre él y el sepulturero cerró la tumba con una losa de mármol oscuro. Una parte de mí quería quedarse allí, con la esperanza injustificada de que mi padre pudiera volver, pero accedí a alejarme cuando mi madre me tiró de la mano.

—¿Necesitas mi ayuda para algo? —me preguntó João cuando ya estábamos a la entrada del cementerio.

—¿Puedes llevarla a casa? —Le acaricié el hombro a mi madre.

—¡Claro! ¿Vamos, señora Luciana?

—¿Adónde vas, hijo? —Temerosa, se quedó mirándome. Tenía miedo de irse con mi amigo y dejarme solo.

—Solo necesito despejarme un poco.

—Yo me quedaré con él, Lu. —Letícia me tomó de la mano.

Mi madre no se convenció. Me conocía lo suficiente como para saber que alejaría a Letícia en cuanto tuviera oportunidad.

—Estaré bien.

Al final, asintió y se fue con João a su coche.

No tenía ninguna intención de volver a la empresa ese día. Solo necesitaba estar solo. Mi padre había fallecido hacía poco más de veinticuatro horas y yo todavía estaba sumido en una mezcla de incredulidad y tristeza.

—¿Vamos a mi casa? —Leticia me agarró por los hombros y me obligó a mirarla—. Cuidaré de ti.

Le agarré las muñecas y la aparté, haciendo que me soltara. Ella abrió los ojos con cierta sorpresa.

—No.

—Pero, Ric...

—¡Quiero estar solo, Leticia! —Fui enfático.

—No creo que sea el mejor momento para que estés solo.

—Déjame decidir eso a mí.

—Pero...

—No insistas, ¿ok?

Leticia tragó saliva y siguió mirándome con indignación. Ese era el último momento del mundo en el que quería explicarle que no la quería cerca.

—¿Me llamas luego?

—Vete a casa...

—No tienes por qué estar solo. —Extendió la mano para tocarme la cara y yo la aparté.

Le di la espalda y caminé hacia mi coche, que estaba aparcado en una esquina cerca del cementerio. El sol pegaba fuerte, pero, curiosamente, no sentía calor a pesar de llevar traje. Mi temperatura corporal e incluso mis necesidades básicas habían quedado relegadas ante el duelo.

Busqué la llave en el bolsillo y abrí el coche. Abrí la puerta del conductor y me hundí en el asiento de cuero. Me quedé mirando al frente y a la nada al mismo tiempo. No faltaba mucho para la hora de comer, pero no tenía hambre.

Arranqué el coche y empecé a deambular por la ciudad. Pasé por varios barrios de Belo Horizonte y recorrí muchos kilómetros. Ya

se acercaba la noche cuando me detuve bajo un árbol cerca de una plaza y tomé mi móvil. Tras la enfermedad de mi padre y el aumento de mis responsabilidades en la empresa, había borrado la aplicación de conductor. Ni siquiera conducía ya el coche económico que alquilaba al jardinero.

Por impulso, volví a instalar la aplicación y me sorprendieron varias notificaciones de intentos de contacto de Thaís. Al parecer, después de lo que había pasado entre nosotros dos, yo no era el único que no había olvidado aquella noche.

Quizás debería haberle enviado un mensaje o incluso haberla llamado, pero no tenía su número. Podría haber respondido a su mensaje a través de la aplicación, pero preferí no hacerlo.

Miré el reloj en la pantalla del coche. Eran más de las seis de la tarde y supuse que tal vez ya había salido del trabajo. Decidí ir a verla, aunque no estuviera en mi mejor momento. Pensé que su presencia me haría bien.

Nos habíamos visto el día anterior, después de que me enterara de la muerte de mi padre, y puede que no fuera solo una coincidencia.

No estaba muy lejos de su dirección, así que solo tardé unos quince o veinte minutos en llegar.

Aparqué el coche al otro lado de la calle y estaba a punto de bajar y cruzar para tocar el timbre, pero vi otro coche estacionar delante de la casa y a alguien bajar antes que yo.

El hombre moreno, que debía tener mi edad o quizá ser un poco mayor, tocó el timbre y tardó un rato en ser atendido.

No tenía ni idea de quién podía ser. La curiosidad me hizo esperar, y entonces vi cómo se abría la puerta y salía Thaís. Se miraron y el tipo la agarró del brazo de una forma que me indicó que tenían intimidad. Mi primer impulso fue marcharme, el día ya había sido lo suficientemente difícil para mí, no necesitaba más problemas, pero me quedé un poco más. Tenía la esperanza de que ella lo echara.

Parecían estar hablando, o discutiendo, pero yo estaba demasiado lejos para oír el contenido de la conversación.

Ella me miró directamente, pero yo estaba seguro de que los vidrios polarizados del auto no le permitirían verme.

El tipo llamó su atención y volvieron a hablar, hasta que una señora apareció junto a Thaís y los tres entraron en la casa.

Mil cosas pasaron por mi cabeza, empezando por que ese tipo era el posible ex que la había engañado. Me quedé en esa calle unos minutos más. Podría haber llamado a su puerta, pero evidentemente no era el mejor momento.

Finalmente, decidí volver a casa. Me quedaría con mi madre y esperaría que Leticia no apareciera.



Thaís

Capítulo dieciséis

Estaba en la sala, cenando un buen trozo de carne y viendo parte de la telenovela que mi madre insistía en ver. No solía ser tan carnívora, pero después del embarazo sentía que me comería un buey entero yo sola.

Mis padres estaban muy cerca de mí en ese momento, podría ser la oportunidad perfecta para contárselo, pero cada vez que abría la boca, mi voz desaparecía por completo. Tenía miedo de contárselo, sobre todo por la forma en que había sido concebido ese

bebé. Recibiría una reprimenda brutal por mi irresponsabilidad, y ni siquiera podría decirles que se equivocaban.

No sabía nada sobre el padre de mi bebé. No sabía dónde vivía y, lo peor, ni siquiera tenía su número de teléfono. Después de no haber podido contárselo en la oportunidad que tuve, me parecía poco probable que volviéramos a vernos.

Oí sonar el timbre justo cuando terminé de comer.

—¿Quién será? —preguntó mi madre.

—Yo no he pedido nada —dijo mi padre encogiéndose de hombros mientras tomaba el mando de la televisión. Como siempre, estaba esperando a que terminara la telenovela para poder cambiar de canal.

—Voy a abrir la puerta —dije, levantándome del sofá. Dejé el plato en la cocina antes de agarrar el interfono—. ¿Quién es?

—Hola Thaís...

Me quedé paralizada al oír la voz de Alexandre. Pensaba que después de nuestra última discusión no volveríamos a vernos.

—¿Qué haces aquí?

—¿Podemos hablar?

—No. —Fui breve y tajante.

—Thaís, por favor.

—Ni siquiera sé qué estás haciendo aquí. Ya te he dicho todo lo que tenía que decirte y más.

—He pensado mucho en lo que me dijiste.

—Qué bien.

—Por eso quiero hablar contigo.

—No.

—Dame un minuto o me quedaré aquí en la puerta hasta que vengas a hablar conmigo.

Resoplé, irritada.

Pensaba que no debía hablar con él, pero creía que podría ser peor si mis padres decidían abrir la puerta. Al fin y al cabo, Alexandre sabía algo que yo aún no les había contado y no sabía por dónde empezar.

—¿Quién es? —preguntó mi padre cuando pasé por la sala de camino a la entrada.

—Alexandre, pero de eso me encargo yo —dije demasiado rápido para que no preguntaran nada.

Abrí la puerta de la calle con actitud furiosa y miré a mi ex novio en la acera.

—No deberías estar aquí.

—Tenemos que hablar.

—No necesitamos nada. —Crucé los brazos con actitud distante—. Para mí, nuestro asunto ya está más que zanjado.

—Sé que estás enfadada conmigo.

—¿En serio? —Estaba resoplando como un toro.

—Por eso estoy seguro de que me mentiste.

—¿Te mentí? —Levanté las cejas. Su afirmación me pilló desprevenida.

—Claro que mentiste, solo para alejarme. Serías la última persona del mundo que se quedaría embarazada por un descuido al no usar condón. Recuerdo que cuando estábamos juntos nunca me dejabas hacerlo sin condón.

—Te equivocas, Alexandre.

—Casi me asustas con eso. —Se rió, como si se sintiera aliviado—. Te demostraré que puedes perdonarme y que ya no necesitas inventar historias.

—No es una historia, Alexandre, estoy embarazada. —Irritada, aparté la mirada de él y vi un coche parado al otro lado de la calle.

Era uno de esos modelos deportivos que siempre llaman la atención de los hombres. Sin duda no era de ninguno de mis vecinos, porque nadie que yo conociera tenía dinero para mantener un coche como ese, que debía de costar más que un apartamento. Sin embargo, el hecho de que hubiera un coche de lujo en mi calle era la menor de mis preocupaciones en ese momento.

—¿Embarazada? —Me asusté al oír la voz de mi madre a mi lado—. ¿Qué pasa, Thaís?

¡Mierda! No quería que mis padres se enteraran de esa manera, pero parecía difícil escapar de los problemas cuando la situación parecía agravarse.

Agarré a Alexandre por la camisa y lo metí en casa, cerrando la puerta. No necesitaba que los vecinos, o todo el barrio, supieran mi situación.

—¿Thaís? —Mi madre me miró con seriedad, exigiendo una respuesta.

—Señora Marisa...

Levanté la mano, interrumpiendo a Alexandre. No sabía lo que quería decir, pero ese asunto era entre mi madre y yo.

—Mira... —Tragué saliva y sentí que se me hacía un nudo en la garganta—. Estaba pensando en cómo contártelo.

—Puedes empezar por el principio. ¿Van a tener un bebé? —Alternó la mirada entre Alexandre y yo. Ya sería bastante complicado si él fuera el padre.

—No.

—¿Entonces no estás embarazada?

—¡Sí!

—Me estás confundiendo, Thaís.

—Alexandre no es el padre.

—¿Cómo es eso?

—Eso es lo que estoy tratando de entender, señora Marisa.

—¡Cállate! —Levanté la mano para que se callara. Para empezar, mi ex ni siquiera debería estar allí.

—Thaís.

Di un paso atrás y no dejé que me tocara.

—¿Puedes contarme esta historia como es debido? —exigió mi madre con el aire autoritario que me imponía cuando era niña.

Respiré hondo. Me daba vergüenza contárselo, pero no veía otra alternativa en ese momento que no fuera la verdad. Por muy impulsiva que hubiera sido mi actitud, tenía que afrontar las consecuencias como adulta.

—Fui a darle una sorpresa a Alexandre y lo encontré en la cama con otra... —Empecé por la parte de la traición, que mi madre ya sabía, y continué hasta el momento en que conocí a Ricardo. Hice un breve resumen de lo que pasó, sin dar muchos detalles, pero lo suficiente para que ella lo entendiera.

—¡No puedo creer que hayas hecho eso, Thaís!

—Mamá, yo... —Estaba tan avergonzada que no sabía qué decir, y mi voz acabó desapareciendo en mitad de la frase.

—Y luego soy yo el cretino.

—¡No te metas! —le regañé a mi ex.

—¿Ustedes dos van a volver a estar juntos? —Mi madre nos señaló a los dos.

—De ninguna manera —fui muy enfática, sin darle ninguna oportunidad. Con o sin ese bebé, no estaba dispuesta a perdonarlo por lo que había pasado.

—¿De verdad no estabas bromeando sobre ese bebé? —Se quedó boquiabierto.

—¿Te parece que estoy bromeando? —Puse las manos en la cintura.

—Creo que me voy a casa. —Se sintió incómodo.

Sin decir nada, simplemente abrí la puerta y le señalé la calle.

Alexandre me miró por última vez, luego observó a mi madre y, finalmente, se marchó.

—¡Qué desastre, Thaís! —me recriminó.

—Lo sé. —Bajé la cabeza, sintiendo un gran peso sobre los hombros.

—¿Se lo has contado al padre de ese niño?

—No pude.

—¡Tienes que decírselo!

—Ni siquiera tengo su número de teléfono. —Me encogí de hombros.

Mi madre negó con la cabeza y se masajeó las sienes, como si tuviera un fuerte dolor de cabeza.

—¿Qué está pasando aquí? —Mi padre apareció en la puerta de la sala y nos miró en la entrada de la casa.

Mi madre fue más rápida que yo y echó más leña al fuego. A veces es mejor arrancar la venda de un tirón y meter el dedo en la herida, así tendría más tiempo para recuperarme del golpe después.

—Nuestra hija está embarazada.

—¿Thaís? —Mi padre me miró asombrado.

—El padre es un chofer de aplicación y, sí, cometí un error.

—Donde comen tres, pueden comer cuatro. —Me dedicó una sonrisa forzada.

—Gracias, papá. —Pasé junto a él y me dirigí a mi habitación.

Ya sabían la verdad. No fue nada traumático, pero al menos tendrían tiempo de recuperarse del shock antes de que naciera el bebé.

Me tiré en la cama boca arriba y tomé el móvil de la mesita de noche.

Thaís:

Todo salió a la luz.

Duda:

¡Vaya! ¿Cómo es eso?

Thaís:

Alexandre apareció aquí. Pensó que estaba mintiendo sobre el embarazo. Le dije que no y mi madre lo oyó. Ahora mis padres lo saben.

Duda:

Tenían que saberlo.

Thaís:

No de esa manera.

Duda:

Al menos ahora lo saben. ¿Van a enfadarse? Es muy posible, pero incluso tú te has enfadado. Mis tíos son buenos, así que todo estará bien pronto.

Thaís:

Hay algo más.

Duda:

¿Qué ha hecho Alexandre?

Thaís:

No se trata de él. Ayer vi a Ricardo.

Duda:

¿En serio? ¿Se lo contaste? ¡Ah, por fin!

Thaís:

No se lo conté.

Duda:

¿Cómo que no?

Thaís:

Lo vi en el hospital. Yo salía de una consulta con mi ginecóloga y me lo encontré en un pasillo. Estaba destrozado, me dijo que su padre había fallecido.

Duda:

Una razón más para que sepa que va a ser papá.

Thaís:

Sí, lo sería si no hubiera aparecido una mujer. Ella se mostraba muy íntima con él, así que creo que hay algo entre ellos.

Duda:

¡Qué mal ojo tienes para elegir hombres!

Thaís:

Ni me lo digas 😟.

Duda:

¿Al menos le pediste su número de teléfono?

Thaís:

Solo me preocupé por irme.

Duda:

¡Te voy a pegar!

Thaís:

Ya me he resignado a ser madre soltera.

Duda:

Él tiene que ayudarte. Sea poco o mucho, cualquier pensión aliviará los gastos económicos de un bebé. Apuesto a que puso los ojos en blanco cuando tú estabas encima suyo.

Thaís:

¡Duda!

Duda:

No hiciste el bebé sola, así que no tienes que cuidarlo sola. No se trata de ti y del chico, sino de las consecuencias de algo que hicieron juntos.

Thaís:

Ahora ya es demasiado tarde.

Duda:

¡No, claro que no!

Thaís:

¿Qué posibilidades hay de que me lo vuelva a encontrar?

Duda:

Mañana por la noche ven aquí a casa y vamos a buscar a ese tal Ricardo en todas las redes sociales.

Thaís:

¿Cuántos Ricardos habrá en Belo Horizonte? Sin contar que puede que ni siquiera tenga redes sociales.

Duda:

Deja de ser tan pesimista.

Thaís:

Está bien, iré a tu casa.

No estará mal escaparme un poco de mis padres.

Duda:

¡Ay, ay! ¡Qué desastre!

Me voy a cenar. Walter ha hecho lomo al horno, ¿quieres?

Thaís:

Estoy yendo para allá.

Duda:

Jajaja.

Hablamos luego.

Thaís:

¡Besos! :*

Dejé el móvil sobre el mueble y me quedé mirando al vacío. Mi vida, por mucho que intentara ser lo más correcta posible, acabó convirtiéndose en una bola de nieve sin fin de problemas y no sabía cuándo dejaría de empeorar la situación.

Al darme cuenta de que difícilmente podría conciliar el sueño, me levanté y fui al escritorio, que probablemente tendría que sacar de la habitación para dejar espacio a una cuna, y empecé a hacer un boceto. Con las complicaciones actuales de mi vida, incluso mi hobby había quedado un poco de lado.



Capítulo diecisiete

Estaba mirando la pantalla del ordenador, fijándome en un informe del flujo de caja de la empresa de los últimos meses, mientras mi mente divagaba. Hacía unos días que había enterrado a mi padre y, aunque la gente de la empresa había dejado de comentarlo, yo pensaba en él constantemente.

Su pérdida no era lo único que ocupaba mi mente y me dificultaba concentrarme en el trabajo. También pensaba en Thaís y me preguntaba si había vuelto con su ex novio, si es que ese tipo realmente era su ex. No era asunto mío, pero creía que ella se

merecía algo mejor que un hombre que había sido capaz de traicionarla.

Quizás debería volver a su casa, pero pensaba que no era el momento de ir detrás de una mujer. Había vuelto a hacer algunos viajes con la aplicación, tratando de concentrarme en la vida de otras personas para olvidar un poco la mía, pero mi enfoque debía estar en la empresa. Fontana era el legado de mi padre y estaba seguro de que no había nada más que él deseara de mí que mantenerla.

—¿Ricardo? —Escuché que llamaban a la puerta y levanté la cabeza.

—Sí.

—¿Puedo pasar?

Hice un gesto al ingeniero para que terminara de meter su cuerpo en mi despacho y lo miré.

—Tengo buenas noticias. —Tadeu, el ingeniero jefe de la empresa, parecía animado y eso me alegró.

Necesitaba noticias positivas.

—Los propietarios de los terrenos han aceptado las ofertas.

—¿De quedarse con una unidad?

—Sí.

—¡Genial!

—La abogada preparará los documentos y el departamento financiero se encargará de transferir el dinero después de que firmen el contrato de compraventa. Si todo va bien, comenzaremos las obras en dos meses.

—¡Maravilloso!

—Ojalá tu padre estuviera aquí para verlo.

—Así es... —Bajé la cabeza y solté un largo y profundo suspiro.

—Estoy seguro de que, esté donde esté, está muy orgulloso de ti.

—Gracias. —Le dediqué la mejor sonrisa que pude—. Quiero tener en mi mesa mañana el proyecto completo de construcción que se llevará a cabo en esta nueva empresa.

—¿Mañana?

—Sí, mañana. Supongo que ya lo tienes listo.

—Me encargaré de ello.

—Te lo agradezco.

El hombre me miró incómodo tras mi actitud imponente y salió de mi despacho. Necesitaba demostrar quién daba las órdenes en la empresa ahora, al mismo tiempo que quería huir y no darle vueltas a lo que le había pasado a mi padre. Ya era bastante difícil sin que nadie hablara de mi pérdida.



Thaís

Capítulo dieciocho

Cuando salí de la clínica ya estaba muy oscuro. Había programado mi primera ecografía para después del trabajo. Aun no quería contarle a nadie en el trabajo que estaba embarazada y mucho menos acumular una serie de certificados médicos. Con ese bebé en camino, perder el trabajo estaba fuera de discusión. Criar a un hijo sola ya era difícil, ni siquiera quería pensar en cómo sería sin dinero en esa ecuación.

Mi pequeño bebé no era más que una bolita en la ecografía. Con poco más de seis semanas de embarazo, la doctora me había

permitido escuchar su corazoncito. La desesperación y el miedo de tener que lidiar con la situación habían sido sustituidos por la alegría de ser madre.

Duda se había ofrecido a acompañarme, pero salí directamente del trabajo y fui sola. No podría escapar de sus regaños por mucho tiempo, pero tenía las imágenes de la ecografía para poder calmarla. Por mucho que se pasara de la raya en algunos momentos, sabía que era la persona que más me ayudaría con ese niño.

Siempre hemos estado muy unidas y ella haría todo lo posible por apoyarme. Tenía razón cuando decía que no podía dejar que otra persona fuera la madrina de mi bebé que no fuera ella.

Estaba mirando las imágenes que me había dado la doctora y no presté mucha atención a la aplicación, que indicaba que faltaban cinco minutos para que llegara el conductor.

—¿Será un niño o una niña? —Balanceé la carpeta de la ecografía en una mano para tocarme la barriga con la otra.

Levanté la cabeza cuando vi un coche acercándose y deteniéndose junto al bordillo. No era el vehículo que había visto cuando el conductor confirmó el viaje. Tomé mi móvil y vi que el anterior había cancelado y que el conductor actual se llamaba...

—¿Ricardo?

—¡Thaís! —Bajó la ventanilla y sonrió al verme—. Sube. —Hizo un movimiento con la cabeza, pero yo me quedé tiesa.

Pensaba que no había posibilidad de volver a encontrarlo, pero el tipo estaba allí mismo.

—¿Todo bien? —preguntó al darse cuenta de que seguía parada en el mismo lugar.

Asentí con la cabeza. Respiré hondo y me acerqué a la puerta del copiloto, abriéndola. Tenía una segunda oportunidad y no podía dejarla escapar de nuevo.

—¿Cómo te va?

—Un poco cansado, estoy haciendo doble turno.

—¿Es un mes difícil económicamente? —Me abroché el cinturón y él arrancó el coche.

—No es necesariamente por el dinero.

—A veces hay que ahorrar.

—Sí, claro. —Se encogió de hombros.

—¿Cómo estás con lo de tu padre?

—Lo llevo bien.

—Imagino que debe de ser difícil.

—Ni te imaginas.

—Mis padres están bien, espero que sigan así por mucho tiempo.

—Que así sea. —Me dedicó una sonrisa que me hizo sonreír a mí también—. Te vi en el hospital y ahora te encuentro en una clínica. ¿Tienes algún problema de salud? —Parecía preocupado.

Apreté el resultado de la ecografía contra mi pecho y palidecí un poco.

—¿Ricardo?

—Sí.

—¿Podemos hablar?

—Claro. ¿De camino a tu casa o quieres ir a algún sitio?

—A una cafetería o a otro sitio, tú decides.

—De acuerdo. —Se quedó mirándome fijamente hasta que se decidió y terminó mi viaje en la aplicación.

Tenía un nudo en la garganta. Mentiría si dijera que pensé en no contárselo a Ricardo. Parecía mucho más fácil lidiar con la situación sola que hablar con él. Era la tercera vez que nos veíamos, y decirle de golpe que estaba embarazada era la peor forma de abordarlo. Pensé en Duda estrangulándome si le contaba que no había tenido el valor. Habíamos pasado muchas horas buscándolo en las redes sociales y no habíamos encontrado nada. Ya me había dado por vencida, pero él estaba allí.

Detuvo el coche frente a una pequeña cafetería que estaba a unas cuadras de la clínica donde me habían hecho la ecografía. Fue el primero en bajar, dio la vuelta al coche y me abrió la puerta.

—Gracias.

—Mi madre dice que no puedo perder los modales.

—Parece que te educó bien.

—Se esforzó. —Me guiñó un ojo y me indicó que pasara delante.

Me senté en una pequeña mesa redonda con espacio para cuatro personas y Ricardo se dirigió a la barra. Tomó dos vasos de zumo de naranja, los pagó y volvió a la mesa.

—¿De qué quieres hablar? —Me dio un vaso con un sorbete.

Di un buen trago mientras intentaba reunir el valor para contarlo.

—No sé cómo decirlo.

—Dilo. —Él se rió y yo también—. No hay forma de que lo sepa si no me lo cuentas.

—Tienes razón. —Pasé mis manos sudorosas por encima de la ecografía que había puesto sobre la mesa.

Ricardo bajó la cabeza y centró su atención en la carpeta de la clínica.

—¿Qué es eso?

—Un examen.

—¿Puedo verlo?

Apreté los dedos contra la superficie. Estaba asustada, angustiada y sumida en un torbellino de sentimientos que me dejaban completamente desesperada.

—Nunca tuve sexo con desconocidos... Bueno, hasta ese día, tú...

—Di lo que quieras decir, Thaís.

Quité las manos de la carpeta y se la empujé hacia él. Debería decirle: "*estoy embarazada"*, pero las palabras simplemente no salían de mi boca.

Ricardo abrió la carpeta de la ecografía y se quedó mirando las imágenes durante lo que pareció una eternidad, hasta que finalmente abrió la boca para confrontarme:

—¿Es mío?

Solo asentí con la cabeza.

—¡Vaya! ¿Voy a ser padre?

Su respuesta al menos me hizo concluir que no tenía otros hijos. Parecía algo bueno. Solo esperaba que tampoco estuviera casado. No quería ser una destructora de hogares.

—No es mi intención entrometerme en tu relación o matrimonio. No sabía que tenías pareja y lo que pasó entre nosotros fue imprudente e irreflexivo.

—¿Matrimonio? ¿Relación? —Frunció el ceño—. Estoy soltero.

—¿Ah, sí? —Me sorprendió—. ¿Quién era entonces esa mujer en el hospital?

—Una ex. Que no me deja en paz, pero solo es una ex.

—¿Seguro?

—Claro.

—Menos mal. —Sonreí aliviada.

—¿Estás segura de que es mío?

No podría decir que me sorprendiera esa pregunta, pero respiré hondo y asentí con la cabeza.

—No tenía relaciones sexuales con mi ex sin condón, y hacía más de una semana que no teníamos nada cuando eso sucedió entre nosotros.

—¿Ya sabías que estabas embarazada cuando nos vimos en el hospital?

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Frunció el ceño y se inclinó hacia delante, analizándome.

—Acababas de perder a tu padre y entonces ella apareció...

—Leticia siempre aparece en los peores momentos. —Resopló.

—¿Ah, sí?

—¿Por eso intentaste contactarme tanto por la aplicación?

Asentí con la cabeza.

—Nunca me respondiste.

—Cuando descubrí que mi padre estaba enfermo, necesitaba tomarme un tiempo y resolver algunas cosas por él.

—Lo entiendo. Una vez más, lamento mucho tu pérdida.

—Gracias.

—No sé cómo va a funcionar esto, pero pensé que tenías que saberlo. Mi mejor amiga no dejaba de recordarme que yo no había tenido al bebé sola. —Esbocé una sonrisa forzada.

—Tiene razón. —Se inclinó hacia delante y cubrió mi mano con las suyas, haciendo que lo mirara a los ojos—. También es responsabilidad mía.

—Me alegro de que pienses así. —Respiré aliviada.

—¿Necesitas algo?

—Por ahora no. Tengo un buen seguro médico del supermercado donde trabajo y me cubre todas los exámenes y consultas. Solo estoy tomando algunas vitaminas y suplementos, pero no son caros.

—Puedo comprártelos yo.

—No, está bien. —Le sonreí—. Guarda el dinero para cuando nazca el bebé. Los pañales son caros.

—No te preocupes por eso.

—No te estoy echando encima la carga económica. Tranquilo.

—Thaís, mira...

—No sé cuánto gana un chofer de aplicación, pero imagino que será algo variable. Soy gerente de un supermercado, tengo que ayudar a mis padres en casa, pero nos organizaremos.

—Puedo comprar lo que necesites.

—Ya te he dicho que te relajes. No somos ricos, pero nos las arreglaremos. —Le acaricié la mano.

—Está bien.

—Gracias por entenderlo.

Extendió la mano y me acarició la cara. Sonreí. Estaba desesperada, con miedo de contárselo, pero había sido mejor de lo que imaginaba.



Capítulo diecinueve

No somos ricos, pero nos las arreglaremos...

Ella estaba sentada frente a mí, en la mesa de una cafetería, y esa frase aún resonaba en mi cabeza. Thaís no tenía ni idea de quién era yo en realidad y de que la parte económica definitivamente no era un problema para mí. Había crecido con todo lo que el dinero podía comprar, en una burbuja dorada proporcionada por mi familia, y en el pasado me involucré con Letícia, una mujer que estaba muy preocupada por mantener esa misma vida de lujo.

Debería haberle dicho en ese momento que no era un simple conductor de aplicación como ella pensaba, que no tendríamos que contar monedas para comprar pañales, pero no le dije la verdad.

Estuviera bien o mal, decidí que podía posponer un poco esa noticia. Sentía que ella era diferente a Leticia y quería conocer esa versión de Thaís sin que mi dinero entrara en la ecuación. Teníamos meses hasta que naciera el bebé y podía construir algo diferente con ella antes de revelar mis orígenes.

—¿Podría...? —Saqué mi celular del bolsillo, con la intención de tomar una foto de la ecografía para enseñársela a mi madre, pero cambié de opinión cuando recordé el valor del aparato y lo guardé. Tendría que comprar otro teléfono más económico si quería mantener esa historia.

—¿Puedes...?

—Anota mi número. —Le tendí la mano.

—Por favor. —Sonrió y me entregó su móvil.

—Llámame si necesitas algo. —Le devolví el aparato.

El teléfono de Thaís empezó a sonar y ella lo contestó.

—Hola... Mamá... Sí, estoy bien. ¿Cuándo voy a volver a casa?... Dentro de un rato. Adiós. —Thaís guardó el móvil en el bolso y se giró hacia mí—. Tengo que irme.

—¿Ahora?

—Sí.

—Yo te llevo.

—Gracias.

Thaís se dirigió a la salida de la cafetería y yo la seguí. Tras la pérdida de mi padre, la idea de tener mi propio hijo o hija me animó, aunque la noticia me pilló completamente por sorpresa.

Quería sentirme un poco mejor ante el duelo y, en cierto modo, la noticia llegó en un buen momento. Quería algo diferente de lo que había tenido con Letícia y aquella parecía la oportunidad perfecta, con la excepción de que ella no sabía quién era yo en realidad...

—¿Ricardo? —Thaís me llamó y salí de mis pensamientos. Di la vuelta al coche y me dirigí al asiento del conductor.

Le pedí disculpas por mi momentánea ausencia y la llené de preguntas sobre el embarazo mientras conducía hacia su casa. No tardé mucho en llegar a la entrada.

—Gracias —Thaís empezó a rebuscar en el bolso—. Tengo que pagarte el viaje.

—¡Oye! ¡No! —Le agarré la mano y la obligué a mirarme.

—Es tu trabajo.

—Contigo no es trabajo.

Ella se sintió incómoda y apartó la cara cuando se sonrojó, pero yo seguí mirándola hasta que Thaís volvió a mirarme. Tenía el pelo liso y oscuro, ojos marrones brillantes y era tan guapa que me encantaba fácilmente. Puede que haberme acostado con ella por

primera vez fuera una actitud completamente impulsiva, pero no era ningún sacrificio estar con alguien tan atractiva.

La posibilidad de vivir una vida diferente a la que llevaba con ella se estaba volviendo cada vez más irresistible. Subí la mano que sostenía la suya hasta su rostro y sus pupilas se dilataron, haciendo que el color marrón se volviera aún más oscuro.

Hacía mucho tiempo que no me involucraba con alguien. Decepcionado con mi relación con Leticia, no imaginaba que podría encontrar a una mujer que me viera más allá de lo que podía ofrecerle económicamente, y quería experimentar eso con Thaís.

Deslicé la mano hasta su nuca y atraje su rostro hacia mí.

—Ricar...

Interrumpí mi nombre cuando uní nuestros labios. Su boca era suave y tenía un sabor delicioso que me atraía aún más. Presioné mi lengua, buscando un paso, y la sumergí en su boca. Con la mano libre, subí por su muslo hasta agarrar su cadera, y la acerqué todo lo que pude con el freno de mano y la estructura del coche entre nosotros.

Ella inclinó la cabeza, cediendo al beso, que se volvió más voraz, hasta que puso una mano en mi hombro y me empujó hacia atrás.

—Ricardo... —susurró mi nombre mientras jadeaba.

—Ey…

—No debería haberlo hecho.

—Tenemos un hijo en camino y...

—Eso no significa que tengamos que estar juntos. —Giró la cara, colocándose un mechón detrás de la oreja mientras se recompuso.

—No, pero quiero conocerte mejor. Eres guapa, amable... ¿Qué te parece si salimos mañana?

—¿Mañana?

—Sí. ¿A qué hora puedo pasar a recogerte?

—Ah... yo...

—No pasa nada, Thaís. —Le tomé la mano para que volviera a mirarme—. Si no quieres, lo entenderé.

—No es eso. —Ella negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Es nuestro tercer encuentro y ya estoy embarazada.

—Ciertamente no es el orden natural de las cosas, pero no es algo que nos impida tener un cuarto encuentro.

—Tienes razón. —Sonrió mientras le acariciaba la cara.

—¿Me envías un mensaje para combinar?

Asintió con la cabeza antes de abrir la puerta y salir del coche.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana. —Toqué la palanca de cambios y arranqué el coche.

Me encantaba la idea de tener una vida diferente con ella. Quizás estaba actuando más por impulso que por racionalidad. Sin embargo, una parte de mí me decía que era la única forma de construir algo verdaderamente real, por mucho que me estuviera escondiendo detrás de una imagen e interpretando un papel que no era yo en realidad.



Thaís

Capítulo veinte

Entré en casa sintiéndome extraña, pisando el suelo como si estuviera un poco mareada e intentando procesar lo que había pasado. Por si no fuera ya lo suficientemente loco el hecho de que el destino me hubiera vuelto a unir a Ricardo, finalmente le había contado lo del embarazo y su reacción había sido la mejor posible. No podía decir que no era bueno, después de todo, parecía un tipo agradable, amable, atento y trabajador, pero después de lo que había pasado con Alexandre, sentía que necesitaba ser un poco más resistente antes de sumergirme en una nueva relación, aunque

estuviera esperando un hijo de Ricardo y la convivencia con él fuera algo necesario.

—¡Thaís! —Mi madre se levantó del sofá cuando me vio entrar en la sala.

—Hola...

—¿Todo bien? ¿Cómo te fue el examen? ¡Llegaste tarde! Ya te iba a llamar otra vez. Estaba preocupada.

—Ella estaba en la clínica, Marisa. —Mi padre intercedió por mí, tratando de contener un poco las preguntas desenfrenadas de mi madre.

—Sí.

—¿Pero no tenías turno? —preguntó mi madre.

—Ya sabes cuánto tiempo tardan estos médicos en ver a los pacientes.

—Deberíamos haber ido juntas.

—Mamá... estoy bien.

—Qué bien. —Mi madre respiró aliviada.

—Tardé un poco más porque me encontré con Ricardo.

—¿Ricardo? —Mi madre levantó una ceja y me miró con el ceño fruncido—. ¿Quién es Ricardo?

—El padre del bebé. —Puse la mano en mi vientre por reflejo.

—¡Ah! —Se quedó boquiabierta, sorprendida por la información—. Pensaba que no tenías contacto con él.

—Nos hemos vuelto a encontrar. —Pensé que esa era la mejor manera de contárselo a mi madre sin entrar en demasiados detalles.

—¡Eso es genial!

—¿Va a reconocer al niño? —Mi padre fue directo al grano.

—Sí, papá.

—¡Genial!

—Necesito darme una ducha y descansar un poco.

—¿Quieres que te prepare algo diferente para comer? He hecho pollo para cenar, tu plato está en el microondas, pero puedo hacer otra cosa si quieres.

—Gracias, mamá. Pollo está muy bien. Comeré después de darme una ducha. —Me dirigí a mi habitación sin darle oportunidad de continuar con el tema.

Necesitaría un tiempo para poder aclarar mis ideas. Siempre pensé que podía controlar mi vida, ya que hacía todo lo posible para obtener los resultados esperados, pero un pequeño desliz lo cambió todo.



Capítulo veintiuno

—Gracias, Olavo. —Le entregué la llave al jardinero cuando llegué a su casa.

Mi coche estaba aparcado en su garaje y lo recuperé. Lo sustituía por el vehículo del empleado cuando conducía para la aplicación.

—Todavía me pregunto por qué insiste tanto en salir con mi viejo coche. —Esbozó una sonrisa forzada mientras desviaba la

mirada y miraba el deportivo que tenía detrás—. Con una máquina como esta, yo no conduciría otra cosa.

—A veces me gusta conducir coches manuales más antiguos.

Le daba dinero al jardinero para que le hiciera el mantenimiento a su vehículo y le pusiera combustible, pero no le contaba la verdadera razón por la que usaba su coche en lugar de salir por la ciudad con el mío.

—No me malinterprete, señor. A mis hijos les encanta mirar su coche cuando está aquí en el garaje, incluso llaman a sus amigos para que lo vean. No todos los días pueden acercarse a un vehículo como este. Pero, ¿por qué no se compra uno con cambio manual, uno de esos de coleccionista, ya que le gusta tanto? ¿Uno de esos que tiene la reina de Inglaterra?

—Quién sabe. —No insistí en el tema, pero tampoco lo negué. No quería inventar más historias, ya que mi mentira ya era lo suficientemente grande.

—Usted sabrá. —Se encogió de hombros—. Estos ricos tienen unas ideas muy locas… —pensó en voz alta, pero yo lo oí.

—Nos vemos luego, Olavo.

—Hasta luego, señor. —Me saludó con la mano y yo me dirigí hacia donde tenía aparcado el coche.

Sería difícil hacer creer a Thaís que yo tenía el mismo origen humilde que ella si aparecía conduciendo ese vehículo. Ella me veía de una manera diferente a las mujeres que me rodeaban, lejos de la empresa que tenía o de mis bienes, y quería mantener nuestra historia así, al menos por ahora.

Tenía planes de contarle la verdad, pero primero esperaba que pudiéramos tener algo sin todos esos artificios que fácilmente seducían a la gente.

Arranqué el coche y conduje hacia el condominio donde estaba mi casa. Iba por la autopista, sumido en mis pensamientos, cuando la foto de João Paulo apareció en el sistema multimedia del coche y el tono de llamada resonó por todo el vehículo.

Pulsé un botón en el volante para contestar y seguí concentrado en la conducción.

—Te envié como diez mensajes.

—Estaba ocupado.

—¿Jugando a ser taxista otra vez?

—Más o menos.

—¿Dónde estás ahora?

—De camino a casa. Llegaré en unos veinte minutos. ¿Nos vemos allí para hablar?

—Quedamos así.

—Hasta luego. —Colgué el teléfono y la música a bajo volumen volvió a llenar el espacio.

João era mi mejor amigo y la única persona que conocía la verdad sobre mi doble vida. Quería hablar con él sobre la novedad, necesitaba compartirlo con alguien. No sabía exactamente cómo se lo diría a los demás, sobre todo a mi madre, que iba a ser padre,

pero era algo en lo que tendría tiempo para pensar. Probablemente, si mi padre aún estuviera aquí, me daría consejos, pero era mi turno de lidiar con la situación por mi cuenta.

Aparqué el coche en el garaje y bajé.

En cuanto entré en la sala, vi a João hablando con mi madre. Estaban concentrados el uno en el otro, pero se giraron al notar mi presencia.

—¡Hola, mamá! —Me acerqué a ella y le di un beso rápido.

—¡Hijo! —Me sonrió mientras me acariciaba el hombro—. ¿Todo bien en el trabajo hoy? ¡Llegaste tarde! Ya le estaba contando a João lo dedicado que eres a la empresa. Sin duda, Alfonso estaría muy orgulloso.

—Ha sido un buen día.

Había salido de la empresa al final de la jornada laboral junto con los empleados y había conducido durante unas tres horas con la aplicación hasta que me volví a cruzar con Thaís, pero no quería hablar de eso con mi madre.

—¿Salimos? —Le hice un gesto con la cabeza a João para que me acompañara.

—Seguiremos hablando más tarde, señora Luciana.

—¿Ha pasado algo? —Mi madre nos miró a ambos con aire preocupado.

—No, solo una charla entre amigos —dijo João, tratando de tranquilizarla.

—Eso me preocupa.

—No hace falta, mamá. —Le sonreí.

—De acuerdo. —No se sintió tan aliviada como me hubiera gustado, pero teniendo en cuenta la situación por la que habíamos pasado tras la pérdida de mi padre, estábamos a la defensiva para afrontar cualquier mala noticia.

Asentí con la cabeza y João me siguió hasta la zona exterior de la casa. Nos detuvimos cerca de la piscina.

—Tu madre está muy conmovida —comentó, quedándose a mi lado.

—No es la única.

—Mis padres todavía están aquí, así que no puedo opinar sobre la situación, pero imagino que les llevará un tiempo a ti y a ella superar este momento difícil.

—Sí. —No alargué el tema. Por mucho que me doliera pensar en la pérdida, no era eso lo que quería hablar con João—. Voy a ser padre.

—¿Qué? —Abrió mucho los ojos, pero luego se echó a reír como si le hubiera contado un chiste—. Sé que hay muchas formas de lidiar con el duelo, pero no pensaba que ser comediante fuera lo tuyo.

—No estoy bromeando.

—Me sorprende mucho no haberlo oído de la propia Leticia. Siempre imaginé que cuando fueras a ser padre, te casaras, o cualquier otro acontecimiento que la involucrara, me enteraría de la

noticia por Instagram en una foto con más de mil «me gusta», ya que ahora se ha empeñado en ser una influencer digital. Me gustaría saber cómo sería Leticia si hubiera nacido en una familia más pobre...

—Ella no es la madre —lo interrumpí antes de que continuara hablando de mi ex.

Lo que quería con Thaís era precisamente huir de la relación que tenía con Leticia. Su materialismo y superficialidad habían sobrepasado mis límites.

—¿No? No sabía que tenías otra novia.

—Todavía no la tengo.

—Sabes que odio cuando te pones enigmático.

Me reí mientras me metía las manos en los bolsillos.

—Es esa mujer que conocí en la aplicación. Thaís...

—Espera, ¿estaban saliendo?

—No.

—Entonces, ¿cómo es que está embarazada?

—Fue aquella vez.

—¡Vaya! —Dio un paso atrás como si le hubieran disparado—. No sé si eso es mala suerte o buena suerte.

—Me alegró la noticia.

—Amigo, sé que ha sido difícil perder a tu padre, pero ¿tienes idea de lo que estás diciendo? ¿Ni siquiera conoces a la mujer y vienes a decirme que está embarazada? ¿Y si ni siquiera es tuyo? Lo único que quiere una mujer es un hombre que la mantenga. En el fondo, todas son como Leticia.

—Thaís es diferente.

—Di eso hasta que tengas que pagar una pequeña fortuna en pensión alimenticia. Soy abogado, hermano, sé muy bien cómo funciona eso.

—Ese no es el caso de Thaís.

—Parecen buenas solo hasta que consiguen lo que quieren. Al menos Leticia no oculta quién es.

—¿Desde cuándo estás del lado de Leticia?

—Nunca lo he estado. Estoy de tu lado, y por eso te digo que abras los ojos. Me parece muy extraño eso de que te acostaras con ella una sola vez y ahora esté embarazada.

—Ella no sabe quién soy, João.

—¿No se lo has dicho?

Negué con la cabeza.

—¿Cuándo piensas decirle que eres un millonario que conduce un Mercedes en lugar de un coche económico de hace veinte años?

—João... —Respiré hondo—. Quiero que ella me vea de otra manera. Que me conozca de verdad, sin tener en cuenta el dinero que tengo o el coche que conduzco. Vamos a tener un hijo y quiero que ella me mire a mí y no a mis bienes.

—Sabes que empezar una relación con una mentira va a salir mal, ¿no?

—Estás siendo demasiado pesimista.

—No, estoy siendo sensato.

—Leticia solo sabía hablar de compras, viajes, coches... Yo quiero algo más que eso.

—Sabes que eso de que los pobres son más felices es una tontería, ¿no?

—Escuché muchas cosas mientras conducía.

—Tú no vives sus vidas, Ricardo. Para nosotros es mucho más fácil cuando no tenemos que preocuparnos por las facturas o el alquiler que vence. Yo también he visto muchas cosas en los tribunales, lo suficiente como para estar agradecido de haber nacido donde nací. Si crees que la pobreza trae más felicidad, estás muy equivocado.

—Se lo diré.

—¡Genial!

—Pero voy a esperar un poco más.

João negó con la cabeza.

No es que no entendiera su punto de vista. Era consciente de que Thaís necesitaba saber la verdad, pero también veía nuestra relación como una oportunidad. Mi dinero le proporcionaría muchas comodidades, pero antes de decirle que no tenía que preocuparse por las facturas pendientes, quería que descubriera un poco más sobre mi personalidad, mis gustos, y que hiciera conmigo cosas sencillas que no requirieran tanto dinero.

Esperaba conocerla de verdad, poder conectar con ella y hacer que le gustara sin que el dinero entrara en juego.

—¿De verdad te gusta esa mujer?

Asentí con la cabeza.

—Espero que no te des la cabeza contra la pared.

—Eres un gran amigo.

—Alguien tiene que abrirte los ojos. —Se encogió de hombros.

—Vamos a ver si hay algo para comer. Estoy hambriento. —Pasé junto a João y le di una palmada en el hombro, para que viniera conmigo.

Me gustaba poder compartir ese momento con él, por mucho que discrepáramos en nuestras opiniones.

Estaba dispuesto a contarle la verdad a Thaís después de que ella se involucrara conmigo sin saber los dígitos de mi cuenta bancaria.

—¿De verdad crees que se enamorará de ti y no de tu cuenta bancaria?

—Creo que sí.

—Buena suerte. —Su risita dejaba claro que João no le daba ninguna credibilidad a mi plan, pero no iba a dejar que eso me desanimara.



Thaís

Capítulo veintidós

—Sí, señor... Lo entiendo, señor. —Intentaba calmar los gritos de un cliente que resonaban por todo el supermercado.

—¡Esto es absurdo!

—Los cambios en los precios son habituales, señor. —Intentaba mantener la compostura después de haber escuchado comentarios que habrían sacado de quicio a cualquiera.

—Pero acabo de tomar la caja de huevos a nueve con noventa, iba a la caja y me han cobrado doce reales.

—Señor, ya le he dicho que va a pagar el precio anterior. —Hice un gesto a la cajera, que asintió con la cabeza.

—Lo que hacen es una gran falta de respeto al consumidor. Estaba acostumbrado a comprar los huevos a un precio y ahora los suben.

—Entienda que tenemos que hacer un ajuste en función del precio que nos cobran nuestros proveedores.

—Ah, pero nuestro salario no sube.

—Lo siento, pero ¿desea algún otro producto? Hay otras personas esperando en la cola. —Señalé a los demás clientes haciendo muecas detrás del hombre de mediana edad que no dejaba de gritar.

—Parece que está intentando echarme.

—No es eso, señor.

—Voy a comprar en otro supermercado. ¡Son unos mercenarios! —Se marchó gritando y pisando fuerte, y no pude contener un suspiro de alivio al ver que el tipo se iba. Había días complicados en el supermercado, pero sin duda algunos se pasaban de la raya.

—¡Qué tipo más loco! —comentó la cajera.

—Vaya, qué dolor de cabeza. —Puse los ojos en blanco y ella se rió.

—Cancela su compra, por favor. —Señaló la pantalla de la caja registradora y le entregué mi tarjeta de identificación para que pudiera eliminar los productos y pasar la compra de un nuevo cliente.

Salí de la zona de las cajas y me dirigí al interior del supermercado. En el camino me topé con Daniel, el dueño del establecimiento.

—¿Qué estaba pasando, Thaís?

—Un cliente armando un escándalo por el aumento del precio de los huevos.

—¿Resolviste el problema?

—Se ha ido.

—¿No le garantizaste que compraría el producto al precio anterior?

—Sí, señor, pero creo que ni él mismo sabía lo que quería. —Me masajeé la sien, sintiendo cómo me latía la cabeza. Imaginaba que no era solo el agotamiento con el cliente lo que me estaba causando dolor.

—¿Estás bien, Thaís?

—¡Sí!

—¿Estás segura? —Entrecerró los ojos y me miró fijamente.

Lo miré fijamente mientras pensaba. Por mucho que quisiera evitar que la gente comentara o incluso imaginara que mi trabajo

estaba en peligro, sentía que no podría evitar por mucho más tiempo contarle a mi jefe la verdad sobre lo que me estaba pasando.

—Señor, ¿podemos hablar?

—Claro.

Me hizo un gesto para que lo siguiera y caminamos hasta su despacho, situado en un entresuelo.

—Puedes hablar. —Se sentó en la silla y me miró directamente—. ¿Estás enferma, Thaís?

—No, señor... Me encuentro mal porque estoy embarazada.

—¿Embarazada? —Se quedó sorprendido—. Ni siquiera sabía que estabas casada.

—No lo estoy.

—¡Ah, lo siento!

—No pasa nada.

—¿De cuánto tiempo?

—Poco más de dos meses.

—Entiendo.

—Voy a seguir dedicándome al trabajo y no pienso decepcionarlo.

—Qué bien, pero ya tengo que pensar en alguien que la sustituya durante el periodo de licencia.

—Tengo intención de trabajar hasta el último mes de embarazo.

—Tampoco puedes cansarte demasiado.

—Puedo manejarlo.

—Estoy seguro de que sí. —Mi jefe me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

Nos quedamos mirándonos hasta que él hizo un gesto y señaló la puerta. Su reacción había sido mejor de lo que esperaba, porque, aunque sabía a grandes rasgos que había una ley que lo impedía, tenía miedo de que me despidieran por estar embarazada. Con un bebé en camino, necesitaba ese trabajo más que nunca.



Capítulo veintitrés

Estaba analizando los informes de los ingenieros sobre un proyecto en Nova Lima, que se encontraba en la fase final de construcción, cuando mi móvil vibró sobre la mesa.

Thaís:

Salgo del trabajo a las 17:00, voy a pasar por casa para darme una ducha.

Ricardo:

Te recojo a las 19:00, ¿te parece bien?

Thaís:

Quedamos así.

Estaba ansioso por estar con ella, aunque tenía un poco de miedo después de mi conversación con João. Mi amigo era realista, a veces incluso demasiado realista. Sin embargo, quería intentarlo. Sentía que estaba en el camino correcto para construir algo real.

—¿Señor?

Levanté la cabeza cuando oí que mi secretaria me llamaba. Estaba tan distraído con mi móvil, mirando los mensajes de Thaís, que no me había dado cuenta de que la mujer se había acercado y estaba parada frente a mi escritorio.

—¿Qué pasa?

—Hay una persona en recepción que insiste en hablar con usted.

—¿Ha concertado una cita? ¿Es algún empleado...? —Ni siquiera tuve tiempo de terminar la frase antes de ser interrumpido por un grito estridente.

—¡Ricardo, mi amor!

—¿Qué haces aquí, Leticia? —Me levanté de la silla sobresaltado.

—Le pedí que esperara afuera. —Mi secretaria se giró hacia ella con expresión severa.

—No se preocupe, él y yo nos entendemos, querida. —Hizo un gesto para expulsar a mi empleada.

—Leticia, estoy en horario de trabajo, no deberías estar aquí.

—Estaré fuera por si necesita algo. —Mi secretaria salió corriendo de mi despacho, tratando de escapar de cualquier posible enfrentamiento entre mi ex novia y yo.

—No contestas mis llamadas ni respondes a mis mensajes. —Leticia cruzó los brazos haciendo pucheros, como la niña mimada que siempre había sido.

—¿Has pensado que puede haber una buena razón para ello?

—Sé que estás muy triste por lo que le pasó a tu padre. —Se llevó la mano al pecho como si comprendiera la magnitud de mi dolor, lo que me irritó aún más—. Créeme, yo también estoy devastada. Éramos una familia, él también era como un padre para mí.

—No exageres, Leticia.

—Tú nunca has tenido en cuenta mis sentimientos.

—No tengo la menor paciencia para escucharte hablar de eso ahora. Tengo trabajo que hacer y este no era el mejor momento para que vinieras aquí.

—¿Te acuerdas de cuando estábamos en París...?

—¡Leticia!

—Fue tan romántico. —Se limpió el rabillo del ojo con la punta del dedo, dando ligeros golpecitos para no estropearse el maquillaje.

—Me arrastrabas de una tienda a otra y, al final del día, ya no podía cargar con tantas bolsas.

—Las prendas más increíbles de mi armario las compramos juntos, sin duda.

—Leticia, escucha. Sé que a veces te cuesta entenderlo, pero necesito que comprendas que ya no hay nada entre nosotros.

—Nos queremos, Ricardo. —Sollozó como si intentara contener el llanto.

—Sabes que eso es mentira.

—Hay otra mujer en esta historia, ¿verdad? Estás con otra, ¡mujeriego! Mientras lamentamos la muerte de tu padre, tú te lanzas a los brazos de cualquiera.

—Leticia, vete.

—¿Quién es ella? Exijo que me lo digas.

Solo negué con la cabeza. Si había algo que estaba seguro de que no quería que sucediera era que Leticia se cruzara en el camino de Thaís. La relación que esperaba poder establecer sería completamente inviable con mi pasado acechándome.

—¡Ya lo sé! Es esa mujer que vi contigo en el hospital. La forma en que la mirabas... Cómo no lo sospeché antes.

—Leticia, vete.

—No puedo creer que me estés haciendo esto. —Sollozó, empezando a llorar como si yo fuera el gran villano de la historia.

—Rompimos hace meses.

—Apuesto a que ella... —Leticia dejó de hablar cuando le agarré del brazo y la obligué a mirarme.

—Tengo que trabajar.

Normalmente era más amable, pero la eché de mi despacho, cerrando la puerta y girando la llave. No quería explicarle que mis prioridades habían cambiado y, sobre todo, que estaba buscando una mujer menos superficial.

Letícia nunca logró separar lo que yo era de lo que tenía. Nuestra relación siempre fue muy superficial, pero con Thaís sería diferente...

—¡Ricardo! —Oí los gritos de Letícia mientras golpeaba la puerta, tratando de convencerme de que la abriera, pero la ignoré, evitando imaginar en lo que pensarían los demás empleados de la empresa al ver el *espectáculo*—. ¡Ricardo!

Siguió gritando hasta que se rindió o se quedó sin aliento. Escuché sus pasos alejándose de mi oficina y respiré aliviado. Esperaba que Leticia entendiera de una vez por todas que ya no había nada entre nosotros, ya que así sería mucho más fácil para todos y también causaría menos sufrimiento.

Regresé a mi silla y a los proyectos. Estaba ansioso por que terminara la jornada laboral y poder reunirme con Thaís.



Thaís

Capítulo veinticuatro

Me incliné sobre el lavabo del baño y fruncí los labios para ponerme el pintalabios. Lo guardé en mi neceser de maquillaje justo cuando mi móvil vibró, y dejé de arreglarme para responder al mensaje de mi prima.

Duda:

¿Entonces ahora están saliendo juntos?

Thaís:

Yo no diría que es para tanto.

Duda:

¿Cómo es eso?

Thaís:

Apenas estamos empezando a conocernos.

Duda:

Referirse a alguien con quien ya te has acostado diciendo que solo se están conociendo es un bonito eufemismo.

Thaís:

No estaba pensando con claridad cuando eso sucedió.

Duda:

Eso no importa, ¿verdad? Porque las consecuencias están ahí.

Thaís:

Es complicado.

Duda:

Tú eres quien decide, ¿no? Lo más importante es que él sabe lo del bebé y que encuentren la manera de solucionarlo.

Thaís:

Sí.

Duda:

La lección que sacamos de esto es que nunca hay que dirigirle la palabra a un chofer de aplicación, por muy guapo que sea.

Thaís:

¡Eres una mujer casada!

Duda:

Quién sabe si Walter me engañará y yo perderé la cabeza.

Thaís:

Está bien, lo entiendo.

Ahora voy a terminar de arreglarme para salir con él.

Duda:

¡Que la pasen muy lindo! ¿Te llevará otra vez en ese cacharro?

Thaís:

La hamburguesa estaba muy rica.

Duda:

Mientras no sea un hot dog en medio de la calle, ya está bien.

Thaís:

¡Deja de molestarme!

Duda:

Está bien. ¡Que tengas un buen paseo!

Thaís:

Gracias, hasta luego.

Dejé mi celular a un lado y fui a terminar de maquillarme antes de ponerme un vestido. No estaba muy acostumbrada a arreglarme así. Por lo general, mi vanidad era mínima, solo para ir al trabajo, pero ese día sentía que necesitaba estar guapa. Había elegido un collar con un colgante en forma de gota y unos pendientes a juego que Duda me había regalado por Navidad.

—¿Adónde vas? —Mi madre apareció en la puerta del baño y me miró de arriba abajo.

—Voy a salir.

—¿Con quién?

—Con Ricardo.

—Todavía no nos has presentado a ese hombre.

—Paso a paso, mamá.

—¿Paso a paso? —Señaló mi barriga mientras fruncía los labios.

Sabía que el hecho de estar embarazada había saltado muchas etapas, pero no quería asustar al chico enfrentándolo a mis padres antes de que estuviéramos un poco más unidos.

Ni siquiera sabía cómo iba a evolucionar nuestra relación. Necesitábamos más tiempo, que esperaba que tuviéramos.

—¿No crees que sería mejor que viniera aquí y hablara conmigo y con tu padre primero?

—Mamá, ya soy adulta y él no les tiene que pedir permiso para salir conmigo.

—En mi época...

—Menos mal que ya no estamos en tu época. —Me incliné para darle un beso en la mejilla y la aparté a un lado para poder salir al pasillo y volver a mi habitación.

Como no sabía adónde íbamos, decidí ponerme unos zapatos planos. Los tacones eran preciosos, pero era impensable pasar más de diez minutos de pie con ellos sin que me dolieran las plantas de los pies.

—Cuídate. —Mi madre se acercó a la puerta de mi habitación.

—No te preocupes.

—Piensa bien lo que haces. Aunque ya es demasiado tarde para decir eso. —Resopló.

—Estaré bien, mamá.

—Eso espero.

Pasé junto a ella de nuevo, ajustándome el bolso al hombro, y me dirigí al salón, donde mi padre estaba viendo la televisión.

—Adiós, papá.

—¿Adónde vas?

Ya estaba fuera de la habitación y fingí no haber oído su pregunta para no tener que volver a escuchar todo otra vez.

Mi móvil vibró y lo saqué del bolso.

Ricardo:

Estoy en la calle.

Con una sonrisa, abrí la puerta y lo vi parado junto al bordillo. Tenía una sonrisa cautivadora y una forma de ser que me influía fácilmente.

—¡Hola! —Me saludó con la mano.

—¡Hola! —Le devolví la sonrisa al abrir la puerta del copiloto.

—¿Todo bien? —Se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

—Sí, ¿y tú?

—También.

Me puse el cinturón de seguridad antes de continuar con nuestra conversación. En parte me sentía avergonzada, pero al mismo tiempo emocionada por estar cerca de él.

—¿Hacías otra cosa antes de ser chofer?

—¿Yo? —Le extrañó mi pregunta.

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé. —Me reí con torpeza—. Te estaba mirando y pensé que podrías ser modelo.

—¿Es un cumplido?

—Puede ser. —Giré la cara avergonzada, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja como excusa para no mirarlo directamente.

—Creo que soy un poco mayor para eso —Se rió.

—¿Cuántos años tienes?

No tenía esa información sobre él. De hecho, no sabía casi nada sobre él. Eso debería haber sido suficiente para convencerme de que me estaba volviendo loca, pero su presencia me hacía bien.

—Tengo treinta, ¿y tú?

—Veintisiete. No eres tan mayor.

—Mi cabello blanco no está de acuerdo con eso. —Hizo una mueca que me hizo reír a carcajadas.

Luego nos quedamos unos instantes mirándonos hasta que me di la vuelta y me quedé mirando al frente, entonces él arrancó el coche.

—¿Adónde vamos?

—¿Te gustan los lugares altos?

—¿Qué tipo de lugares altos?

—Lo verás cuando lleguemos.

Afrontaría la sorpresa, por mucho que la ansiedad me revolcara las entrañas. Hacía mucho tiempo que no salía con nadie. Con Alexandre, nuestra relación ya había caído en la rutina y, con el paso del tiempo, él ya no se esforzaba por sorprenderme o mimarme. Esas podrían ser algunas señales de que había perdido interés en mí, pero no era el momento de pensar en eso.

Ricardo aparcó el coche a la entrada de un parque. Dio la vuelta al vehículo para ofrecerme la mano y me llevó para que camináramos juntos. Observaba los altos árboles y el lugar en su conjunto, pero no lo reconocía, nunca había estado allí.

—¿Ricardo? —llamé su atención, haciendo que se girara hacia mí.

—¿Sí?

—¿Estamos en un parque?

—Sí. ¿Has venido alguna vez al mirador?

Negué con la cabeza.

—Entonces te va a gustar.

—¿Es otro de los sitios que te han recomendado en el coche?

—Sí.

—Parece que conoces muy bien la ciudad.

—Es una de las ventajas de mi trabajo. —Bajó la mano, entrelazó sus dedos con los míos y yo permití el contacto, haciendo lo mismo.

Iba a aprovechar la oportunidad de estar con él, conocerlo y, quién sabe, vivir algo más allá de la relación de padre y madre de un bebé que estaba por llegar.

Llegamos a una terraza de madera y nos acercamos al borde. Solté su mano para agarrarme a la barandilla y miré a mi alrededor con admiración.

—¡Vaya! —Me quedé boquiabierta.

El mirador tenía una vista increíble de toda la ciudad. Era como si Belo Horizonte estuviera entera ante mis ojos, llena de luces porque ya era de noche. El lugar hacía honor al nombre de la ciudad.

—¿Te gusta? —Ricardo cubrió mi mano con la suya y me hizo mirarlo.

—Sí.

Inclinó la cabeza y me dio un beso, que yo le devolví.

Me incliné sobre la barandilla y me quedé mucho tiempo contemplando el paisaje. Tuve la impresión de que el hecho de que Ricardo conociera muchos lugares de la ciudad me proporcionaría muchas experiencias tan increíbles como esas.

—Me ha encantado... —Me giré y me sorprendió que ya no estuviera allí—. ¿Ricardo?

Di unos pasos alejándome del mirador, buscándolo. No era posible que se hubiera ido y me hubiera dejado sola allí. Eso arruinaría completamente el momento.

No tardó mucho, aunque me pareció una eternidad, en aparecer delante de mí, caminando de vuelta al lugar donde estábamos antes.

—¿Dónde te habías metido?

—Fui a buscar nuestra cena. —Levantó una bolsa térmica y me hizo un gesto para que me acercara.

Caminamos hasta uno de los bancos de hormigón y nos sentamos en él. Ricardo abrió la bolsa, sacó un mantel y lo extendió entre nosotros.

—¿Te gustan los picnics a la luz de la luna?

—¡Me encantan!

—Toma. —Me entregó unos desechables.

Mientras sacaba los cubiertos de un envoltorio de papel, él colocó un recipiente de plástico con lonchas de queso y otros envases más pequeños con porciones de fruta sobre el mantel. Luego, me sirvió un poco de zumo de naranja, mi favorito. Probablemente porque estaba embarazada, él cambió el vino por una bebida sin alcohol.

Sonreí al mirar sus ojos marrones mientras Ricardo me devolvía la mirada. Había pensado muchas cosas sobre ese encuentro, pero al final me sorprendió positivamente.

Ricardo tomó una fresa y la acercó a mi boca.

—¿Está buena?

Asentí con la cabeza mientras masticaba.

—¿Lo has preparado tú todo?

—Si consideras lavar y cortar, sí. —Se rió mientras tomaba una uva para mí—. Pero no se me da bien cocinar.

—¡Vaya! Pensaba que eras bueno en todo. —Puse cara de sorpresa al mirarlo, pero Ricardo se dio cuenta de que estaba bromeando y se echó a reír.

—Lamento decepcionarte.

—Creo que tendrás que esforzarte un poco más para decepcionarme. —Incliné la cabeza, con la mirada fija en la suya.

Ricardo dejó los cubiertos sobre la servilleta y extendió la mano derecha para tocarme la cara. Me acarició la mejilla con la palma y utilizó el pulgar para limpiarme el lado de la boca, probablemente manchado de zumo.

—Prefiero dedicarme a otras cosas.

—Eso está bien.

—Sí. —Inclinó su cuerpo hacia mí, inclinándose sobre la comida, y me atrajo hacia él para besarme.

Yo también solté el tenedor para sostener su rostro. Quería disfrutar al máximo ese momento con él.

Aparté los labios, permitiendo que su lengua invadiera mi boca, y respondí a sus movimientos con la misma intensidad. Deslicé las manos por su rostro hasta llegar a su cuello e intensifiqué aún más el beso. Seguimos buscando el mejor encaje para nuestras bocas hasta que me aparté por falta de aire.

—Casi tan sabroso como la fresa.

—¿Solo casi? —Giré la cara haciendo pucheros. Estaba más dramática que molesta por lo que había dicho.

—Es mucho mejor, pero es solo para que sigas siendo modesta —bromeó, haciéndome reír.

—¡Ah! —Me encogí de hombros mientras tomaba un trozo de queso.

Nos quedamos en silencio mientras nos concentrábamos en comer, pero no podíamos apartar la mirada el uno del otro. Era un hombre guapo y divertido, y yo estaba feliz de tenerlo allí. Por

mucho que, en teoría, fuéramos completos desconocidos el uno para el otro, tenía la sensación de que nos conocíamos de toda la vida.

—Mis padres quieren conocerte.

—¿Ya hemos llegado a ese punto?

—Bueno... —Aparté la mirada, avergonzada—. Nos saltamos algunos pasos. —Por reflejo, me puse la mano en el vientre. Todavía no era capaz de sentir la vida que crecía allí, pero la idea de tener un bebé creciendo dentro mío ya era suficiente para provocar algunas reacciones involuntarias.

—Por supuesto. Conoceré a tus padres.

—Gracias. —Sonreí, contenta—. Lamento mucho lo que le pasó al tuyo. —No sabía si debía tocar ese tema, pero cuando me di cuenta, las palabras ya se me habían escapado de la boca.

—Gracias. Realmente voy a extrañar mucho a mi padre.

—Me lo imagino...

—Supongo que es mejor así. Era una buena persona.

—Estoy segura de que sí —dije con una amplia sonrisa, más para intentar consolarlo que porque estuviera realmente segura de lo que había dicho.

—Gracias.

Mantuve la sonrisa mientras nos mirábamos.

—¿Puedo? —Ricardo extendió una mano hacia mi vientre.

Asentí con la cabeza y dejé que me tocara. Nos quedamos así durante unos minutos, él acariciándome mientras yo pensaba en la vida que se estaba formando allí.

Mi bebé había sido concebido en el día más loco de mi vida, pero incluso antes de nacer ya parecía estar proporcionándome buenos momentos.

Ricardo no se apartó hasta mucho tiempo después. Tomó unos sorbos del zumo que había traído y me hizo una pregunta que me sorprendió.

—¿Tienes alguna idea para el nombre?

—Todavía no lo he pensado mucho —admití. Saber que estaba embarazada ya había sido una gran sorpresa, pero poco a poco me estaba acostumbrando a la idea para empezar a disfrutar de las cosas buenas de ese momento.

—Pensaré en algunas sugerencias.

—Gracias.

Ricardo tomó la última fruta, me la puso en la boca y esperó a que la masticara para llevarme de nuevo cerca de la barandilla. Las hermosas vistas me dejaban completamente extasiada.

Nos quedamos en el mirador prácticamente hasta la hora de cierre, cuando Ricardo entrelazó sus dedos con los míos y me llevó de vuelta al lugar más alejado donde había aparcado el coche.

—¿Te ha gustado el paseo? —Se acercó a mí y me puso la mano en la cara, como si no fuera ya difícil no mirarlo todo el tiempo.

—Me encantó.

—Eso es genial.

—Pensé que acabarías llevándome a otra hamburguesería.

—También me gustan las frutas. —Se rió.

—Ha sido una buena elección.

—¿Thaís? —Sus dedos se deslizaron por mi cara y me hicieron volver a mirarlo.

—¿Sí?

—Eres preciosa.

—Gracias. —Sentí que se me sonrojaban las mejillas y aparté la mirada. Solo no di unos pasos atrás porque estaba apoyada en el lateral del coche—. Tú también lo eres.

Ricardo me acarició la cara con las yemas de los dedos y me provocó una serie de escalofríos antes de levantarme la cara y hacerme mirarlo de nuevo.

Pensé que iba a decir algo, pero solo bajó la cabeza y volvió a unir nuestros labios. La mano que tenía en mi cara siguió allí, manteniendo nuestros rostros muy cerca, pero la otra me agarró por la cintura mientras él apretaba su cuerpo contra el mío y me empujaba contra el lateral del coche.

Me entregué al beso, permitiendo que se volviera más intenso y profundo que el que nos habíamos dado antes.

Estaba tan absorta en el momento que no me preocupé por el lugar donde estábamos, parados cerca del parque bajo las copas de los árboles, en un rincón donde apenas llegaba la luz. La farola más cercana debía estar a unos diez metros. No sabía si Ricardo había aparcado allí a propósito, pero en ese momento era la menor de mis preocupaciones.

Su mano en mi cintura me apretó con más fuerza y solté un gemido ahogado por el ligero dolor que me produjo la presión. Frotó su cuerpo contra el mío mientras se mordía el labio inferior. Mi cuerpo se calentó con el contacto y mi corazón comenzó a latir más rápido.

—Ricardo... —murmuré su nombre cuando su boca se deslizó por mi cuello, aumentando aún más las sensaciones que se derramaban por mi cuerpo.

—¿Quieres que me detenga? —dijo con la boca en mi oreja, poniéndome los pelos de punta con el gesto.

Si había alguna parte sana de mí que viera la locura de besarnos en público, fue completamente suprimida por las oleadas de calor y deseo.

—No... —susurré mientras tiraba de su cara y volvía a llevar sus labios a los míos.

Su lengua volvió a sumergirse en mi boca y su mano cayó de mi cara, bajando junto con la otra y deslizándose por mis muslos hasta encontrar el dobladillo de mi vestido. Sin prudencia ni pudor, metió los dedos bajo la falda, subiendo hasta encontrar mi culo. Me acarició allí y yo me froté aún más contra él.

Sería una gran mentira si dijera que sus caricias no me volvían loca de placer. Más que la primera vez, en la que había

actuado puramente por impulso, esta vez me moría de deseo. Quizás fueran las hormonas alteradas por el inicio del embarazo, pero en ese momento era la menor de mis preocupaciones.

Me retorcí entre sus manos cuando una de sus piernas se acomodó entre mis muslos, aumentando los estímulos y, en consecuencia, las pulsaciones en mi vulva.

Subí con las manos por sus brazos y le agarré por los hombros cuando su boca volvió a deslizarse hacia mi garganta, dándome rápidos besos y ligeros mordiscos que fueron suficientes para encender mil fuegos en mí.

—Entremos en el coche —susurró, provocándome aún más, y yo solo asentí con la cabeza.

Con la mano en mi cintura, me empujó un poco hacia un lado y abrió la puerta trasera del coche. Corría el riesgo de que pasara alguien por allí, pero tenía que admitir que no era la primera vez que me arriesgaba de esa manera.

Ricardo me empujó hacia atrás y me senté. Usé los brazos para tirar de mi cuerpo hasta quedar acomodada en el medio del asiento. Él se sentó en el borde y cerró la puerta del coche, encerrándonos dentro.

Se echó de nuevo sobre mí y su mano acabó en mi cara. Volvimos a besarnos mientras él usaba la otra mano para subir por mi muslo, llevando consigo la falda de mi vestido hasta que se amontonó en mi cintura. Ricardo deslizó los dedos por mi cara y bajó hasta agarrar el otro lado de mi cadera. Buscó el lateral de mi tanga y tiró del elástico.

—Ricardo... —murmuré su nombre mientras él deslizaba la prenda hasta quitármela.

Me empujó suavemente hasta que me tumbé, apoyando la cabeza en la otra puerta. Sus manos separaron mis muslos y los colocó sobre sus hombros, acomodando la cabeza entre ellos.

Solté un gemido cuando sentí su aliento tocar mi vulva. Una mezcla de calor y frío me provocaba sensaciones y un deseo de retorcerme por dentro. Antes incluso de que su lengua se acercara, ya estaba gimiendo.

Era una locura pensar en recibir sexo oral en el asiento trasero del coche, pero estaba tan absorta en el momento que no reflexionaba sobre los posibles peligros.

Clavé las uñas en el asiento y arqueé mi cuerpo cuando su lengua tocó mi clítoris. Sus movimientos comenzaron delicados y provocativos. Me estaba descubriendo con la boca y probando mis límites antes de intensificar los movimientos.

—Ricardo... —Me mordí los labios para no gritar su nombre.

No podía llamar la atención de nadie que pasara por fuera del coche.

Me retorcía con los impulsos y Ricardo me sujetó por la cintura para contenerme, lo que le permitió tener más control sobre los movimientos de su lengua sobre mí.

Estaba jadeando, sintiendo mi cuerpo completamente caliente y entregado. Con el placer apoderándose completamente de mí, solo quería poder sentirlo lo máximo posible.

Estaba oscuro y no podía distinguir bien su rostro, pero cuando dejó de estimularme y apoyó las manos en el asiento, me di cuenta de que me miraba fijamente hasta que se movió sobre mí y su boca encontró la mía.

Hundí mis dedos en su cabello, despeinándolo mientras le correspondía el beso con la misma intensidad. Estaba tan llena de deseo por el momento que me frotaba contra él, pidiendo más. Cuando Ricardo dejó de besarme, se sentó en la esquina del asiento y me agarró por la cintura, así que incliné mi cuerpo, permitiéndole que me tirara, y bajé la cabeza para no golpearme con el techo mientras me acomodaba en su regazo.

Apoyé las manos en el asiento y acerqué mi frente a la suya. Estaba jadeando, aunque aún no había llegado al clímax. Me contoneé en su regazo, con mi vulva sobre el bulto que se formaba en sus jeans.

Ricardo me agarró del pelo, subiendo con la mano por mi nuca. Empujé mi cuerpo un poco hacia atrás, sentándome sobre sus rodillas, y le bajé la cremallera de los pantalones. Toqué su verga sobre los calzoncillos y la saqué de ellos. Mis dedos la rodearon antes de levantarme y, con las rodillas apoyadas en el asiento del coche, la introduje en mí.

Solté un gemido que resonó por todo el interior del vehículo cuando lo sentí entrar completamente en mí. Ricardo me sujetó la cintura con la otra mano, ayudándome a dictar los movimientos, y empecé a moverme sobre él. Intenté echar la cabeza hacia atrás, pero con él sujetándome el pelo era difícil, así que me incliné hacia delante, uniendo de nuevo nuestras bocas.

En una necesidad básica de llegar al clímax, me frotaba contra él y Ricardo me ayudaba, buscando el mismo objetivo. En medio del vaivén, mi cuerpo se frotaba contra el suyo, pidiendo cada vez más, intensificando nuestro contacto y placer.

Me empujó ligeramente hacia atrás, haciendo que me apoyara en el asiento delantero, y aumentó la velocidad con la que entraba y salía de mí. Ponía los ojos en blanco con cada impacto. Todo mi

cuerpo palpitaba, hasta que me invadió el éxtasis total. Temblando y vibrando, sentí algunos movimientos más hasta que Ricardo se unió a mí. Teniendo en cuenta que ya estaba embarazada, que eyaculara su líquido dentro mío no era una gran preocupación.

Volví a inclinarme sobre él y Ricardo me acarició la cara. Nos quedamos así, paralizados, regidos únicamente por la respiración pesada, hasta que mi cuerpo recuperó las fuerzas y volvió a responder a mis órdenes.

—Creo que un coche no es el mejor lugar para hacerlo. —Me reí.

—La próxima vez puedo conseguirte una cama.

—¿La próxima vez?

—¿No quieres?

Acerqué mi nariz a la suya y cerré los ojos antes de responder lentamente:

—Sí quiero.

—¿Entonces eso es un sí?

—¿Sí a qué?

—A que seamos novios.

—¡Ah! —Me pilló por sorpresa esa afirmación.

En otro momento, tal vez hubiera querido conocerlo mejor antes de aceptar, pero no después de haber tenido relaciones

sexuales y estar embarazada de él.

Ricardo era un chico amable que me encantaba. Nada parecía más justo que intentar tener una relación antes de que naciera nuestro bebé.

—¿Y?

—Te acepto como mi novio.

—¡Genial! —Volvió a besarme, alternando besos más largos con besitos breves, hasta que empecé a palpar el asiento en busca de dónde había puesto mi tanga.

—Necesito un pañuelo o papel.

—Hay papel higiénico en la guantera. —Me sentó en el asiento, se contorsionó un poco y consiguió tomar el rollo para mí.

Doblé un poco de papel y lo utilicé para contener el semen que me corría por las piernas y limpiarlo.

—Tengo que irme a casa ahora.

—¿Ya?

—Tengo que trabajar mañana.

—¿Estás segura? —preguntó con voz seductora.

—Sí. ¿Por qué? ¿Estabas pensando en llevarme a tu casa?

—¿A mi casa? —Pareció sorprendido por mi pregunta.

—Sí. Ni siquiera sé dónde vives todavía.

—Tienes razón, mañana tenemos que trabajar.

Me pareció extraño cómo eludió mi pregunta y eso me puso en alerta.

—¿No quieres enseñarme tu casa?

—Claro que no... quiero decir, claro que quiero. Me encantaría que estuvieras allí conmigo, pero tienes razón, mañana tenemos que trabajar.

Se acomodó en el asiento. Mientras yo me ponía la tanga, él se acomodó los calzoncillos y se subió la cremallera de los jeans.

—Otro día entonces.

—Claro. —Se giró para darme un beso.

—Puedes venir antes a mi casa. Mis padres estarán encantados de conocerte.

—¿El sábado?

—Puede ser. —Me alegré de que no huyera ante la idea de conocer a mis padres.

—Ahora si te parece, vámonos. —Salió del coche y vino a ayudarme a sentarme en el asiento del copiloto antes de ponerse al volante.

—Me ha encantado el paseo. —Le tomé de la mano y lo hice mirarme.

—Me alegro mucho. —Me acarició la cara y yo le besé la punta de los dedos antes de que arrancara el coche para marcharnos.



Capítulo veinticinco

Ella quería conocer mi casa y la situación me puso en un momento delicado. Si la llevaba a mi verdadera casa, el lugar donde vivía mi madre y donde yo había crecido, sería prácticamente imposible seguir ocultando mis orígenes, al mismo tiempo que esa era, de hecho, mi casa.

Bueno, podría alquilar un lugar más sencillo y amueblarlo con lo necesario. Era algo que podía hacer, lo que no sabía era si mi madre estaría de acuerdo con esa historia si Thaís quisiera conocerla.

Quería disfrutar por más tiempo de esa increíble sencillez de estar con ella, en la que solo importaban los sentimientos. Sabía que ella tendría que saber la verdad en algún momento, pero podía esperar un poco hasta que nos conociéramos mejor y cultiváramos una relación más fuerte entre nosotros y el niño que estaba por llegar.

—¡Señor!

Parpadeé y levanté la cabeza del ordenador cuando vi a Laura entrar en mi despacho.

—¿Qué pasa?

—Solo quería recordarle la reunión que tiene dentro de media hora.

—Gracias, voy para allá en un momento.

Ella asintió con la cabeza y cerró la puerta.

Al mando de Fontana, llevando una doble vida como chofer de aplicación, y la relación con Thaís acababan siendo puntos difíciles de manejar. Sin embargo, el mismo impulso que me había llevado a registrarme en la aplicación, el deseo de vivir una vida diferente a la mía, se veía alimentado por mi relación con Thaís, y ya no echaba tanto de menos salir por ahí conociendo a gente que contaba historias diferentes cada día.

No me importaba dejar de conducir e interactuar con desconocidos. Quería estar con Thaís y, cuando estaba con ella, podía ser algo diferente al heredero y actual propietario de Fontana.

Me levanté de la silla y me dirigí a la sala de reuniones, porque, aunque esa empresa generaba mucho dinero, no era tan

fácil de administrar.



Thaís

Capítulo veintiséis

—¡Hola, desaparecida! —bromeó Duda cuando abrió la puerta para que entrara en su casa.

—No es para tanto —dije, y me adentré en su sala.

—Ayer ni siquiera respondiste bien a mis mensajes.

—Estaba ocupada. —Mis mejillas se sonrojaron y solté un suspiro al recordar la noche anterior.

Salir con Ricardo y pasar más tiempo con él me encantó aún más. Se mostraba mucho más romántico que Alexandre, además de que tenía la extraña certeza de que podía confiar en él.

—¿Ocupada, eh? —Duda me lanzó una sonrisa maliciosa.

Solo asentí con la cabeza y saludé a su marido cuando pasamos por la sala, donde estaba absorto en el videojuego.

—¿Ocupada con quien estoy pensando? —Duda señaló un lugar en la mesa de la cocina y se sentó frente a mí.

—Sí.

—Esto empieza a ponerse serio.

—Y eso que aun no te conté que ya oficializamos.

—¿Ya son novios? —Se quedó boquiabierta cuando le revelé la información.

—Sí.

—Qué rápido va ese chofer.

—Sí. —Me reí mientras me ponía la mano sobre el vientre.

—Bueno, teniendo en cuenta eso, ponerse de novios está bien; quién sabe, quizá acaben casándose.

—Sí... —Lo pensé—. Vamos con calma.

—No fui yo quien no tuvo calma —se burló.

—Tienes razón.

—¿Pero estás contenta?

—Aparte del susto inicial de estar embarazada, sí. Estoy reajustando mi vida y creo que está volviendo a la normalidad.

—¿Y Alexandre, ha desaparecido para siempre?

—Dejó de buscarme después de ver que mi embarazo es real. Fue mejor así, no quiero nada con él.

—¿Entonces realmente crees que todo va a salir bien con ese tal Ricardo?

—¿Tengo la culpa de querer que salga bien? —Me encogí esperando su opinión. Duda y yo siempre hemos sido muy cercanas. Hablamos de todo, incluso de nuestros secretos, pero a veces nuestras opiniones divergen.

—¡Claro que no! Van a tener un bebé juntos. Que les salga bien como pareja sería bueno para el niño. Pero tengo miedo de que vuelvas a salir herida, Thaís. —Se alejó de mí y se acercó al horno—. Aún no sabes nada de ese chico.

—Nos estamos conociendo poco a poco. Quedé en presentárselo a mis padres el sábado.

—¿Y él aceptó? —Frunció el ceño, analizándome.

—Aceptó.

—Espero de verdad que sea un buen chico y que te haga feliz.

—Gracias, Duda.

Abrió el horno, sacó una fuente de cristal que perfumó toda la cocina con el aroma de la masa y se giró hacia mí.

—¿Quieres un trozo de pastel de pollo?

—Sí. Vengo directo del trabajo y ni siquiera pasé por casa.

—Tienes que cuidarte mucho, sobre todo en esta etapa. Quiero que mi ahijado o ahijada nazca sano y salvo.

—Ah, no te preocupes.

Duda sirvió un trozo para mí y otro para ella. Su marido se sintió atraído por el olor y también tomó uno para él y volvió al salón.

Mi celular vibró y lo saqué del bolso para leer el mensaje.

Ricardo:

¿Ya saliste del trabajo?

Thaís:

Sí.

Ricardo:

¿Estás en casa?

Thaís:

He venido a casa de mi prima. Ella es mi mejor amiga y pasamos mucho tiempo juntas.

Ricardo:

Eso me da celos. Jejeje, es broma.

Thaís:

¡Qué tonto!

Ricardo:

Solo para divertirte un poco.

¿Cuándo nos vemos?

Thaís:

El sábado. Para almorzar con mis padres. Puedes venir a casa sobre el mediodía. O también a cenar, si te interfiere en el trabajo.

Ricardo:

La hora del almuerzo está perfecta.

Thaís:

¡Genial! ¿Dónde estás ahora?

Ricardo:

En casa.

Thaís:

¡Qué bien, descansa!

Ricardo:

Tú también.

—¿Era él? —preguntó Duda cuando dejé de enviar mensajes y guardé el móvil.

—Sí. Estábamos hablando sobre la comida con mis padres.

—Yo también quiero conocerlo —se impuso.

—Está bien —accedí finalmente—. Otro día.

—Pero...

—Ya va a conocer a mis padres, no hace falta que se lleve dos sustos seguidos.

—No soy tan cruel...

—"Quien no te conozca, que te compre", María Eduarda. —Puse mala cara y ella se echó a reír.

—Está bien —asintió, pero frunció los labios, demostrando que no aceptaba muy bien lo que había dicho—. Podemos hacer un plan para parejas más adelante.

—¿Salir los cuatro?

—¡Claro! ¿No te parece una buena idea?

—Lo pensaré. —Le di un bocado al pastel y lo mastiqué.

—¡Thaís!

—Está bien, podemos hacer un plan en pareja.

—¡Genial! —También dio unos bocados antes de continuar—. Tengo ganas de conocer a tu chófer.

—Es un tipo agradable, ya lo verás.

—Espero que sí.

Nos concentramos en comer y me quedé un rato más en casa de Duda antes de llamar a un conductor de la aplicación para volver a la mía.



Capítulo veintisiete

Me levanté temprano por la mañana, me lavé la cara y me preparé para ir al trabajo. Tendría que visitar algunas obras en compañía del ingeniero jefe y eso probablemente me llevaría varias horas.

Bajé las escaleras y fui al comedor, donde la empleada siempre servía el desayuno. Mi madre estaba sentada a la mesa leyendo un libro y, en cuanto me vio, lo bajó, marcó la página y me prestó atención.

—Buenos días, hijo.

—Buenos días. —Le di un beso en la mejilla y tiré de una silla para sentarme.

—¿Todo bien?

—Sí, ¿y tú?

—Bien. —Agarró una taza de café y la levantó, pero acabó dejándola a medio camino sin beber ni una gota.

—¿Qué pasa?

—¿Seguro que todo va bien? —Insistió, entrecerrando los ojos e intensificando aún más las marcas de expresión que había alrededor de ellos.

—Sí.

—Hum. —Ella frunció los labios, sin estar muy convencida.

—¿Qué pasa, mamá?

—Estoy preocupada por ti. —Se retorció los dedos y apoyó las manos en la portada del libro, que me pareció una novela romántica de época, a juzgar por el vestido que llevaba la modelo.

—Ya te he dicho que estoy bien.

—La pérdida de tu padre fue difícil para todos nosotros.

—Sí.

No la miré directamente mientras llenaba una taza con leche y le añadía chocolate en polvo.

—Sé que tampoco te está resultando fácil ocuparte de la empresa.

—Lo estoy haciendo bien, mamá. Mi padre se esforzó por prepararme adecuadamente. Me gustaría que estuviera aquí, que siguiera siendo el presidente, pero puedo con ello.

—Me alegra oír eso.

—Tranquila, señora Luciana. —Extendí la mano para tocarle el hombro, acariciándolo—. Voy a estar bien.

—Sales temprano, pero llegas muy tarde. Sé que la nueva rutina administrativa debe llevarte mucho tiempo, pero no quiero que te sobrecargues.

—No he pasado todo el tiempo en la empresa, mamá.

—¿Ah, no? —Abrió los ojos con sorpresa.

Admito que cuando mi padre era el director general, tenía mucho más tiempo libre para trabajar como conductor de aplicación. Cuando esa responsabilidad pasó a ser mía, tuve que dedicarme mucho más a la empresa, lo que me dejaba menos tiempo para mi *hobby.* Así que trabajaba como conductor después del horario laboral, pero la única persona que lo sabía era João, no quería dar explicaciones a mi madre ni meterle ideas en la cabeza. Sin embargo, había algo a lo que estaba dedicando mucho más tiempo y pensé que a ella le gustaría saberlo.

Por supuesto, le contaría las novedades poco a poco. Ya había perdido a mi padre y no quería darle un disgusto a mi madre.

Omitiría, al menos por el momento, el hecho de que pronto sería padre.

—Hay una persona.

—¿Una persona? —Levantó una ceja.

—Sí. Estoy saliendo con alguien. He estado pasando tiempo con ella.

—¿Saliendo? ¿Desde cuándo? ¿Has vuelto con Leticia?

—Es reciente y no. De ninguna manera volvería con Leticia.

—Pensé que ustedes dos todavía tendrían algo. Prácticamente crecieron juntos.

Había muchas cosas de Leticia que detestaba, pero no me pareció relevante mencionarlo en ese momento.

—¿Quién es ella? ¿También vive por aquí? ¿Cómo se llama? ¿La conozco?

—Tranquila, mamá. —Levanté las manos en señal de alto—. No hace falta que hagas tantas preguntas.

—¿Me dices que estás saliendo con alguien y luego no quieres decirme nada más?

—Se llama Thaís. No vive aquí en el condominio.

—¿Es alguna empleada de la empresa?

—Tampoco.

—Entonces, ¿cómo la conociste?

—Estaba paseando por la ciudad.

—¿Paseando? —Su expresión volvió a mostrar confusión y probablemente no le di la mejor respuesta.

—Necesitaba despejarme.

Mi madre entrecerró los ojos. Seguía pareciendo desconfiada de lo que había oído, pero no insistió en el tema, lo que me alivió.

—¿Cuándo la conoceré?

—Todavía no es el momento.

—¡Ricardo!

—Los dos nos estamos conociendo, mamá. Quiero estar seguro de que es lo suficientemente serio antes de traerla aquí, ¿entiendes?

—Me estás dando excusas.

—Dame un poco de tiempo.

—Está bien. —Siguió con los labios apretados y la mirada desconfiada, pero era lo máximo que podía contarle en ese momento.

Si mi madre conociera a Thaís, seguramente le revelaría que yo era un hombre muy diferente de lo que mi novia imaginaba, y eso podría complicar mucho las cosas. Para Thaís, yo no era el *playboy* mimado que lo había tenido todo servido en bandeja toda

su vida, sino alguien que trabajaba para sobrevivir, y me gustaba esa imagen. Iba a aprovecharla antes de revelarle la verdad.

—Tengo que ir a trabajar. —Me levanté de la mesa y le di otro beso en la mejilla a mi madre.

—Ni siquiera has comido bien.

Tomé una manzana de la cesta y le di un mordisco antes de salir del comedor y dirigirme a mi habitación a tomar la chaqueta y la cartera antes de salir de casa.



Thaís

Capítulo veintiocho

Salí del baño después de correr a vomitar cuando sentí un olor fuerte que venía de la carnicería. Trabajar en un supermercado era una verdadera prueba de fuego estando embarazada. Los olores estaban por todas partes y resistir las náuseas no era la tarea más fácil del mundo.

Ya le había contado a mi jefe sobre el embarazo y poco a poco la noticia se fue corriendo y todo el mundo la comentaba.

Algunos me felicitaban, pero otros se preguntaban quién era el padre, ya que ya no me veían con Alexandre. Sin embargo, no me dejé llevar por los comentarios. Estaba construyendo algo bueno con Ricardo y esperaba que, en los meses que faltaban para que naciera mi bebé, la relación con el padre fuera buena y que incluso llegáramos a estar juntos.

Mis padres, que se habían vuelto locos con la noticia, ya estaban empezando a aceptar mejor la posibilidad de tener pronto un niño corriendo por la casa.

Ser madre por sorpresa ciertamente se alejaba por completo de mis ideales, pero cada día me acostumbraba más a la idea y estaba ansiosa por que pasaran pronto los meses hasta el parto y pudiera tener a mi bebé en brazos.

—¡Thaís!

Me giré en el pasillo de los productos enlatados cuando oí mi nombre.

—¿Hola? —Vi a una de las empleadas del almacén saludándome con la mano.

—¿Sabes para cuándo está programada la fumigación?

—¿Por qué?

—Acabo de ver una cucaracha en el almacén.

—¡Qué horror! Voy a confirmar la fecha con Daniel y le pediré que la adelante si es posible. Gracias por avisarme.

—De nada. —Me dio la espalda y se marchó.

Cuidar de un supermercado tan grande no era fácil. Siempre había muchos detalles que ya daban suficiente trabajo, incluso cuando no había confusión ni clientes quejándose, pero me enorgullecía poder hacerlo y me esforzaba por ser buena en lo que hacía, sobre todo en ese momento, porque con un bebé en camino, tenía que seguir dando lo mejor de mí, ya que iba a necesitar el dinero más que nunca.

Estaba extrañamente segura de que Ricardo y yo lo haríamos bien. Puede que no tuviéramos mucho, pero él también parecía un tipo trabajador, y si seguía comportándose conmigo como hasta entonces, podría ser muy feliz.

A pesar del buen momento, había una parte de mí que me decía que estuviera alerta. Alexandre me había traicionado y decepcionado mucho. Era importante que no cerrara los ojos para no volver a decepcionarme.

Otro empleado me llamó y aparté un poco mis pensamientos sobre Ricardo para centrarme en el trabajo.



Capítulo veintinueve

Aparqué el coche en la calle cerca de la casa de Thaís. Llegué a pensar que sería mejor comprarme un coche económico en lugar de usar siempre el de mi jardinero. Podría decirle a mi madre que me gustaba el modelo o simplemente dejarlo en un garaje, pero tenía la impresión de que cambiar de coche podría llamar una atención innecesaria en ese momento.

Teníamos un hijo en camino y, en teoría, necesitaba ahorrar dinero para todos los gastos que tendría con el niño, pero el plan era

decirle a Thaís que era rico antes de que naciera el niño. Mi hijo lo tendría todo y ella no tendría que preocuparse por eso.

Solo necesitaba un poco más de tiempo antes de contárselo.

Me acerqué y toqué el interfono. No tardé mucho en oír la voz de alguien saliendo del pequeño aparato.

—¿Quién es?

—Ricardo.

Oí un ruido y el sonido de la cerradura electrónica de la puerta al abrirse. La empujé hacia atrás y entré. Había una pequeña entrada de cemento, con espacio para dos o tres coches, pero no había ninguno. Supuse que Thaís no conducía, pero imaginé que sus padres tampoco.

La puerta de madera de la entrada de la casa estaba frente a la verja y, tan pronto como di unos pasos hacia ella, se abrió y apareció Thaís.

—¡Hola! —Me sonrió.

—¡Hola! ¿Llegué a tiempo?

—¡Sí, pasa! —Me hizo un gesto para que me acercara—. Estaba ayudando a mi madre en la cocina.

—No quiero darte trabajo.

—No es culpa tuya. Teníamos que almorzar de todos modos.

—En eso tienes razón.

Me acerqué y ella se puso de puntillas, estirando la cara hacia mí. Me incliné y le di un beso en la mejilla. Thaís me sujetó la cara y yo intensifiqué el beso antes de oír a alguien carraspear.

Me aparté por reflejo y, por encima de su hombro, vi a un señor parado en medio de la sala, mirándome con expresión poco amistosa.

—¡Hola! —Lo saludé con la mano.

—Tú debes de ser Ricardo.

—Exacto.

—El tipo que dejó embarazada a mi hija —murmuró como si estuviera de mal humor.

Iba a decir que no había sido mi intención y que no había sido a propósito, pero esa información no venía al caso en ese momento.

—Así es —dije con confianza. Supuse que solo me estaba poniendo a prueba, como solían hacer los padres.

—¡Papá! —Thaís lo miró con el ceño fruncido—. Dejemos entrar a Ricardo antes de que lo llenes de preguntas.

Él asintió y dio unos pasos atrás.

—Ven. —Thaís me tiró de la muñeca para que me acercara al centro de la sala y me empujó hacia uno de los sofás, haciendo que cayera sentado—. Voy a buscarte un zumo —me avisó, desapareciendo por la puerta a continuación, y yo no sabía si era buena idea quedarme a solas con su padre.

—¿A qué te dedicas, muchacho?

—Trabajo como conductor de aplicación.

En realidad, era dueño de una gran empresa de construcción, y probablemente esa información fuera relevante para que el padre de Thaís me aceptara mejor, pero quería construir una relación con ella que no se basara en mi dinero.

—¿Coche propio o alquilado?

—Es... es alquilado. —Me pareció la mejor alternativa, ya que, en cierto modo, era verdad.

—¿Dónde vives? Tu casa...

—¡Papá! —Thaís lo interrumpió, mirando de reojo al hombre que me llenaba de preguntas.

—Solo estoy asegurándome...

—No hay nada más que asegurar, Pedro. —Una mujer apareció en la puerta, secándose las manos con un paño de cocina.

Se parecía mucho a Thaís, pero los veinte o quizá treinta años de más se notaban en sus rasgos y en las marcas de expresión de su rostro.

—Pero...

—El daño ya está hecho, y el chico tiene que ayudar a nuestra hija a cuidar de ese niño que está por llegar.

—Lo haré —aseguré con una sonrisa incómoda.

—¡Estupendo! —Me dedicó una sonrisa y me tendió la mano —. Encantada, me llamo Marisa.

—Ricardo.

—Bienvenido, muchacho.

—Gracias.

Realmente le estaba muy agradecido por haber puesto fin a las preguntas de su marido, porque en el fondo temía que en algún momento yo acabara metiendo la pata. Normalmente escuchaba a la gente y no tenía que preocuparme por contar mi historia. La imagen que me esforzaba por mantener era diferente de la realidad. Y había demasiados detalles de los que preocuparme para no meter la pata y levantar sospechas.

Empezando por la casa. Después de que Thaís lo comentara, tuve que buscar un lugar diferente al que realmente vivía. Había alquilado un departamento de una habitación y había comprado muebles en una tienda. Una realidad completamente alejada de la casa donde vivía con mi madre en el barrio cerrado.

—¡Ven! —Thaís me agarró del brazo y me llevó por un pasillo hasta la cocina, que estaba junto al comedor, donde había una mesa con espacio para cuatro personas—. Siéntate.

—Gracias.

Me acomodé en la silla mientras aún sentía el peso de la mirada de sus padres sobre mí. Querían saber quién era yo, los riesgos que corría su hija y, posiblemente, mis intenciones con Thaís. No me miraban de forma muy diferente a como lo hicieron los padres de Leticia cuando entré en su casa como novio por primera vez. Solo querían protegerla, y en cierta medida podía entenderlos.

—¿Quieres un zumo, agua...? —preguntó Marisa—. No te voy a ofrecer una cerveza porque estás conduciendo.

—Ah, gracias. —Le sonreí—. Acepto un zumo.

—Acabo de hacer uno de piña con menta. Está bien frío.

—Debe estar buenísimo.

La señora me sirvió la bebida y su marido siguió mirándome fijamente. Todavía me estaba mirando y sentí un escalofrío, temiendo que sospechara de mí. Sin embargo, me parecía poco probable que se le ocurriera que estaba fingiendo ser pobre.

—Antes de ser conductor, ¿a qué te dedicabas?

—Papá...

—Solo estoy hablando con tu novio, hija. Quiero conocerlo mejor.

—Era camarero. —Había inventado un currículum falso antes de venir, porque imaginaba que me preguntarían al respecto.

—Hum, ¿y trabajaste en algo relacionado con la construcción civil?

Abracé los ojos ante su pregunta. Me costó contener mi sorpresa al enfrentarme a esa pregunta, pero esperaba que no se hubieran dado cuenta. ¿Acaso el padre de Thaís sabía de alguna manera de mi relación con Fontana? Intentaba mantener mi imagen bien alejada de los focos, y sería una gran desgracia que hubiera visto alguna foto mía en un periódico o revista.

Di un sorbo al zumo y volví a dejar el vaso sobre la mesa, fingiendo que había hecho una pausa para beber y no porque estuviera eludiendo la pregunta que me habían hecho.

—No.

—¿Estás seguro de que no has trabajado en ninguna obra?

—Lo estoy. —Mantuve mi postura firme.

—Me resultas muy familiar.

—Papá, no inventes historias. —Thaís volvió a recriminarle.

—No sé, quizá me crucé con alguien parecido a ti en alguna de las obras en las que trabajé.

—Ah, ¿era usted ingeniero?

—¡Ni loco! —El hombre se rió—. Era albañil, pero construí muchas casas sin la ayuda de esos engreídos con títulos universitarios.

—Estoy seguro de que sí. —Sonreí mientras tomaba otro sorbo del zumo, que estaba realmente delicioso.

—Mi padre ha construido varias casas y edificios por la ciudad. —Thaís parecía orgullosa al contarme esa información.

—Trabajé para muchas empresas grandes, hacía un buen trabajo. Hasta que tuve que jubilarme. Ya me estaba haciendo viejo y tenía un problema en la columna.

—Lo siento mucho.

—Ah, la jubilación es parte de la vida, pero no me gusta mucho estar parado.

—Y el médico lo regaña —añadió Thaís—. Mi padre cree que todavía puede hacer muchas cosas y acaba lesionándose sin necesidad.

Se miraron y el hombre se encogió ante la mirada recriminatoria de su hija, terminando por asentir.

—¿Vamos a almorzar? —preguntó la madre de Thaís y, en cierto modo, me sentí agradecido por haber interrumpido, al menos por el momento, las preguntas sobre mi vida. Cuantas más mentiras contara, peor sería cuando dijera la verdad.

Era posible que el padre de Thaís no me hubiera confundido con alguien, sino que me hubiera visto en algún momento u otro. Desde niño, mi padre me llevaba a las obras y me ponía al tanto de los proyectos de Fontana. Por suerte para mí, era difícil que él asociara al chofer pobre con el heredero de la mayor constructora de la ciudad.

La madre de Thaís colocó las ollas sobre la mesa y me entregó un plato para que me sirviera, y todos se acomodaron para almorzar.



Thaís

Capítulo treinta

Me senté junto a Ricardo en la elevación que separaba el pequeño porche trasero de la casa del resto del patio. Le entregué una copa con un poco de mousse de limón y él me sonrió.

—Gracias.

—¿Qué tal te has sentido con mis padres?

—Ah, son muy simpáticos.

—¡Mentiroso! —Hice una mueca, lo que le arrancó una carcajada.

Era evidente que Ricardo se había sentido incómodo ante todas las preguntas de mi padre. Eran demasiadas preguntas, una tras otra, y antes de que tuviera tiempo de responder a cada una de ellas, venía otra, pero pensé que era algo que sucedía en todas las primeras citas con los padres.

—Solo están preocupados por ti. —Tomó un poco de mousse y se lo llevó a la boca—. ¡Mmm! Está muy bueno.

—Mi madre es una cocinera estupenda.

—Se nota. —Me sonrió—. Me encanta.

—¡Qué bien! —Le tomé la cara a Ricardo y él se quedó mirándome.

—Espero no haber decepcionado completamente a tus padres.

—No digas eso. —Le sonreí para intentar que se relajara—. A mis padres les encantaste.

—No fue exactamente lo que parecía. —Se encogió—. Quizás si fuera alguien con más que ofrecer...

—Nada de eso. —Lo miré con expresión seria. No quería que, después de todas las preguntas que mi padre le había hecho a Ricardo, empezara a pensar que éramos interesados de alguna manera y que el hecho de que no fuera un chico rico molestara a mi familia—. Mis padres me enseñaron desde pequeña a luchar por mis propias cosas y el valor del trabajo.

—Me imagino que sí.

—¡Oye! —Le levanté el mentón y lo obligué a mirarme—. Se han dado cuenta de que eres un chico agradable, que trabaja y se esfuerza.

—¿Tú crees? —Ricardo frunció el ceño. Todavía parecía muy temeroso de la experiencia de enfrentarse a mis padres.

—Sí. Además, estoy segura de que lo lograremos.

—¡Qué bien! —Me sonrió y me atrajo hacia él, dándome un beso que me pilló desprevenida y me llenó la boca con sabor a mousse de limón.

En cuanto Ricardo se apartó, puso una mano sobre mi vientre y lo acarició, aunque todavía no había ningún signo del bebé. Sin embargo, saber que estaba allí ya parecía suficiente para emocionarnos.

Se inclinó, me dio un beso y luego se apartó, volviendo a comer su postre.

—¿Crees que será niño o niña?

—No lo sé. —Levanté la cabeza y miré al cielo azul salpicado de nubes que parecían tan suaves como copos de algodón.

—¿Qué te gustaría más?

Me quedé en silencio mientras pensaba antes de responder a esa pregunta. Confieso que muchos otros pensamientos sobre el embarazo me habían perturbado más que el sexo de mi bebé, pero estando allí con su padre, parecía algo romántico en lo que pensar.

—Creo que un niño —respondí, aún dudando.

—¿Por qué un niño?

—¿No te gustan los niños?

—Me gusta, pero...

—¿Pero?

—Preferiría que fuera una niña.

—¿Ah, sí? —Me giré para poder mirarlo mejor.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, me sonrojé ligeramente. Me gustaba cómo me miraba, como si fuera capaz de ver más allá, de ver hasta mi alma. Había pasado mucho tiempo con Alexandre, pero no había cultivado la misma relación con él. Quizás me estaba precipitando con Ricardo, o era simplemente el efecto de estar esperando un bebé, pero nuestra conexión era fuerte.

Mi madre solía decir que nada sucedía por casualidad y yo estaba empezando a pensar que el destino podría haber decidido unirnos. Era como si Ricardo estuviera siempre en el lugar adecuado en el momento adecuado, desde que nos vimos por primera vez y en las otras ocasiones en las que nos reencontramos por pura casualidad.

—¿Crees en el destino?

Él levantó una ceja y me miró con aire interrogativo.

—¿Por qué?

—¿Sería una locura si dijera que creo que tal vez tú seas mi destino?

—Me gusta oír eso.

—Qué bien. —Sonreí un poco incómoda. No quería que pensara que era cursi por decir eso. Simplemente estaba expresando lo que sentía.

Acababa de terminar una relación de varios años y, probablemente, si no estuviera embarazada, estaría actuando con más cautela a la hora de volver a involucrarme. Sin embargo, con un bebé en camino, un padre dispuesto y la posibilidad de volver a empezar románticamente, no me preocupaban en absoluto los frenos.

Volví a tomar la cara de Ricardo y lo atraje hacia mí, uniendo nuestros labios y envolviéndome en un beso. Dejó la copa en el suelo y llevó sus manos a mi cintura, acercándome lo suficiente como para sentarme en su regazo. Estábamos en la parte trasera de mi casa, pero mis padres podían aparecer en cualquier momento, no era el lugar más adecuado para besarnos.

Cuando sus manos comenzaron a subir por mi muslo, lo aparté.

—¡Ricardo! —Salté de vuelta al lugar donde estaba sentada antes.

—¿Qué pasa?

—Mis padres... —Giré la cara avergonzada, ocultándola con mi cabello, como si fuera una cortina.

—Está bien. —Me tocó la cara, haciendo que lo mirara, y nos quedamos así unos instantes hasta que me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Sus caricias volvieron a causarme efectos que me ponían la piel de gallina—. ¿Qué te parece si damos un paseo?

—¿Dar un paseo?

—Sí. Y puede que acabemos en mi casa.

—¿Una excusa para llevarme a conocer tu lugar?

—Si quieres verlo así... —Se encogió de hombros.

—¡Cabrón! —Le empujé los hombros y Ricardo se rió.

—Quizás un poco. —Se humedeció los labios con la lengua, lo que me llamó la atención.

—Voy a tomar mi bolso y avisar a mis padres.

—¿Eso es un sí?

—Solo es para conocer tu casa.

—Es un buen comienzo.

Me levanté y me fui a mi habitación.

No mentiría si dijera que quería pasar un rato a solas con Ricardo, sin que mis padres lo acribillaran a preguntas que lo hacían encogerse. Sin embargo, además de eso, tendría una buena excusa para ir a su casa y conocer un poco más de su vida.

—¿A dónde vas, hija? —Mi madre se giró hacia mí cuando aparecí en la cocina, donde estaba lavando los platos del almuerzo.

—Voy a salir con Ricardo.

—Pensaba que iban a pasar el día aquí con nosotros.

—Ha venido para que lo conozcan, ahora ya podemos irnos.

Ella frunció los labios, no muy contenta con mi respuesta, pero finalmente asintió.

—Pórtate bien y no vuelvas muy tarde.

—De acuerdo. —Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla antes de salir de la cocina para ir al lugar donde estaba sentado Ricardo.

—¿Vamos? —Se levantó y me miró con una sonrisa.

Asentí con la cabeza.

Se despidió de mis padres y nos dirigimos a la entrada de la casa. Caminamos hasta la esquina donde había dejado el coche aparcado. Me acomodé en el asiento del copiloto y me quedé observando el camino mientras él conducía hacia su casa. Estaba ansiosa por conocer el lugar donde vivía, quizá incluso por conocer a su madre. Íbamos a tener un hijo juntos y necesitaba saber más sobre el hombre con el que me estaba involucrando. La decepción que había tenido con Alexandre ya era suficiente para toda la vida.

—Ya llegamos.

Cuando Ricardo lo anunció, miré hacia fuera y me fijé en el lugar donde estábamos. Era una calle con muchas puertas pequeñas en un barrio que no reconocía ni solía frecuentar. Dio la vuelta con el coche y me abrió la puerta.

—Gracias.

Me quedé a su lado mientras Ricardo rebuscaba en su bolsillo y sacaba un manojo de llaves, acercándose a una pequeña puerta de hierro, con la pintura verde carcomida por el óxido y el paso del tiempo.

Entró primero en el callejón que llevaba a una casa en la parte trasera y me hizo un gesto para que lo siguiera. Abrió una puerta blanca y entramos en una sala con un televisor y un pequeño sofá. El lugar era sencillo, pero acogedor, y me hizo sonreír que me hubiera llevado allí.

—No te fijes en el desorden.

—Está ordenado.

—Supongo que no es lo que esperabas, pero...

—No esperaba nada.

—¿No?

Negué con la cabeza.

—Es acogedor.

—Muy sencillo.

—¿Vives aquí solo o con tu madre?

—Solo.

—Ah, entonces es perfecto. —Sonreí y él se rió—. A veces mis padres ponen a prueba mi paciencia y daría cualquier cosa por vivir sola, por mucho que los quiera.

—¿Por qué no te mudas?

—Necesitan mi ayuda para pagar parte de las facturas. Y vivir sola no es nada fácil.

—¿Qué piensas hacer cuando nazca el bebé?

—Seguir con ellos.

—Hum... —Ricardo se mordió los labios pensativo y me acerqué para mirarlo mejor.

—¿Por qué?

—Aquí hay espacio, así que pensé que...

—¿No crees que es demasiado pronto para vivir juntos?

—Cuando nazca el bebé, pensé que sería mejor que yo estuviera cerca. Nuestro hijo nos necesitará a los dos por la noche.

—En eso tienes razón. —Reflexioné sobre lo que había dicho —. Tenemos tiempo para pensarlo.

—Sí, lo tenemos. —Sonrió al acercarse más a mí y rodearme la cintura con sus manos.

—Ricar... —Me callé cuando sus labios envolvieron los míos y me apretó contra su cuerpo.

Que me tomara de esa manera hacía que mi corazón se acelerara y mis piernas se tambalearan. Mentiría si dijera que no me gustaba el calor que provocaba entre mis piernas y la forma en que me dejaba la boca seca, esperando más besos. Ricardo había despertado en mí una fuerte atracción desde el primer momento en que lo vi, y esta solo crecía con cada caricia.

Mientras nos besábamos, di unos pasos tambaleantes hacia atrás hasta que mi espalda se apoyó contra la pared, lo que limitó mis movimientos, pero me dio un poco de soporte a mi cuerpo, que se derretía con los besos.

Sabía que ese podría ser uno de los resultados de ir a su casa, pero confieso que lo deseaba. Subí con las manos por sus brazos, recorriendo sus músculos, deslizándome hasta la manga de la camiseta y llegando a sus hombros. Clavé las uñas cuando sacó la lengua de mi boca y me mordió el labio inferior, arrancándome un largo gemido.

Los besos se deslizaron por mi cuello, bajando hasta la base de mi garganta, para luego subir hasta mi oreja, dejándome completamente erizada. Solté un leve gemido cuando los escalofríos me hicieron retorcerme contra él.

—Ricardo... —susurré su nombre entre un profundo gemido.

—¿Quieres que pare? —Se apartó solo para mirarme, pero su cuerpo y sus manos seguían sobre mí.

—No. —Incliné la cabeza hacia adelante y él volvió a besarme.

Sus manos firmes y pesadas se deslizaron por el costado de mi cuerpo y trazaron una curva hasta mi cintura. Se acercaron y me dejaron aún más palpitante cuando tocaron la cremallera de mis jeans, tirando de ella hacia abajo y quitándomelos. Me contoneé, ayudándole a quitármelos y dejarlos caer al suelo.

—¿Vamos al dormitorio?

Asentí con la cabeza. Después de todas las veces que habíamos tenido sexo en el coche, no estaría mal disfrutar de un poco de comodidad en una cama.

Me tomó en brazos, dejando mis pantalones en el suelo del salón, y me llevó al dormitorio, donde había una cama y un pequeño armario. No me fijé en la habitación, porque la urgencia del momento dirigía mi atención hacia otros puntos.

Ricardo me acostó en la cama y volvió a tocarme, deslizando las manos desde mi cintura hasta la altura de mis tetas, subiéndome la blusa. Levanté los brazos y dejé que me la quitara, tirándola a un rincón de la habitación al que no presté la menor atención. Hice lo mismo con su camiseta y él se inclinó sobre mí, volviendo a besarme.

Era mi turno de recorrer su cuerpo, subiendo con las manos por su espalda, marcándola con mis uñas, hasta que su mordisco en mi cuello me hizo echar la cabeza hacia atrás, hundiéndola en la almohada, jadeando.

Froté mis piernas contra él, sintiendo cómo todo mi cuerpo palpitaba, especialmente la zona entre mis muslos. Todo ese calor se alimentaba cada vez más con los besos y caricias que Ricardo me daba.

Se deshizo del resto de nuestra ropa y me empujó hacia el centro de la cama. Su boca estaba sobre la mía cuando sentí que me penetraba. Mis ojos se voltearon y mis gemidos invadieron la habitación.

Quizás debería haber sido un poco más moderada en lo que respecta al sexo, al fin y al cabo estaba embarazada, pero el deseo me venció y, cuando me di cuenta, ya me había rendido por completo y solo pararía cuando llegara al clímax.

Le agarré por los hombros, abrazándolo, mientras Ricardo comenzaba a dictar los movimientos. Primero lentamente, pero cada vez más intensos a medida que yo respondía a sus estímulos.

Mi corazón se aceleraba y yo quería cada vez más, moviendo mi cuerpo hacia el suyo, levantando mis caderas antes de que él empujara.

El placer crecía en una deliciosa neblina que me envolvía con cada embestida. La intensidad de las sensaciones me dejaba embriagada y sin aliento de la mejor manera posible.

Sentí cómo se tensaban sus músculos y finalmente llegó al orgasmo. Nos quedamos mirándonos mientras se recuperaba, hasta que se apartó. Con una mano apoyada en la cama, llevó la otra a mi clítoris. Me mordí los labios y me estremecí cuando mi placer volvió a ser intenso y me rendí, dejándome llevar por las olas que comenzaban donde él me tocaba y se irradiaban por todo mi cuerpo, hasta que explotó, desencadenando una cascada de hormigueo que me sacudió por completo.

Estaba jadeando y todavía en éxtasis cuando él se apartó de mí y se acostó a mi lado.

—Creo que a mis padres no les va a gustar saber que tus intenciones conmigo eran las peores posibles —bromeé.

—¿Eso crees? —Apoyó el codo en la cama y se giró para mirarme mejor.

—¿Y no lo eran?

Él negó con la cabeza.

—Mis intenciones son las mejores posibles, siempre. —Me tocó la cara, acariciándola mientras me miraba fijamente.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Bueno... —Señalé nuestros cuerpos desnudos sobre la cama.

—Pensé que eso también formaba parte de las cosas buenas.

—Pensándolo bien... —Levanté una mano y le acaricié la cara.

Era guapo y me envolvía fácilmente. En ese momento estaba extasiada, y no solo por el sexo. Me daba cuenta de lo que estábamos construyendo y eso me hacía feliz. Ricardo se mostraba realmente dispuesto a construir algo conmigo y eso me motivaba.

Me estaba enamorando de él y de la idea de ser una familia, y no veía nada malo en dejarme llevar por eso.

Suspiré cuando bajó la mano y me tocó la barriga, pensando en nuestro bebé.

—Me gusta Julio.

—¿Julio? —Se sorprendió.

—Sí.

—¿Por qué ese nombre?

—Por Julio César, el emperador.

—Es un buen nombre.

—Lo sé —dije convencida y él se rió.

—Entonces, si es niña, puede llamarse Juliana.

—¿Juliana? Sí, puede ser.

—¿No te gusta?

—Sí, me gusta.

—Qué bien. —Se inclinó y me besó la barriga.

—Ya que conociste a mis padres, ¿cuándo me llevarás a conocer a tu madre? —Me giré en la cama para mirarlo mejor.

—¿Conocer a mi madre? —Ricardo tragó saliva y palideció momentáneamente.

—¿Tú y tu madre no se llevan bien? —deduje por su reacción.

—Sí... Más o menos.

—Lo siento mucho. —Le acaricié el hombro—. Imagino que no debe de ser fácil para ti. Has perdido a tu padre y no tienes a tu madre para apoyarte, debe de ser una situación bastante complicada.

—Ni me lo digas.

—¡Qué horror! Mis padres y yo tenemos nuestros momentos, pero no puedo imaginar cómo sería mi vida sin ellos.

—Es difícil.

—Ahora nos tienes a nosotros. —Sonreí y le tomé la mano, volviéndola a colocar sobre mi vientre.

—Sin duda, ha sido una de las mejores noticias que he recibido últimamente.

Ricardo me dio unos besitos y me acomodó contra su pecho. Me quedé allí sin prisa por levantarme o marcharme.

Había pensado que perder a Alexandre era el fin del mundo, pero había significado el comienzo de una etapa mucho mejor para mí.



Capítulo treinta y uno

Seguramente a mi madre no le gustaría saber que le había dicho a mi novia que ella y yo no nos llevábamos bien. La señora Luciana había dedicado gran parte de su vida a mí y era innegablemente una buena madre. Sin embargo, esa era otra de las partes de mi vida real que tuve que distorsionar.

No me arrepentía. Me gustó ver cómo Thaís vio la casa que había alquilado y no pareció importarle en absoluto la falta de lujo. Estaba cada vez más convencido de que estábamos construyendo algo real, sin estar atados a mis bienes o a mi cuenta bancaria.

Si podíamos superar todo de esa manera, con dinero sería aún más fácil. Imaginaba que se sorprendería cuando le contara la verdad, pero no me odiaría por ello. Tenía mis momentos en los que esperaba que ella lo entendiera.

Aparqué mi coche en el garaje y bajé de él. Noté un arañazo en el lateral e imaginé que mi jardinero lo había utilizado para dar una vuelta mientras yo estaba con el suyo, pero no veía motivos para preocuparme por ello.

—Ricardo.

Levanté la cabeza y me giré al oír mi nombre. Resoplé cuando vi a Leticia bajo la tenue luz del garaje. Estaba de pie en el camino que llevaba a la entrada de la casa, con los brazos cruzados y llevando un vestido fino que se agitaba con la brisa de la noche.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté en tono brusco.

—Tu madre me dijo que no estabas en casa.

—Sí, efectivamente no estaba.

—Decidí esperar a que llegaras.

—Has perdido el tiempo.

—Ric... —Se detuvo, tragó saliva y pensó en las palabras que iba a utilizar—. ¡Lo estoy intentando!

—No hay nada más que intentar aquí, Leticia.

—Éramos perfectos juntos. —Se mordió los labios y las lágrimas le corrieron por los ojos.

Yo no era el tipo de persona a la que le gustaba ver sufrir a los demás, pero ella ponía a prueba mis límites. Ni siquiera debería haberme involucrado con ella para empezar, pero ya era demasiado tarde para lidiar con malas decisiones.

—Creo que tú eras la única que lo veía así.

—¡No! —Corrió hacia mí y se detuvo frente a mí antes de que pudiera esquivarla y escapar de allí—. Es por ella, ¿verdad?

—¿Ella? —Me extrañó su pregunta.

—La otra. No sirve de nada mentirme, tu madre me ha dicho que estás saliendo con otra mujer.

«¡Ay, mamá!», murmuré para mis adentros. Esa era una información que definitivamente debía mantener alejada de Leticia si no quería complicarme aún más la vida.

—Eso no es asunto tuyo.

—¡Claro que sí!

—Ya no te debo ninguna explicación, no tenemos nada.

—No digas eso. —Su llanto se intensificó, lo que me irritó aún más con toda la situación—. Teníamos todo para estar juntos para siempre.

—Yo nunca lo vi así.

—Estabas ciego.

—Creo que tú eras la ciega.

—Ricardo, por favor. —Me golpeó con las manos en los hombros, sujetándolos con firmeza.

—Leticia, no hagas eso. —Le aparté las manos para que se alejara de mí—. ¿No entiendes que tu actitud solo empeora la situación para los dos?

—Lo estás echando todo por la borda.

—Es mejor que sigas adelante.

—¿Es más guapa que yo, más sexy, más rica?

—Es más sencilla, más amable, más honesta.

—¡Mentira! Solo debe estar fingiendo muy bien. Apuesto a que solo está interesada en tu dinero.

—Ahí es donde te equivocas.

Se rió como si dudara de mí, y tuve que contenerme para no decirle que Thaís no sabía nada de mi dinero, que ella conocía una versión diferente de mí y que se estaba enamorando de mi personalidad, no de lo que yo podía ofrecerle materialmente.

—¿Cuándo te cansarás de jugar con ella y volverás conmigo?

—Eres tú la que tiene que dejar de querer algo que ya no existe, Leticia. Hemos terminado, se acabó, acéptalo.

—Te arrepentirás, y cuando quieras volver conmigo, seré yo quien no quiera.

—No pierdas el tiempo pensando así.

—Estoy segura de que en algún momento te darás cuenta del error que estás cometiendo, pero entonces ya será demasiado tarde.

—Está bien, piensa lo que quieras. Ahora vete.

Apretó los dientes, indignada por mi actitud.

—¡Idiota! —Me empujó por el hombro.

Se marchó pisando fuerte y yo la seguí con la mirada hasta que desapareció de mi vista en la entrada de mi casa. ¿Cuánto tiempo tardaría Leticia en comprender que nuestra historia había terminado?

Ya estaba harto de su insistencia. Solo necesitaba que aceptara algo muy simple: que nuestra relación no tenía vuelta atrás. Estaba con Thaís y cada vez quería estar más con ella.



Thaís

Capítulo treinta y dos

Había ido sola a mi primera ecografía y pensaba que así sería todo mi embarazo, después de haberme involucrado con un desconocido que ni siquiera sabía que iba a ser padre. Sin embargo, en uno de esos locos giros del destino, Ricardo y yo nos habíamos reencontrado y nos habíamos acercado lo suficiente como para que él supiera la verdad y estuviera dispuesto no solo a cuidar del niño, sino también de mí.

Estábamos juntos y sería una gran mentira si no dijera que me enamoraba cada día más. Era amable, atento y cada célula de mi

cuerpo esperaba que no volviera a decepcionarme.

—¿Vamos? —Ricardo aparcó cerca de la acera frente al supermercado donde trabajaba justo después de terminar mi turno.

Era la segunda ecografía y se mostraba emocionado por acompañarme desde que le conté que había concertado la cita.

—¿Tú y el bebé están bien? —Se giró hacia mí cuando me acomodé en el asiento del copiloto y me abroché el cinturón.

Asentí con la cabeza.

—Aparte del hambre, que parece mayor, todo va bien. Creo que estoy comiendo por treinta y no por dos. —Me reí con torpeza.

—¿Quieres que pasemos por una cafetería antes de irnos y te compre algo para picar?

—No, acabo de comer un sándwich de la panadería del supermercado.

—Podemos comprar algo para más tarde —insistió, mostrándose realmente preocupado, y cuando hacía eso, me gustaba aún más.

—Iremos más tarde, si tengo hambre.

—De acuerdo. —Asintió mientras arrancaba el coche.

Fuimos a la misma clínica donde me había hecho la primera ecografía y donde lo había vuelto a encontrar, cuando tuve la oportunidad de contarle mi embarazo. En ese momento, más que el conductor, Ricardo era mi novio y el padre de mi bebé.

Entré en el lugar de la mano con él y tomé una ficha con un número, esperando a que la recepcionista me llamara y finalmente me dirigiera a la doctora que me haría la ecografía.

—¿Ya nos pueden decir si es niño o niña? —Ricardo puso su mano sobre mi barriga y la acarició.

—Creo que aún es pronto. Quizás en la próxima ecografía.

—¡Ah, qué pena! —Frunció los labios, pareciendo momentáneamente molesto, pero pronto se le pasó ese sentimiento y volvió a sonreír.

Llamaron a mi número en el panel y me levanté para entregar mis documentos y firmar los formularios del seguro en el mostrador de recepción.

—Puede esperar, la llamarán por su nombre —dijo la recepcionista.

—Gracias.

—¿Nerviosa? —Ricardo me acarició la cara y me hizo mirarlo.

—No, ¿y tú?

—Quizás... Creo que *«ansioso»* sería la palabra más adecuada.

—¿Has visto alguna vez una ecografía?

—¿En la televisión cuenta? —Hizo una mueca que me arrancó una carcajada.

—Creo que sí.

La doctora responsable del procedimiento apareció al principio del pasillo y me llamó, indicándome que la siguiera hasta la sala. Ricardo vino conmigo y permaneció en silencio hasta que la mujer se dirigió a él.

—¿Usted es...?

—El padre del bebé —añadió él.

—Ah, qué bien que haya venido esta vez.

—¡Estoy ansioso!

—Es un sentimiento muy común en este momento.

—Sí...

—Puedes cambiarte en el baño, por favor. —La doctora me entregó una bata y me indicó el baño al fondo de la sala.

Fui rápido y, cuando volví, Ricardo estaba sentado en una silla esperando y la doctora me indicó la camilla.

Me acomodé con las piernas en alto y él se acercó a mi lado. Sentí una ligera molestia cuando la doctora introdujo el aparato y Ricardo me tomó la mano, observándome con atención.

—¿Todo bien?

Asentí con la cabeza.

—Miren a su bebé. —Señaló la imagen en el aparato y yo me quedé observando.

Me emocioné al darme cuenta de que ya podía identificar su cabecita y su cuerpo tomando forma.

—Es tan pequeño... —murmuré hipnotizada por la imagen.

—Mide nueve centímetros.

—Más pequeño que la palma de mi mano —dijo Ricardo, tan encantado con la imagen como yo.

—Sí, papá. Todavía es muy pequeño.

Tenía sentido, ya que mi barriga aún no había cambiado mucho desde que descubrí que estaba embarazada. Todavía medía menos de diez centímetros y yo estaba con solo doce semanas de gestación, pero con muchas ganas de tener a mi pequeño bebé en brazos.

—¿Está todo bien con él, doctora?

—Sí. Todo dentro de lo esperado.

—Gracias.

Ricardo me acariciaba la mano y tenía los ojos llorosos; era evidente que yo no era la única emocionada por el momento.

—Puede vestirse. —Apartó el aparato y me dio un papel para que me limpiara.

—Gracias.

—Te espero aquí —me avisó Ricardo y yo asentí con la cabeza.

Me volví a poner la ropa y, cuando regresé a la sala, la doctora ya tenía las imágenes de la ecografía y me las entregó.

—Siga los cuidados indicados por su ginecólogo y esté atenta a cualquier cambio inesperado.

—De acuerdo. Gracias, doctora.

—Que tenga una buena semana.

—Usted también.

Nos despedimos de ella y volvimos a la entrada de la clínica. Con una mano sostenía la de Ricardo y con la otra el resultado de la prueba. Con él allí y todo su apoyo, además del hecho de que mis padres se estaban acostumbrando a la idea de ser abuelos, no podía estar más feliz.

—Luego envíame una foto.

—¿Foto?

—De la ecografía.

—Claro, te la enviaré.

—Gracias. —Me acarició la cara cuando nos detuvimos cerca del coche que estaba aparcado en la calle.

—¿Te llevo a tu casa o a la mía?

—Tengo que trabajar mañana. —Hice un puchero al recordar algo de lo que no podía simplemente escapar.

—Sí, pero...

—Otro día. —Lo agarré del pecho y esta vez fue Ricardo quien puso mala cara, pero pronto su expresión de súplica se disipó cuando se dio cuenta de que yo no iba a cambiar de opinión.

Cada vez estaba más enamorada de él. Varias veces me veía con esas palabras en la punta de la lengua para decir. Puede que lleváramos poco tiempo juntos, pero cada vez sentía más que era como si nos conociéramos de toda la vida.

Me subí al coche y Ricardo me llevó a casa. Durante el trayecto, hablamos sobre nuestro hijo, hicimos planes y pensamos en cómo sería cuando él o ella naciera.

—Puedes ir a mi casa. —Volvió a plantear la posibilidad de que viviéramos juntos y yo me sentía cada vez más tentada.

—Está lejos de mi trabajo.

—Podemos solucionarlo.

—¿Conoces algún supermercado cerca de tu casa que esté dispuesto a contratar a una embarazada?

—No. —Aparcó el coche para mirarme con más firmeza—. Pero yo puedo mudarme.

—¿A casa de mis padres? —Me reí mientras señalaba la puerta—. No sé si lo van a aceptar muy bien, pero es un plan.

—No, a alguna casa cerca de aquí, para que podamos criar a nuestro bebé juntos.

—Es una buena idea, pero los alquileres por aquí son más caros.

—Tienes razón. —Frunció los labios, molesto por el punto que había planteado—. Pero puedo hacer más viajes con el coche.

—Sí, es una alternativa. Tenemos seis meses para adaptarnos.

—¡Eso es! —Sonrió, inclinándose hacia mí y sosteniendo mi cara. Lo miré y mi corazón se aceleró—. Todo se resolverá.

—Claro que sí. —Incliné mi cara hacia la suya y Ricardo me besó. Primero con ternura, luego aumentando la intensidad hasta dejarme sin aliento y hacer que me apartara en busca de aire.

—¿Seguro que no quieres venir conmigo?

—Hoy no.

—Tú sabrás. Buenas noches, y cuídate mañana en el trabajo.

—Tú también.

Le di otro beso y bajé del coche. Él se quedó esperando hasta que abrí la puerta y se marchó cuando le hice un gesto con la mano.

Estaba a punto de cerrar la puerta de mi casa cuando oí que alguien me llamaba.

—¿Así que tú eres la nueva novia de Ricardo?

Hubiera cerrado la puerta sin pensarlo dos veces, mi madre siempre me decía que no hablara con extraños, pero la reconocí y eso fue suficiente para que me quedara parada, mirando a la calle. Era la rubia que había visto con Ricardo en el hospital, la misma de la que él había dicho que ya no tenían nada.

—¿Qué haces aquí?

Ella dio unos pasos para acercarse a mí y yo retrocedí. No sabía nada de esa mujer, ni por qué estaba allí, pero un escalofrío me recorrió la espalda y me hizo retorcerme con una sensación desagradable.

—¿Qué hacía Ricardo en ese coche? —En lugar de responder a mi pregunta, me hizo otra que me dejó aún más confundida.

—Es el que siempre usa.

—¡No, no lo es!

—Mira, tengo que entrar. Mañana tengo que trabajar temprano. —Intenté cerrar la puerta, pero ella la sujetó.

—¡Espera! Quiero entender qué vio él en ti.

—Deberías preguntárselo a él, no a mí.

—Él no habla conmigo.

Me alegró oír eso, al tiempo que me daba cuenta de que ella no estaba dispuesta a marcharse con esa simple respuesta.

—Tengo que entrar.

—Eres pobre y ni siquiera eres tan guapa.

—¿Pobre? —repetí la palabra con el ceño fruncido.

—Apuesto a que eres una interesada.

—¿Yo? ¿Interesada? —Empecé a reírme ante su intento de ofenderme.

—Claro, con la mirada puesta en el dinero de Ricardo y en la vida que él puede ofrecerte lejos de este lugar.

Mi risa se volvió aún más enfática.

—¿Qué dinero? ¿Qué vida? Es un chofer de aplicación que vive en una casa de alquiler. Gana lo mismo o incluso menos que yo.

—¿Eh? —La confusión en su rostro se hizo aún más evidente y, de alguna manera, me dejó desconcertada.

—Ricardo no tiene dinero. Quizás te contó una historia cuando salían juntos, pero era mentira.

—Seguro que mintió, pero no fue a mí—. Ella sonrió, como si hubiera ganado una batalla que para mí no tenía ningún sentido.

—Ricardo no tiene dinero.

—Crecí con él, lo conozco desde que era niño. Si hay algo que siempre ha tenido es dinero.

—¡Estás mintiendo! —dije con una mezcla de sorpresa y conmoción. No podía creer que me hubiera estado mintiendo todo este tiempo sobre quién era realmente.

Habíamos construido una relación que, de repente, se estaba derrumbando ante mis ojos como un castillo de naipes.

—Escribe Ricardo Fontana en Internet. —Cruzó los brazos con el pecho hinchado y una seguridad que me asustó.

¿Fontana? Probablemente había oído ese nombre de boca de mi padre, y lo confirmé cuando tomé mi móvil y vi que se trataba de los mismos Fontana de la constructora para la que él había prestado algunos servicios.

Recorrí la página con la mirada hasta que vi una foto de Ricardo (mi Ricardo) en un artículo que decía que había asumido el control de la empresa familiar después de que su padre se retirara debido a un cáncer.

—Él... él solo es un chofer —tartamudeé.

—No. No es "*solo un chofer"*.

—¡Vete! —La empujé por el pecho y cerré la puerta, dejándola fuera mientras me rendía a las lágrimas.

Me desplomé sobre los barrotes de hierro y las lágrimas corrieron por mi rostro al sentir una decepción inmensa. Puede que no hubiera pillado a Ricardo engañándome como había sucedido con Alexandre, pero la decepción era la misma. Había confiado en él, creído en sus palabras y en la historia que me había contado, y de repente todo se había convertido en una mentira.

—¿Hija? —Oí la voz de mi madre y me apresuré a pasarme las manos por los ojos, ocultando las lágrimas—. ¿Thaís?

Apareció en mi campo de visión y se acercó a mí. Se detuvo frente a mí y me miró fijamente hasta que volvió a preguntarme.

—¿Qué pasa?

—¡Nada! —Negué con la cabeza, tratando de ocultar las lágrimas.

—¡Thaís!

—¡Ay, mamá! —La abracé y no pude contener el llanto que rodaba libremente por mi rostro.

—¡Hija! —Me acarició la espalda, tratando de consolarme. Quería que hablara, pero no podía, estaba tan profundamente sumida en la decepción y la tristeza que todo se me atascaba en la garganta.

—Entremos. —Me guió al interior de la casa y me acomodó en el sofá.

Seguía llorando cuando se alejó para ir a la cocina a buscar un vaso de agua.

—¿Qué está pasando? —Oí a mi padre preguntarle a mi madre cuando se encontraron en la cocina.

—No puede dejar de llorar.

—¿Por qué?

—No lo ha dicho.

—Voy a preguntarle.

—Espera aquí, Pedro —lo detuvo mi madre—. Puede que le haya pasado algo al bebé. Deja que se calme un poco primero.

¡Mi bebé! Al instante me acordé del niño que crecía dentro de mí y me abracé el vientre.

Conmocionada por lo que había descubierto, ya no podía pensar en cómo sería la relación del padre de mi bebé con nosotros. Si había mentido sobre eso, ¿qué más me estaba ocultando?



Capítulo treinta y tres

Llegué a casa, pasé por delante de mi madre en el salón, le di un beso rápido y me fui directamente a mi habitación. Estaba agotado y necesitaba descansar un poco para la jornada laboral del día siguiente. Había mucho por hacer en Fontana. Por más que hubiera decidido mantener el negocio tal y como lo gestionaba mi padre, había innumerables asuntos que requerían decisiones urgentes por mi parte. Todos esperaban mucho de mí y exigían que fuera tan bueno como él gestionando el negocio. Además, tenía a Thais y a nuestro bebé. Si pudiera, pasaría gran parte del tiempo con ella. Sin embargo, a pesar del dinero, también necesitaba

trabajar y dedicar mi tiempo a Fontana. Independientemente de cualquier otra cosa, quería honrar la memoria de mi padre y mantener prosperando la empresa que era su vida, y que también sería el legado que podría dejar a mi hijo o hija.

Me di una ducha, salí del baño de la suite y caminé por la habitación envuelto en una toalla. Mis calzoncillos estaban sobre la cama y me los puse antes de tomar mi móvil. Acabábamos de vernos, pero ya la echaba de menos.

Ricardo:

Hola, ¿descansando?

Le envié el mensaje y esperé a que me respondiera. Me tiré en la cama y me hundí en las almohadas. Esperé a que el móvil vibrara con su respuesta, pero en lugar de eso, recibí otro mensaje que me hizo abrir los ojos como platos.

Letícia:

¿Chofer de aplicación? ¿En serio? Jajaja

Ricardo:

¿Por qué dices eso?

Me senté en la cama, completamente desconcertado por el mensaje que había recibido de mi ex novia. Era como si ella fuera un fantasma que no dejaba de atormentarme.

Letícia:

He imaginado muchas cosas sobre ti, pero nunca que fingirías ser pobre. ¿Qué tiene eso de divertido? ¿Es algún tipo de fetiche?

Ricardo:

No sabes de lo que estás hablando.

Letícia:

Tu novia me lo acaba de contar. Dijo que eras chofer de un servicio de transporte. ¡Ah! Todavía me estoy riendo de eso. El director general de Fontana yendo de un lado a otro con gente en el asiento trasero de un económico coche.

Todavía me cuesta creer que eso sea posible.

Ricardo:

¿Qué le dijiste?

Letícia:

Un poco de la verdad.

Le pedí que buscara tu nombre en Internet.

Ricardo:

¡No deberías haber hecho eso!

Letícia:

¿Contarle que le estabas mintiendo?

¿Tú engañas a la pobre y yo soy la culpable?

Estaba con los dientes apretados y prácticamente aplastando el móvil entre mis dedos. No se debe hacer daño a las mujeres, pero si Letícia estuviera delante mío, quizá no podría contener mi impulso de estrangularla.

Ricardo:

No tenías derecho a hacerlo.

Letícia:

¡Oh, sí! Jajaja

He visto a mucha gente fingir que es rica, pero lo contrario fue la primera vez. No sé qué tipo de broma querías hacerle, pero realmente me sorprendiste.

Estaba temblando de rabia, pero al mismo tiempo con la cabeza a mil, pensando en lo que le podría estar pasando a Thaís, ya que no había respondido a mi mensaje. Había un sinfín de razones por las que aún no había recibido una respuesta, pero Leticia difícilmente sabría de qué estaba hablando si no hubiera confrontado a Thaís. Me sentí temeroso ante las innumerables cosas que mi ex novia podría haberle dicho a la actual. Leticia era una víbora cuando quería y me asusté ante esa conversación.

Volví a mirar mi celular, ignorando los mensajes que mi ex insistía en enviarme, y decidí llamar a mi novia Thaís. El teléfono sonó hasta que se cortó. Volví a llamar y, una vez más, con el mismo resultado, saltó el buzón de voz. Thaís podría estar simplemente durmiendo, pero cada vez estaba más seguro de que estaba ignorando mis llamadas.

Fui a mi armario y me puse una camisa polo y unos jeans, calzándome unos zapatos cerrados cualquiera por el camino hasta llegar al garaje. No quería perder tiempo yendo a casa de Olavo para cambiar de coche, además, dada la situación, el vehículo en el que apareciera conduciendo iba a ser irrelevante.

En algún momento, Thaís tendría que saber quién era yo en realidad, las cosas que tenía y en qué trabajaba realmente, pero esperaba ser yo quien se lo contara. Todo sería mucho menos traumático que un enfrentamiento entre ella y Letícia.

Aparqué mi coche importado delante de su casa, salté a la calle, cerré el vehículo con llave y me dirigí inmediatamente a su puerta. Eran casi las once de la noche, pero no me importaba la hora, no me iría de allí hasta que ella hablara conmigo.

Toqué el interfono y nadie respondió. Esperé unos segundos antes de volver a tocar.

—¡Thaís! —grité golpeando la puerta—. ¡Thaís!

—Vete, Ricardo. —Oí una voz en el interfono que parecía ser la de su madre.

—Necesito hablar con su hija.

—Ella no quiere hablar contigo.

—Necesita escucharme.

—¡Vete!

—¡No! —Golpeé la puerta con ambas manos—. ¡Thaís!

Seguí gritando hasta que vi que se encendían las luces de algunas casas vecinas y sus habitantes se asomaban a las ventanas para ver qué pasaba.

—No son horas de estar gritando en la calle —me reprendió una señora que apareció en el balcón de una casa de dos pisos.

La ignoré, al igual que a todos los demás. Su opinión no era lo que más me importaba en ese momento. Era impensable irme de allí sin que Thaís hablara conmigo. Necesitaba hablar con ella e intentar arreglar algunas tonterías que Leticia probablemente le había dicho.

—¡Thais!

—¡Ricardo, vete! —Su voz resonó desde el interfono.

—No me iré hasta que hables conmigo.

—No tengo nada que hablar contigo.

—No sé qué te ha dicho Leticia, pero es mentira.

—¿Quién es el mayor mentiroso aquí, tú o ella?

—Tengo mis motivos.

—¿Para engañarme?

—Thaís, por favor.

—¡Vete, Ricardo!

—No me iré hasta que vengas aquí a hablar conmigo.

—Ya te he dicho que no quiero hablar contigo.

—Por favor...

Miré la pared de su casa, pensando si podría saltarla o si había alguna otra forma de entrar y exigirle que hablara conmigo.

Estaba haciendo algunos cálculos mentales cuando oí el sonido de la puerta al abrirse. Lentamente, Thaís la empujó, revelando su imagen bajo las farolas de la calle.

—Me mentiste —dijo con los brazos cruzados y los dientes apretados.

—Puedo explicártelo.

—No quiero tus explicaciones —dijo seria, mirando de un lado a otro—. Ni que des un espectáculo para los vecinos. ¡Vete!

Ella intentó cerrar la puerta, pero yo la detuve, clavando mi mirada en la suya y obligándola a mirarme.

—Por favor... —supliqué una vez más.

—¿Ese es tu coche de verdad? —Miró por encima de mi hombro y vio el vehículo aparcado en la calle.

—Sí. —Bajé la cabeza, sintiendo un peso y malestar al confesarlo.

—Es bonito y caro.

—Solo es un coche.

—Ya has venido aquí antes con ese coche. —Pareció sorprendida al llegar a alguna conclusión.

—Sí, después de que nos vimos en el hospital. Quería hablar contigo.

—¿Por qué no lo hiciste? —Volvió a cruzar los brazos, manteniendo una postura seria e inflexible.

—Estabas con tu ex y pensé que no era el momento adecuado para acercarme. Así que me fui.

—¿Ibas a decirme que eras rico?

—Quizás.

—Pero preferiste mentirme. ¿De verdad vives en ese lugar al que me llevaste?

—No. Lo alquilé solo para...

—Engañarme. —Ella completó la frase, poniendo en mi boca palabras que no eran exactamente lo que yo quería decir.

—Thaís... —Levanté la mano para tocarle la cara, pero ella retrocedió unos pasos, esquivándome y alejándose de mí.

—¡No me toques!

—No tienes por qué enfadarte así.

—¿Me mientes y aún así crees que no tengo derecho a enfadarme?

—Solo quería tener una relación verdadera.

—¿Empezando con una mentira? Todo está mal desde el principio.

—Siempre solo han querido mi dinero. Pensé que contigo podría ser diferente si no te contaba mi situación financiera.

Oí un chasquido y mi mejilla empezó a arder en cuanto me di cuenta de que su mano había golpeado mi cara. La bofetada no era lo que más me dolía aquella noche.

—¡No soy una interesada!

—No tenía forma de saberlo.

—¡Vete, Ricardo!

—Thaís —le agarré la muñeca y la obligué a mirarme—, tranquila, tenemos a nuestro bebé. —Intenté tocarle la barriga, pero Thaís me dio un golpe en la mano y me apartó.

—¡No!

—No puedes actuar así.

—¿No puedo? —Se rió con sarcasmo e indignación. Quería que mis palabras la calmaran, pero solo la estaban enfadando aún más—. Lo has hecho todo mal. ¿Es tu truco, hacerte pasar por chofer para engañar a las mujeres?

—¡No! Fue solo contigo.

—¿Entonces fui la única tonta? —Dio unos pasos hacia atrás, tambaleándose para alejarse de mí.

—¡Detente! ¡Tranquila! No es así.

—Vete.

—Espera, tú, yo y nuestro bebé...

—¡Mi bebé! —ella me interrumpió con énfasis.

—Sé que estás enfadada porque te oculté la verdad sobre mí, pero aún así vamos a tener un hijo. Quiero que me perdones. Te juro que a partir de ahora solo te diré la verdad.

—Puede que ni siquiera sea tuyo.

—Thaís...

—¿Y si ese bebé es de Alexandre?

Sabía que estaba enfadada, completamente irritada conmigo, pero oírla decir eso fue como si me hubieran dado una patada en pleno pecho, que me dejó aturdido y sin aliento.

—Es mío... —Di un paso tambaleante hacia atrás y mis ojos también se llenaron de lágrimas.

No importaba la furia de Thaís, ella no podía quitarme la mejor noticia que había recibido en mi vida, y probablemente la más importante para ayudarme a lidiar con la ausencia de mi padre.

—Siempre usé condones con Alexandre, pero pueden fallar, ¿no?

—No hagas eso —murmuré, con voz suplicante.

Ese bebé era algo que deseaba enormemente y no iba a renunciar a él. Quizás había sido precipitado al no preguntar, como había dicho João, pero creía que era mío y eso era lo único que importaba.

—Vuelve al lugar donde realmente vives. —Thaís me empujó en el pecho y yo tambaleé hacia la calle.

—¡Thaís!

Ella cerró la puerta en mis narices sin querer escucharme más.

Estaba seguro de que sería mucho mejor construir una relación lejos de mi dinero, pero la mentira podía ser igual o incluso más destructiva.



Thaís

Capítulo treinta y cuatro

No pude dormir la noche anterior, ni siquiera sabía cuánto tiempo había llorado. Estaba devastada por haber descubierto que Ricardo me mentía. Además, también me sentía ofendida porque él pensaba que solo me interesaba su dinero.

Mis padres siempre trabajaron mucho toda su vida y me enseñaron a valorar lo que conseguía, aunque fuera poco. Yo insistía en mantenerme a mí misma y no necesitaba a un hombre rico que me mantuviera.

Estaba enfadada y decepcionada. ¡Quería que él y todo su maldito dinero se fueran al infierno!

Me toqué el vientre, que ya daba señales del embarazo, y acaricié a mi bebé, que aún no se movía. Pensaba que Ricardo era el padre, pero lo había dicho en un acto de desesperación para alejarlo después de que la ira se apoderara de mí. Pero no podía negar que era una posibilidad.

Después de las decepciones con Alexandre y, posteriormente, con Ricardo, estaba de vuelta en el punto de partida y lidiando con la posibilidad de ser madre soltera.

—¿Thaís?

Me froté los ojos cuando oí la voz del dueño del supermercado llamándome.

—¿Hola, señor? —Le dediqué una sonrisa torpe.

—¿Todo bien, señorita?

—¡Ah, sí!

—¿Tienes algún malestar por el embarazo?

—Sí, quizá un poco. —Ese día no era mi bebé lo que me molestaba, pero no iba a entrar en detalles sobre mi vida personal con mi jefe.

—Descansa un poco.

—Estoy bien.

—Ten cuidado, ¿ok? No quiero que te encuentres mal en medio de los pasillos.

—¡Gracias!

Le sonreí y aproveché que un empleado me llamaba para alejarme de allí. La situación ya era lo suficientemente confusa como para involucrar a otras personas.

Cuando me senté a almorzar, estaba conteniendo los bostezos mientras masticaba. Tomé mi móvil y me encontré con mensajes de Ricardo, que borré sin siquiera leerlos, y pasé a los de mi prima.

Duda:

¿Cómo está la madre del año?

Thaís:

¡Horrible!

Duda:

¿Cómo es eso?

Thaís:

Es una larga historia.

Duda:

Pues empieza ya.

Dejé el tenedor en el borde del plato y empecé a escribir un mensaje, explicándole lo que había pasado desde que Ricardo me había dejado en casa después de la ecografía y con la aparición de su ex novia. Habría sido más rápido grabar un audio, pero no quería contarle a todo el mundo en el supermercado que me habían tomado por tonta.

Duda:

¡Espera! ¿El chofer es rico?

Thaís:

Sí. Parece que es dueño de una constructora.

Duda:

No me lo puedo creer.

Thaís:

Sí...

Duda:

¿Pero qué estaba haciendo? ¿Ofreciendo transporte gratis a la gente?

Thaís:

¡No lo sé! Probablemente buscando a alguna idiota con la que divertirse.

Duda:

Es lo más loco que he oído en mi vida.

Thaís:

Quién sabe qué se le pasaba por la cabeza.

Duda:

¿Han roto?

Thaís:

¡Por supuesto! No soy la interesada que él cree que soy.

Duda:

¿Y el bebé?

Thaís:

Quizás es de Alexandre.

Duda:

Estaba tan segura de que era de Ricardo. ¿Vas a volver con Alexandre?

Thaís:

No voy a volver con nadie. Voy a cuidar de mi hijo sin necesidad de la ayuda de ninguno de ellos.

Duda:

Me tienes a mí. Haré lo mejor por mi ahijado.

Thaís:

Gracias.

Duda:

¡Cuídate!

Thaís:

Tú también.

Terminé de almorzar y me dediqué a mi trabajo. Toda esa historia todavía me estaba dando dolor de cabeza y odiaba que estuviera afectando aún más mi productividad. No quería el dinero que Ricardo pensaba que me interesaría. Me enfurecía solo pensar que él me viera de esa manera. Iba a cuidar a mi bebé sola y lo quería bien lejos de nosotros.



Capítulo treinta y cinco

Volví a mi oficina después de una reunión agotadora que me había llevado toda la mañana. Entender tantos sectores y, sobre todo, exigir resultados a la gente era muy agotador y me preguntaba cómo mi padre había conseguido dirigir tan bien ese lugar durante tanto tiempo.

Me aflojé la corbata, tiré de la silla y me hundí en ella.

No podía dejar de pensar en Thaís y probablemente eso estaba haciendo que mi día fuera aún más difícil. Quería que ella

entendiera que no lo había hecho simplemente para engañarla, sino solo porque quería sacar el dinero de la ecuación.

Quería estar con ella y con nuestro hijo, pero en ese momento no sabía cómo iba a conseguir revertir la situación a mi favor.

Oí un golpe en la puerta y se abrió sin que nadie anunciara su llegada. João Paulo asomó la cabeza y entró sin ceremonias.

—Vamos a almorzar, porque tengo que estar en el tribunal a las tres.

—Gracias por venir. —Me levanté de la mesa y me acerqué a él con la cabeza gacha y mi mejor amigo se dio cuenta de que estaba deprimido.

—¿Qué ha pasado?

—Bajemos y te lo cuento por el camino. —Le puse la mano en la espalda y lo guié fuera de mi despacho.

Me despedí de mi secretaria con un movimiento de cabeza y me dirigí al ascensor. Crucé los brazos y me apoyé en la pared metálica, atrayendo la atención de João hacia mí.

—Puedes empezar a hablar.

—Letícia se lo contó a Thaís.

—¿Que eres malo en la cama? —supuso en tono burlón, pero yo no estaba de humor para sus bromas.

—¡Eres un idiota!

—Viniendo de tu ex, solo puedo imaginar que sea algo malo.

—No sé cómo encontró a Thaís, pero le contó que yo soy Ricardo Fontana.

—Ya era hora de que esa mujer supiera que tienes dinero.

—Fue peor de lo que imaginaba. —Resoplé.

—Te dije que iba a salir mal.

Negué con la cabeza. No había llamado a mi mejor amigo para que viniera y me echara eso en cara.

—Creo que está exagerando.

—Le inventaste una historia, diciéndole que eras una persona muy diferente de lo que realmente eres. ¡Yo me habría cabreado!

—¡Ah, gracias! —Apreté los dientes—. Creo que es mejor que vayas al juzgado.

—No sería un buen amigo si viniera aquí solo para darte una palmadita en la espalda. —Se encogió de hombros mientras se ajustaba la corbata azul.

—Quizás necesite tu ayuda.

—Aquí estoy.

—Como abogado...

—¿Le mentiste a la chica y aún quieres demandarla? ¿En serio? Ricardo...

—Es sobre mi hijo, João.

Salimos del ascensor y caminamos hasta la calle, donde había varios restaurantes, y entramos en uno en la primera esquina. Nos sentamos en una mesa frente a frente antes de retomar nuestro tema.

—Está bien. Admito que puede que me haya equivocado al decidir mentirle, pero eso no justifica que ella intente alejarme de mi hijo.

—¿Cómo es eso? —João levantó una ceja mientras agarraba una servilleta.

—Dijo que el hijo era mío, ahora dice que puede ser del ex.

—Al menos te libras de la pensión.

—¡No, tonto! ¡Quiero asumir mi responsabilidad y cuidar de ese niño! Tiene que haber algo que pueda hacer.

—¿Legalmente?

Asentí con la cabeza.

—¿Podemos hacer la prueba de ADN? —le pregunté.

—Solo si ella está de acuerdo.

—¿Cómo?

—No podemos obligarla a hacerse la prueba de ADN.

—¿Ni siquiera si estoy seguro de que es mío?

—No hay paternidad presunta si ella se niega a hacerse la prueba. Tu solicitud de paternidad será denegada si ella está decidida a decir que tú no eres el padre del niño y no quiere hacerse la prueba de ADN. Como ella no está obligada a presentar pruebas en tu contra, no podemos hacer nada.

—¡Eso no es justo!

—Es la ley.

—Quiero a mi hijo.

—No deberías haberle mentido.

—¿De qué lado estás? —Golpeé la mesa con las manos, enfadado, pero me encogí al darme cuenta de que la gente me estaba mirando.

—De la razón.

Exhalé con fuerza y me desplomé sobre la mesa. Estaba agotado, y no solo por no haber dormido bien.

—No sé qué hacer.

—Tendrás que esforzarte para que te perdone. Es la única forma de formar parte de la vida del niño.

—¿Hay algún otro abogado, especializado en estos casos, que me puedas recomendar?

—A menos que estés dispuesto a sobornar a los jueces y hacer que ella te odie un poco más, tu dinero no te servirá de nada ahora.

—Maldición. —Me masajeé las sienes.

—Creía que te gustaba.

—¡Me gusta, João! Con Thaís era muy diferente a como fue con Letícia. Estar con ella era genuino, sencillo y, al mismo tiempo, increíble.

—El mejor consejo que puedo darte como abogado es: arregla la mierda que has hecho.

Tenía un nudo en la garganta. Me sentí aún más triste y, al mismo tiempo, desesperado después de que mi mejor amigo me dijera que podría quedar completamente excluido de la vida de mi hijo. Creía que estaba actuando de la mejor manera, pero al final solo había metido la pata y me había alejado de la oportunidad de ser padre.



Thaís

Capítulo treinta y seis

Me quité el bolso del hombro cuando entré en casa y guardé la llave en él. Me dirigía a mi habitación, donde quería pasar el resto de mi tiempo, bien escondida de todo y de todos, cuando mi madre me llamó.

—¿Thaís?

Me giré sobre mis talones y miré hacia atrás, viéndola parada en medio del pasillo.

—Hola, mamá. —Esbocé una sonrisa forzada.

—¿Cómo estás?

—Mejor. Quiero darme un baño y descansar. Hoy ha sido un día muy duro en el supermercado.

Intenté pasar junto a mi madre, pero ella me agarró del brazo y me hizo volver a pararme frente a ella.

—Ahora que estás mejor, puedes contarme lo que pasó ayer.

—Mejor lo dejamos para otro momento.

—¡Thaís!

—Mamá.

—Ya lo hemos dejado para otro momento. Ahora me vas a contar lo que pasó con Ricardo, el motivo del escándalo que todos los vecinos oyeron y por qué te fuiste a dormir llorando. Pensaba que estaban bien.

—Yo también lo creía, hasta que descubrí que me estaba mintiendo.

—¿Mintiéndote? ¿Otra traición, hija?

—Más o menos eso. —Intenté irme de nuevo, pero mi madre no me dejó.

—Cuéntame bien la historia.

—Todo es mentira, mamá. ¡Todo! Nunca fue el hombre que yo creía que era. Me inventó una historia y yo caí en la trampa.

—¿Es algún tipo de delincuente? ¡Dios mío!

—No. Al menos, no que yo lo sepa. Se llama Ricardo Fontana, es el dueño de la constructora Fontana. ¡Tiene dinero, mamá! Mucho, pero me mintió porque pensaba que yo era una interesada. —Apreté los dientes, enfadándome solo con recordarlo.

—¿Fontana? —Apareció mi padre—. Me parecía que ese tipo me resultaba familiar. Estoy seguro de que lo he visto en alguna obra.

—Puede ser. —Me encogí de hombros.

—Mucho mejor que ser conductor de aplicación.

—¡Papá!

—Podrá darle un futuro mejor a su hijo.

Irritada, pasé junto a ellos y me encerré en el baño. Mi padre estaba pensando exactamente lo mismo que Ricardo sobre cómo iba a reaccionar yo.

Por mí, que Ricardo se llevara todo su dinero y se lo metiera en el culo... Todavía estaba enfadada y pensar en ello solo me irritaba aún más. No veía justificación para sus mentiras. Había montado una farsa, incluso había alquilado una casa para corroborarla, y yo estaba indignada. Me sentía como si me hubieran tomado por tonta.

Me quité la ropa y me preparé para darme un baño. Iba a relajarme con el agua caliente, al menos eso esperaba.

Ricardo, Alexandre y cualquier otro hombre que pensara que podía burlarse deberían alejarse de mí. No los necesitaba, ni a ellos, ni al dinero, ni a ninguna migaja que pudieran ofrecerme.

Después de la ducha, salí envuelta en la toalla y me fui a mi habitación. Esta vez, mis padres intentaron no interponerse en mi camino. En el fondo, sabían que la decisión era mía y les agradecí que finalmente me dejaran lidiar con ella.

Me puse el pijama y me tiré en la cama. Con el embarazo, mi cansancio era mucho mayor y, a veces, llegaba a casa completamente agotada.

Miré mi bolso en el escritorio cuando mi celular comenzó a sonar dentro de él. Probablemente mi madre lo había puesto allí cuando lo dejé en el pasillo para entrar al baño. Me levanté y fui hacia él, porque una parte de mí imaginaba que podría ser Duda, pero fui directamente al botón rojo cuando vi el nombre de Ricardo en mi identificador de llamadas.

Tenía que entender que no quería nada con él.



Capítulo treinta y siete

Llamé, llamé y llamé...

Durante horas estuve pulsando el botón de llamada de mi teléfono, pero Thaís ignoró todas mis llamadas. Después de un rato, me di cuenta de que caía directamente en el buzón de voz y deduje que podía haber bloqueado mi número.

La situación en general me estaba angustiando y no sabía qué hacer. La conversación que había tenido con João solo había empeorado aún más mi estado. Escuchar que ella podría negarse a

hacerse una prueba de ADN y que se me prohibiría estar con mi hijo era el peor escenario posible.

Me sentí como un completo idiota por haber pensado siquiera en esa posibilidad.

No quería perderla y, menos aún, a mi hijo.

Entré en la galería de mi móvil y las imágenes de la ecografía me hicieron llorar. La idea de no estar en el próximo examen, en el parto o en otros momentos de la vida de ese niño me aterrorizaba.

Dejé caer el móvil sobre la cama mientras tragaba las lágrimas que se acumulaban en mis ojos. Thaís podría haberme echado en cara la posibilidad de que fuera de su ex, pero yo estaba dispuesto a cuidar del bebé, porque en mi corazón ya era mío. Además, en cierto modo, también me había dado cuenta de que ella había dicho eso en un momento de enfado.

—¿Ric?

Giré la cabeza y vi a Letícia parada en la puerta de mi habitación. Iba a pelear con mi madre por haberla dejado entrar, pero tal vez lo haría desde la cárcel, después de cometer una atrocidad.

—¿Qué haces aquí? —gruñí como un animal rabioso.

—He venido a ver cómo estás.

—Muy mal, por tu culpa.

—No exageres. —Dio un paso hacia mí, pero se detuvo a mitad de camino cuando levanté la mano.

—Vete, porque estoy conteniéndome.

—Te conozco muy bien, Ricardo. No serías capaz de hacer daño ni a una mosca.

—¡Lo arruinaste todo!

—Yo no he arruinado nada. Eras tú quien le mentías a ella.

Me levanté de la cama, pero volví a sentarme como si una correa me estuviera tirando hacia atrás.

Mi vida ya era lo suficientemente complicada y no necesitaba añadir agresividad a mi lista de problemas.

—¡Vete, Leticia!

—Ella es la que está perdiendo. —Se pasó la mano por el pelo rubio, echándoselo hacia atrás—. Sabes que yo estoy aquí.

—Más te vale estar lejos si no puedo estar con mi hijo por tu culpa.

—¿Hijo? —Leticia abrió mucho los ojos, sorprendida por lo que acababa de decir—. Espera... ¿Ella está embarazada?

—Sí.

—Han ido muy rápido. O ella ha sido muy lista... Quizás ya sabía que eras rico y se las ingenió para asegurarse. No me lo esperaba.

—¡Cállate! —Volví a perder el control.

—Dentro de poco aparecerá exigiendo una pensión.

—¡Basta, Leticia! —Me acerqué a ella y la agarré del brazo.

—¡Ay! —chilló.

No iba a hacerle daño, pero tampoco iba a dejarla allí diciendo esas atrocidades, alimentando mi ira. La agarré del brazo y empecé a arrastrarla por el pasillo.

—¡Suéltame!

—No eres bienvenida en mi casa. —La arrastré hacia la puerta de entrada.

—Ricardo, ¿qué está pasando, hijo? —Mi madre se acercó, preocupada por lo que veía.

—Mamá, no quiero a Leticia aquí. —Fui muy enfático.

—¿Qué está pasando?

—Señora Luciana, por favor... —Leticia lloriqueó, pero mi madre se quedó boquiabierta, observando con la mirada hasta que llevé a mi ex novia a la puerta y la dejé fuera.

—Pobre Leticia, hijo mío.

—¿Pobre Leticia?

—No solías ponerte así de nervioso con ella, Ricardo.

—¡Ella lo arruinó todo, mamá! —Levanté la voz varios tonos.

—¿Cómo es eso?

Resoplé, pasándome las manos por el pelo y echándomelo hacia atrás mientras caminaba por el pasillo. Como no respondí a la pregunta de mi madre, ella siguió insistiendo.

—¿Tiene algo que ver con tu nueva novia?

—Sí. Thaís no lo sabía...

—¿No sabía qué? —Mi madre me agarró del hombro y me obligó a mirarla.

—Que vivo aquí, que tengo una empresa, que tenemos dinero...

—¿No se lo has dicho? —Mi madre frunció el ceño, tratando de procesar mejor lo que yo había dicho.

—Nos conocimos en un viaje.

—¿Viaje? ¿De los que le gustaba hacer a tu padre? Recuerdo que una vez me llevó a São Paulo solo para ir a Interlagos a ver una carrera de Fórmula 1.

—No de ese tipo de viajes.

—No te entiendo. —Entrecerró aún más los ojos, tratando de estudiarme. Siempre he sido un libro abierto para mis padres, pero había metido la pata y probablemente no me reconocía en medio de todo ese lío.

—Ven aquí, mamá. —Le tomé de la mano y la llevé al sofá del salón.

Nos sentamos uno al lado del otro y me preparé para contarle todo lo que había pasado, desde mi decisión de dedicar parte de mi tiempo a ser conductor de aplicación, para conocer gente en una realidad diferente, hasta el momento en que conocí a Thaís, nuestros encuentros y desencuentros desde que decidimos salir juntos.

—Le mentiste.

—Le oculté información.

—¡No, le mentiste, hijo! Por lo que acabas de contarme, incluso alquilaste una casa para corroborar tu mentira. Eso es horrible, Ricardo.

—No es para tanto, mamá. —Resoplé, desviando la mirada.

—¡Claro que lo es! Nada justifica la farsa que le has montado a esa pobre chica. Me imagino lo que debe estar sintiendo ahora.

Crucé los brazos, irritado. Si mi madre y João estaban en mi contra, ¿con quién podía contar?

—¿Y cómo me siento yo?

—Has cometido un error.

—Ya le pedí perdón.

—A veces no es tan sencillo. —Me acarició el hombro de nuevo, haciendo que volviera a mirarla.

—Ella está embarazada y no quiero perder la oportunidad de formar parte de eso.

—Entonces tienes que revertir esta situación.

—¿Cómo?

—Haciéndole entender que el período de mentiras ha terminado. Creer que todas las personas se acercarán a ti solo por lo que tienes fue un error. Es como pensar que Ricardo Fontana no es parte de lo que eres. No existe una buena relación sin el todo, sin la totalidad. Después de casi cuarenta años de matrimonio, he vivido lo suficiente para aprender eso.

—Solo quería que fuera diferente de lo que fue con Leticia.

—Lo será, porque las personas suelen ser diferentes.

—Lo entiendo.

—¿De verdad?

Asentí con la cabeza.

—No quiero perderla.

—Entonces tendrás que hacer que te perdone.

—¿Cómo?

—Eso es cosa tuya. —Mi madre me dio una palmada en el hombro y se levantó del sofá, dejándome solo.

Me quedé allí mirando al vacío. Lo peor de todo era que no sabía cómo revertir la situación. Me gustaba Thaís y me arrepentía de cómo había manejado nuestra situación, pues no esperaba que se descontrolara tanto.



Thaís

Capítulo treinta y ocho

—¿Thaís? —preguntó mi jefe cuando llamé a la puerta de su despacho.

—¿Señor Daniel? —Abrí la puerta y asomé la cabeza modestamente, todavía algo avergonzada, tensa y angustiada por estar allí—. ¿Usted me ha llamado?

—¡Sí! Por favor, pasa.

—Gracias. —Abrí más la puerta para pasar y la cerré detrás de mí. Por reflejo, crucé los brazos detrás del cuerpo y esperé a ver qué tenía que decirme.

En el supermercado sucedían muchas cosas y, como gerente, eran mi responsabilidad. Podría ser cualquier cosa, y el hecho de estar en la oscuridad y posiblemente esperando una reprimenda me ponía muy tensa.

—Acércate. —Mi jefe me hizo un gesto para que me acercara. Luego sacó una caja de una de las gavetas del escritorio y me la entregó.

—¿Qué es esto? —Levanté una ceja.

—Un regalo.

—Ah, gracias. —Mi tensión se transformó en una sonrisa forzada.

—Puedes abrirlo.

Asentí con la cabeza, desaté el lazo y tiré de la tapa. Para poder ver mejor el regalo, puse la caja sobre el borde de su escritorio y saqué de adentro un pijama para recién nacido. Después de examinar la delicadeza de la prenda, levanté la cabeza y le sonreí a mi jefe.

—Muchas gracias, señor Daniel. Es muy amable.

—Me alegro de que te haya gustado. Quiero que sepas que eres una buena empleada y que te tengo mucho cariño. Te deseo lo mejor en tu embarazo y te ofrezco mi apoyo si necesitas algo.

—¡Muchas gracias! —Extendí los brazos y fui a abrazarlo, sin esperar su permiso.

Se quedó quieto durante unos segundos, pero finalmente esbozó una sonrisa aún más amplia y me devolvió el abrazo. Nos quedamos así hasta que me separé.

—Una vez más, gracias.

—No hay de qué —dijo, moviendo la cabeza.

Tomé el regalo, le sonreí una vez más y salí de su despacho.

Guardé el regalo entre mis cosas y volví a dedicarme a las tareas del supermercado. Llevaba una blusa holgada que disimulaba mi barriga, pero sabía que con el tiempo sería cada vez más difícil de ocultar. Estaba contenta porque mi jefe y los demás empleados del supermercado se estaban dedicando a apoyarme a mí y a mi bebé.

Al terminar la jornada laboral, me despedí de todo el mundo y me dirigí a la salida.

Estaba ajustándome el bolso al hombro y caminando hacia la calle donde vivo cuando oí que me llamaban.

—¡Thaís!

Mi corazón se aceleró y sentí la garganta seca al reconocer la voz. Negué con la cabeza, tratando de ignorar la llamada. Podría ser fruto de mi imaginación, y si lo ignoraba, se iría.

—¡Thaís! —La voz estaba más cerca.

Miré hacia atrás y lo vi frente a mí. A diferencia de la ropa común y popular con la que estaba acostumbrada a verlo, Ricardo llevaba un traje bien cortado y planchado, que debía costar al menos mi salario mensual.

—¿Entonces este eres tú de verdad?

—Tú me conociste de verdad.

Me reí con tono burlón. No podía creer que, después de todo, aún tuviera el valor de decirme eso.

—¡Ah, ok! —murmuré—. Ahora, por favor, discúlpame porque tengo que irme a casa. —Le toqué el hombro, intentando empujarlo a un lado, pero él me agarró la muñeca y me obligó a volver a mirarlo. Nuestras miradas se cruzaron con tanta intensidad que un escalofrío me recorrió la espalda y se extendió por todo mi cuerpo.

—Suéltame.

—Tenemos que hablar.

—Creía que ya había sido bastante clara, pero eres muy insistente. ¿Qué parte de *«aléjate de mí»* no has entendido?

—Sé que me equivoqué al mentirte.

—Eso ya es un buen paso.

—Entonces... —Una sonrisa comenzó a aparecer en sus labios, pero me aseguré de borrarla.

—Pero no es suficiente.

—Thaís...

—No insistas. Probablemente Leticia, o cualquier otra mujer de tu nivel, te esté esperando.

—Leticia y yo no tenemos nada desde hace mucho tiempo.

—No tienes que preocuparte por darme explicaciones. —Crucé los brazos y aparté la mirada.

—Escucha. —Intentó tocarme el brazo, pero yo me aparté.

Vi que uno de los cajeros del supermercado nos estaba mirando e intenté esquivar a Ricardo una vez más. Por mucho que el señor Daniel estuviera siendo muy comprensivo y amable conmigo, no quería montar un escándalo en la puerta de su establecimiento.

—Tengo que irme de aquí.

—Tranquila.

—¡Tranquila, nada! No necesito problemas en la puerta de mi trabajo.

—Está bien. —Dio un paso hacia un lado e hizo un gesto para que yo siguiera adelante.

Esperó a que llegara a la esquina para detenerse a mi lado e intentar entablar conversación de nuevo.

—¿Qué te parece si vienes conmigo?

—¿Por qué iría a algún lado contigo?

—A mi madre le gustaría conocerte.

—¿Tu madre? —Me giré sobre mis talones para mirarlo—. Que no se llevan bien es otra mentira, ¿no?

Él retrocedió y se quedó mirándome, pero finalmente asintió con la cabeza, diciendo la verdad. Me indigné aún más.

—¡Mentiroso!

—Sé que no hemos empezado con buen pie. Lo siento, te lo juro. Pero por mí y por Juliana, o Julio... —Extendió la mano para tocarme el vientre. Debería haberme apartado, pero me quedé inmóvil y dejé que Ricardo me acariciara el vientre—. Podemos empezar de nuevo.

—¿Qué me garantiza que no volverás a mentirme?

—Te lo juro por mi madre. —Sonrió y yo asentí con la cabeza.

Una gran parte de mí estaba completamente indignada y rebelde por lo que había hecho, pero, al mismo tiempo, otra parte no estaba de acuerdo y decía que mi reacción era un poco exagerada. Sin embargo, ¿cómo podríamos mantener una relación en la que no había confianza ni sinceridad?

—Pensé que estaba conociéndote de verdad, pero todo era una mentira. Todo este tiempo que pasamos juntos… y yo aún no sabía quién eras.

—Soy Ricardo Fontana. —Me tendió la mano—. Es un gran placer conocerte.

Me quedé mirando su mano, temerosa.

—Thaís. —Acabé estrechándola, aunque no debía.

—¿Qué te parece si damos un paseo juntos?

—No voy a salir contigo.

—Por favor. Te voy a enseñar todo lo que realmente forma parte de mi vida. No la del tipo que conduce para una aplicación de transporte que te he contado, sino la del que nació con todo lo que podría desear.

—¿Y qué esperas conseguir con eso?

—Que veas que la única diferencia entre el conductor de app y Ricardo Fontana está solo en los bienes materiales. No mentí sobre quién era, sino sobre lo que tenía.

—¿Por qué me insistes tanto?

—Porque realmente me gustas.

—Solo dices eso porque no ha aparecido otra. Estoy segura de que...

—Si quisiera otra, no estaría aquí —dijo con tanta firmeza y determinación que me dejó completamente desconcertada.

Quería seguir firme en mi decisión de echarlo de allí, como había hecho con Alexandre, pero no encontré sus discursos tan parecidos, a pesar de que ambos implicaban mentiras.

—No puedo irme sin hablar con mis padres. —Estaba tentada de ir, pero aún tenía mis dudas.

—Llámalos y avísales.

—Yo no...

—Thaís, por favor.

¿Era solo otra mentira o realmente estaba siendo sincero? Además, ¿podría simplemente perdonarle el hecho de que se hubiera inventado una historia para mí y hubiera fingido todo lo relacionado con nosotros desde que nos conocimos?

—De acuerdo. —Acabé aceptando, aunque seguía sintiendo que no debía hacerlo. También sentía mucha curiosidad por lo que tenía que mostrarme—. Pero no puedo volver tarde.

—De acuerdo, te traeré de vuelta pronto.

—Genial.

Ricardo hizo un gesto para que cruzáramos la calle y caminamos hasta el coche importado que estaba aparcado a unos metros.

—¿Y ese otro coche que usabas?

—Es de mi jardinero.

—Hum.

—Lo tomaba para hacer viajes en la app. Nunca me pareció necesario comprarme un coche, además de que tendría que dar explicaciones a mis padres por su existencia. Salía poco y se hizo aún más difícil después de que mi padre enfermara y tuviera que asumir la dirección de la empresa.

El coche del jardinero. No debería sorprenderme esa información, pero aun así fue un shock.

Ricardo me abrió la puerta y me acomodé en el asiento del copiloto. El interior del vehículo era completamente diferente al otro, empezando por el olor a nuevo, además del asiento de cuero, el tablero y la serie de funciones que tenía.

—¿No tiene freno de mano? —Miré el espacio entre el conductor y yo, donde debería estar la palanca de cambios y una palanca, pero no estaba allí.

—Es un botón. —Ricardo asintió mientras se acomodaba detrás del volante.

—Hum. —Me quedé mirando el tablero antes de volver a mirarlo a él.

El coche diferente era, con mucho, lo que menos me molestaba. Saber que había montado toda una farsa sobre mí todavía me hería profundamente.

—¿Me llevarás a conocer a tu madre?

—Sí.

—Qué bien.

Admito que, en el fondo, era algo que quería hacer. Conocer a su familia me parecía una forma de conocerlo mejor y alejarme de la posibilidad de que volviera a mentirme. Sería difícil que dos personas mantuvieran por igual una historia inventada.

—Primero te llevaré al lugar donde realmente trabajo.

—¿La constructora?

—Sí.

Asentí. Me abroché el cinturón y Ricardo arrancó el coche. Me quedé en completo silencio mientras conducía durante unos veinte minutos. Él tampoco se atrevió a decir nada, e imaginé que estaría calculando muy bien sus palabras. No sabía si eso era bueno o malo, ya que toda mi desconfianza provenía del hecho de que me había engañado.

Siempre había trabajado y conseguido las cosas por mí misma. Me daba igual si él era rico o no, no necesitaba que me lo diera todo en bandeja. Sin embargo, sin confianza no podríamos construir una relación verdadera.

Entramos en el aparcamiento de un edificio y Ricardo se detuvo en un espacio reservado.

—¿Vamos? —Apagó el coche y dio la vuelta para abrirme la puerta, tendiéndome la mano como siempre hacía.

Apreté el bolso contra mi cuerpo y sentí un poco de miedo. Estaba sola con él en un lugar oscuro, y sentí un cosquilleo en el estómago que me inquietó. No creía que fuera un maníaco, pero, con la desconfianza, mi mente comenzó a formular las teorías más descabelladas.

Ricardo me hizo un gesto para que lo acompañara hasta un ascensor. Pulsó un botón y subimos unos pisos.

—Aquí está la recepción —comentó cuando nos detuvimos en el piso.

Asomé la cabeza antes de salir del ascensor. Miré a ambos lados y vi que era un espacio amplio, con un mostrador. Estaba vacío, pero como el horario comercial ya había terminado, supuse que los recepcionistas se habían ido a casa. Sin embargo, pronto apareció un guardia de seguridad y saludó a Ricardo con un movimiento de cabeza.

La enorme lámpara de cristal y los detalles en mármol del lugar le daban un aire sofisticado al ambiente, lo que expresaba bien el hecho de ser una constructora de lujo.

—Es bonito.

—Me alegro de que te guste. —Sonrió discretamente, pero era evidente en su expresión que estaba tenso—. Jugaba mucho en ese sofá cuando era niño. —Señaló el mueble de cuero que estaba frente al mostrador.

—Qué bien.

—Mi padre tenía asuntos que resolver y yo me olvidaba de la vida.

—Entiendo.

—Ahora subamos a las plantas superiores.

Asentí y volvimos al ascensor. Subimos hasta la duodécima planta y llegamos a un pasillo con varias habitaciones.

Había un hombre que venía hacia nosotros, se detuvo y saludó a Ricardo.

—Que descanse bien, Henrique.

—Igualmente. —El hombre se despidió con la mano—. No se olvide de la reunión que tenemos mañana para aprobar el presupuesto para el inicio de las obras.

—No se preocupe, lo tengo en mi agenda.

—Un placer conocerla. —El hombre se giró hacia mí.

—El placer es mío —le devolví la cortesía, aunque ni siquiera sabía muy bien quién era realmente ese tipo.

—Es simpático.

—Cuando estamos en una reunión, no tanto. —Ricardo esbozó una sonrisa forzada.

—Entonces, ¿quieres decir que en lugar de pasar el día llevando gente de un lado a otro de la ciudad, tratas con gente de traje?

—A veces también con algunas personas cubiertas de cemento y con casco.

—Entiendo.

—La empresa la fundó mi abuelo y era la vida de mi padre. Él amaba este lugar y, después de su muerte, supe que tenía que esforzarme para que siguiera prosperando.

—Imagino que él estaría orgulloso de ti.

—En cuanto a eso, tal vez.

—¿Por qué? —Incliné la cabeza y lo miré con el ceño fruncido.

—Probablemente mi padre me habría regañado por lo que te oculté.

—Creo que él me habría caído bien. —Esbocé una sonrisa.

—Estoy seguro de que sí. —Ricardo me devolvió la sonrisa.

No quería estar ablandándome. En el fondo, todavía estaba muy enfadada por todo lo que había pasado, pero sentía que no había muchos más argumentos para sostener todo mi enojo.

—¿Quieres ver mi despacho?

Asentí con la cabeza.

Ricardo siguió adelante y continuamos caminando por el pasillo. Después de muchas puertas, entramos en una a la derecha, donde había una pequeña placa con su nombre. Todavía me resultaba muy extraño pensar que el hombre que yo imaginaba que no era más que un conductor de aplicación fuera realmente el dueño de todo aquello.

Abrió la puerta y entró. No era muy diferente de las demás oficinas. Había una mesa, un ordenador, una impresora, un teléfono y una planta en una esquina, que supongo que estaba ahí para dar un poco de color a un ambiente tan gris.

Me acerqué y vi un marco de fotos. Era él con una mujer, lo que me llevó a una suposición.

—¿Es tu madre?

—Sí. En nuestro último viaje a Nueva York.

—¿Has salido mucho del país?

—Solía ir al menos una vez al año. Mi padre no era de los que les gustaban mucho las vacaciones.

—¿Era adicto al trabajo?

—Bastante, pero no puedo decir que al mismo tiempo no fuera muy atento conmigo.

—Eso está bien.

—Sí. Todavía lo echo mucho de menos.

—Es reciente. Entiendo que sea muy difícil. Fue de cáncer, ¿verdad?

Ricardo asintió con la cabeza y vi la tristeza en su mirada. Era evidente que recordar a su padre le causaba mucha tristeza.

—¡Ven! —Me agarró de la muñeca y me tiró de ella.

—¿Qué pasa?

—Quiero enseñarte un lugar que sin duda es el más bonito de toda la empresa.

—¿Hay algún lugar interesante?

—Bueno... Al menos yo lo creo.

—¡Ok! Vamos allá.

Dejé que Ricardo me arrastrara por el pasillo y me llevara de vuelta al ascensor. Bajamos dos pisos y cruzamos otro pasillo blanco decorado con algunos cuadros. Abrió una puerta y me llevé una agradable sorpresa.

—¡Maquetas!

—¿No es genial?

—Sí.

—Cuando era niño, quería llevarme una a mi habitación. Hasta que me regalaron una por mi cumpleaños.

—¿Tu padre encargó una de estas para ti?

—Digamos que él era un fanático. —Se encogió y yo me reí.

Di unos pasos hacia el interior de la sala y me acerqué a una de las maquetas. Era un edificio enorme y bonito con una fachada totalmente acristalada. Me dio la impresión de que ya había visto el real en alguna parte de la ciudad.

—¿Es residencial?

—No, es comercial. Hay varias empresas distribuidas por las treinta y cinco plantas.

—¡Vaya! Está en el centro, ¿no?

Él asintió con la cabeza.

—Fontana está detrás de varios proyectos en toda la ciudad.

—Ya veo.

Me quedé un rato más mirando las maquetas. Al mismo tiempo que me parecían increíbles esas réplicas de los edificios, tenía la sensación de que estaba conociendo a Ricardo de nuevo. Como si hubiera un hombre diferente detrás de las mentiras y de todo lo que me había contado. Sin embargo, me quedé preguntándome cómo habría sido nuestro acercamiento si me hubiera contado desde el principio que conducía por hobby, pero que su verdadera vida estaba en esa constructora.

Parecía mucho para procesar en un solo día, sobre todo cuando el miedo y la rabia por haber sido engañada aún me afectaban con tanta fuerza.

—¿Hay algo más que quieras ver aquí en la empresa?

—No.

—Entonces vamos a mi casa.

—¿A tu casa?

—Sí, la verdadera.

—Ok.

Saqué mi móvil del bolso y llamé a mi madre. Se me había olvidado avisarla antes y mis padres debían de estar bastante preocupados por mi desaparición, ya que yo solía ir directamente del trabajo a casa. Se quedaron más tranquilos con mi llamada, pero me hicieron todas las advertencias de siempre.

Después de terminar la llamada, seguí a Ricardo de vuelta al coche.



Capítulo treinta y nueve

Thaís todavía estaba enfadada conmigo y eso era evidente. Me gustara o no admitirlo, la decisión que había tomado con respecto a ella había sido un gran error. Debería haber escuchado el consejo de João y haber dicho la verdad desde el principio, pero como solía decir mi madre, no tenía sentido llorar sobre la leche derramada.

Extrañaba estar con ella. Quería tocarla, acariciarla y besarla, pero para eso tendría que recuperar su confianza, lo que estaba resultando una tarea mucho más difícil de lo que imaginaba. Sin

embargo, el simple hecho de tenerla en mi coche de camino a mi casa, comparado con todas las veces que me había colgado el teléfono, ya era un gran avance.

La había comparado con Leticia, la había juzgado sin conocerla, y ese fue probablemente mi mayor error.

Thaís no era como mi ex. Ni yo era el mismo hombre cuando estaba con las dos. Con Thaís, podía ver la emoción de las cosas, el sentimiento, y no el simple materialismo con el que Leticia lo transformaba todo.

Los cuarenta minutos que separaban la sede de la empresa del condominio donde vivía, que estaba lejos de la ciudad, fueron silenciosos, pero la sorprendí mirándome en algunos momentos. Quería que retrocediera y comprendiera mis intenciones, al mismo tiempo que temía forzarla y acabar perdiendo el poco acercamiento que me había permitido.

Entré en la portería del condominio y seguí por unas cuantas calles más hasta la entrada de mi casa.

—¿Vives aquí?

—Sí.

Se quedó boquiabierta. Miró a un lado y a otro y temí lo que pudiera estar pasando por su cabeza.

—Debería haber esperado algo así.

—A mis padres les gustaba la seguridad y el aislamiento.

—¿Y cómo conseguiste pasar esos días en la choza que alquilaste?

—No soy tan elegante como puedo parecer.

—Lo dudo —dijo, encogiéndose de hombros.

—En serio, Thaís. —Extendí la mano y le toqué la pierna.

Me alegré cuando, en lugar de retroceder, se giró y me miró.

—¡Ah, ok!

—No me importa tanto dormir en la cama más blanda o tener las sábanas con el mayor número de hilos posible.

—Parece mentira.

—No te volveré a mentir. Lo juro. —Le agarré la punta del mentón y seguí mirándola fijamente.

—Sabes que si juras en falso...

—No lo haré. —Acerqué mi rostro al suyo y uní nuestros labios.

Estaba deseando que ella correspondiera a mi beso, que todo volviera a ser como antes, pero ella se echó hacia atrás.

—No debería haber hecho eso.

—Lo siento.

Me alejé de ella y abrí la puerta del coche, bajando al garaje. Di la vuelta para que ella se uniera a mí y nos dirigimos a la entrada de la casa.

Abrí la puerta principal y caminé despacio, dejando que ella observara todo a su paso. Si antes tenía miedo, en ese momento quería ser un libro abierto para que ella no se alejara más.

—Ven por aquí. —Le puse la mano en la cintura.

Ella bajó la mirada, fijándose en mi mano, pero, afortunadamente, no me empujó.

La guié por el camino hasta la sala de estar, donde mi madre solía quedarse leyendo o viendo la televisión.

—¿Mamá? —la llamé cuando nos acercamos.

La señora Luciana estaba de espaldas, absorta en la página de un libro, y no oyó el sonido de nuestros pasos ni percibió ningún indicio de nuestra llegada. Al oír mi voz, se dio la vuelta y esbozó una sonrisa.

—¡Ricardo!

—¡Hola!

—Tú debes de ser Thaís. —Mi madre cerró el libro y se acercó a nosotros.

—Sí, soy yo.

—Estoy muy contenta de conocerte por fin. —La abrazó y yo me aparté para dejarles espacio para el abrazo.

—Es un placer.

—¡El placer es todo mío! ¡Ricardo me ha hablado mucho de ti!

—¿Ah, sí? —Se giró hacia mí con aire desconfiado y yo asentí con la cabeza—. Porque él no me ha contado mucho sobre ti.

—No te preocupes. Tendremos tiempo para conocernos. —Le acarició la cara a Thaís antes de alejarse—. Soy Luciana, pero puedes llamarme Lu.

—Gracias.

—¿Cómo está mi nieto o mi nieta? —Bajó la mano para tocar el vientre de Thaís, que movió la cabeza, consintiendo el gesto.

—Está bien.

—¡Eso es estupendo! Si necesitas algo, cualquier cosa, solo tienes que decírmelo. Estoy jubilada, así que tengo todo el tiempo del mundo para dedicarme a mi nieto.

—Te lo agradezco, pero mis padres me ayudarán.

—Cuanto más, mejor, ¿no?

—Tienes razón.

—Me encantan los niños, y estoy deseando verlo correr de un lado a otro de la casa. Siempre he lamentado no haber tenido más hijos.

—¿Tu marido no quería?

—Sí, pero los tratamientos para el embarazo de Ricardo ya fueron bastante complicados. Pensamos que era mejor no pasar por todo eso otra vez.

—Lo siento mucho.

—Tener a Ricardo fue un regalo, y estoy segura de que mis nietos también lo serán.

Vi cómo Thaís fruncía el ceño y pensé que iba a preguntar por la palabra *«nietos»,* pero mi madre continuó con otra frase, lo que no dejó lugar a dudas.

—¿Ya han cenado? Imagino que tendrán hambre.

—Creo que Thaís aún no ha comido.

—No se preocupen por mí. —Thaís se sintió incómoda y se encogió.

—Claro que tenemos que preocuparnos —discrepó mi madre —. Creo que la cena ya está casi lista, voy a pedir que pongan la mesa.

—Gracias.

Mi madre pasó junto a nosotros y siguió por el pasillo hacia la cocina, dejándonos a Thaís y a mí solos de nuevo.

—Ella es muy amable.

—La mayor parte del tiempo —bromeé.

—¿También le mentías? —La indirecta de Thaís me dejó completamente incómodo. Cada vez que me lo echaba en cara, me arrepentía un poco más de la terrible decisión que había tomado.

—Lo siento mucho, Thaís, de verdad.

—No me gusta pensar en eso.

—Entonces no lo pienses. —Levanté la mano para acariciar su rostro—. Sé que mis motivos no son justificables, pero realmente quería construir algo real contigo. Deseaba, por encima de todo, que me quisieras sin que hubiera otros beneficios en juego.

—Me gustabas.

—¿Solo te gustaba? —Sentí cierto alivio y, al mismo tiempo, una tremenda expectativa por su respuesta.

—Vengan a comer. —Mi madre apareció en la sala llamándonos y eso fue la señal para que Thaís no me respondiera.

Ella siguió a mi madre y yo tendría que volver a preguntarle en otro momento.

La cena estaba servida en la mesa, tal y como solíamos hacer cuando mi padre aún estaba con nosotros, a pesar del ajetreo diario y de su adicción al trabajo. Las comidas en familia eran algo que él insistía en hacer siempre que fuera posible. Decía que esos momentos mejoraban nuestra conexión y nos unían más.

Acerqué la silla e indiqué a Thaís que se sentara.

—Te he educado bien —se jactó mi madre ante mi actitud.

—Es todo un caballero. —Thaís se vio obligada a estar de acuerdo y yo me alegré.

Mi madre siempre me decía lo mucho que se debía tratar bien a las mujeres, aunque no todas lo merecieran.

—Al final no te lo pregunté, ¿te gusta el pescado?

—Sí, me encanta.

—¡Ah, qué bien! Porque nuestra cena es tilapia a la parrilla. —Mi madre quitó la tapa de una de las bandejas.

—Tiene muy buena pinta.

—Estoy segura de que te va a gustar. —Mi madre le entregó el tenedor de servir a Thaís y la animó a que se sirviera.

Después de que las dos se sirvieron, tomé un poco para mí. Ellas se quedaron charlando y yo me limité a escuchar. Afortunadamente, mi madre le hacía muchas preguntas a Thaís, pero ella estaba manejando muy bien la situación en general. Pensé que quizá se pondría más nerviosa o irritada, pero se estaban llevando muy bien.

Después de la cena, volvimos a la sala y mi madre sacó algunos álbumes viejos de fotos para enseñárselos a Thaís, o simplemente para avergonzarme. Sin embargo, como Thaís parecía interesada, no me entrometí.

Después de ver las fotos y dejar que las dos interactuaran el mayor tiempo posible, Thaís me pidió que la llevara de vuelta a casa. Sinceramente, quería que se quedara, pero mi voto fue minoritario.

—Ha sido un placer conocerte —dijo, mientras abrazaba a mi madre.

—¡El placer fue todo mío! Eres muy bienvenida a volver aquí cuando quieras.

—Te lo agradezco.

—Cuida de mi nieto.

—No te preocupes.

Se dieron un beso en la mejilla y Thaís me acompañó de vuelta al garaje, donde estaba mi coche.

—Tu madre es un encanto. —Se abrochó el cinturón de seguridad en el asiento del copiloto.

—¿Antes o después de enseñarte fotos mías desnudo? —bromeé.

—Ah, eras muy precioso de bebé.

—¿Ah, sí? —Levanté una ceja mientras arrancaba el coche.

—Ahora es diferente.

—¿Cómo que "diferente"?

—Diferente para bien. —Se sonrojó y me eché a reír.

En el camino de vuelta se mostró más receptiva a mi presencia. Si hubiera sabido que mi madre tendría un efecto tan positivo en ella, la habría traído a conocerla antes y probablemente habría evitado mis últimas noches de insomnio.

Me detuve frente a su casa y fui el primero en bajar, pero cuando di la vuelta al coche, Thaís ya se había liberado del cinturón y estaba de pie fuera.

—No ha sido tan terrible salir conmigo hoy.

—Hubiera sido más fácil —dijo, frunciendo los labios.

—Thaís... —Le tomé las manos entre las mías y la obligué a mirarme.

La luz de la farola era suficiente para que pudiera ver perfectamente su rostro y ella también el mío.

—Eres un Ricardo completamente diferente.

—¿De verdad lo crees? —Solté una de sus manos para tocarle la cara.

—¿No crees?

—Lo que siento por ti no ha cambiado. Si yo te gustaba cuando pensabas que no tenía nada, ¿por qué no puedo simplemente gustarte ahora?

—Porque me mentiste. —Apretó los dientes, recuperando toda su reticencia.

—Lo siento mucho. Fui un idiota, perdóname. ¿Pero tú nunca has mentido en tu vida?

—Es diferente.

—Escucha, sé que fue la peor decisión que tomé, pero estoy aquí, sigo siendo el mismo Ricardo que te besó la última vez y seguiré siéndolo.

Incliné mi rostro hacia el suyo. Thaís podría retroceder o incluso darme una bofetada, pero lo intenté de nuevo. Echaba de menos besarla y, tan pronto como nuestros labios se tocaron, fue

como si estuviera sediento y ella fuera mi oasis en medio del desierto.

Le sostuve la cara con ambas manos y sumergí mi lengua entre sus labios, pidiendo paso, hasta que el beso se volvió más intenso. Thaís puso sus manos sobre mis hombros y, al principio, los empujó, pero luego acabó cediendo y me correspondió con la misma intensidad.

Una de mis manos se deslizó por el costado de su cuerpo y bajó hasta su cintura. Quería apretarla contra mí con más fuerza, pero me detuve por el vientre que había entre nosotros. No quería hacer daño a nuestro bebé.

Sus manos subieron por mi cuello y se enredaron en mi cabello, tirando de él, haciéndome besarla con aún más intensidad.

—Vamos al asiento trasero —le dije al oído, jugando con fuego y poniendo a prueba sus límites.

—En el coche no.

—Todavía tengo la llave de la casa que alquilé.

—Ricardo...

Volví a besarle el cuello, pasando mi mano por el costado de su cuerpo hasta bajar con las manos por sus nalgas. No solo quería al bebé, estaba decidido a hacer que Thaís volviera a mi vida y no iba a renunciar a ello.

—Ven...

—Tengo que entrar.

—Te traeré de vuelta más tarde.

—No es una buena idea.

—Sí lo es... —Le mordisqueé el cuello, haciéndola estremecerse y retorcerse en mis brazos.

Probablemente no estaba jugando limpio, pero no iba a darle la oportunidad de echarse atrás y renunciar a nosotros.

Ella asintió con un gemido y aproveché la oportunidad para volver a meterla en el coche y llevarla al departamento alquilado que durante un tiempo había sido mi hogar.

En cuanto me detuve en la calle, tomé las llaves de la guantera y tardé lo que me pareció una eternidad en abrir la verja de hierro. Con una mano en la cerradura, con la otra sujetaba la cintura de Thaís, por miedo a que volviera a huir de mí. Lo que había pasado después de que ella descubriera la verdad ya había sido bastante doloroso.

Empujé la verja y la arrastré hacia dentro. Caminamos por el callejón y me costó mucho abrir la puerta blanca, pero cuando por fin entramos, dejé caer la llave al suelo y mis manos se sintieron completamente atraídas por ella.

La besé, apoyándola contra la pared, y Thaís me devolvió el beso. Bajé con las manos, recorriendo su contorno hasta encontrar el borde de la camiseta, la tiré hacia arriba y ella levantó los brazos, dejándome quitársela.

Mi boca recorrió su cuello, saboreando cada parte de su piel hasta encontrar la elevación de sus tetas, que se movían a un ritmo frenético debido a la respiración descoordinada. La mordisqueé,

arrancándole un leve gemido y dándome cuenta de que mi corazón también se había acelerado.

Pensar que ella podría no volver nunca más a mis brazos había sido un dolor mucho mayor de lo que podía prever. Ahora que estaba conmigo, estaba seguro de que la quería para toda la vida. El hombre que era cuando estaba con ella era verdadero y quería seguir siéndolo.

Subí mis manos por su espalda y le desabroché el sujetador, tirando de él y arrojándolo al suelo.

La tomé en brazos y la llevé al único dormitorio de la casa, y con cuidado la tumbé en la cama, pero Thaís se abalanzó sobre mí y empezó a arrancarme las prendas del traje. En cuanto me desnudó, le quité los jeans y la tanga.

Me tumbé a su lado en la cama y la atraje hacia mí. Ella se inclinó y nuestras bocas volvieron a encontrarse. En esa posición, ella podía controlar mejor los movimientos y asegurarse de que no se le presionara el vientre.

Le agarré el pelo, echándoselo hacia atrás, y volví a bajar las manos hasta su cintura. La levanté un poco y Thaís agarró mi miembro. Gemí cuando sus dedos finos y largos rodearon mi verga y la acomodaron dentro de ella. Se inclinó para volver a besarme y nuestras lenguas se encontraron mientras ella comenzaba a dictar los movimientos.

El placer, que me iba apoderando poco a poco, tenía un sabor diferente. Más que una bella desconocida a la que había consolado, Thaís era la mujer de la que me había enamorado, y estar con ella tenía infinidad de significados.

Dejó de besarme para recuperar el aliento y yo llevé una mano a su cara, contorneando sus labios húmedos y fríos con mi pulgar.

—Te amo —susurré entre gemidos.

Sorprendida, abrió mucho los ojos.

—¿Me amas?

—Sí. —Seguí acariciándole la cara mientras tenía toda su atención puesta en mí—. Te he echado mucho de menos.

Thaís contuvo el aire, aspirándolo con fuerza en sus pulmones, hasta que lo dejó escapar junto con un sutil:

—Yo también te extrañé.

Sonreí y volví a besarla. No quería preocuparme por nada más que por su calor y su cuerpo contra el mío.



Thaís

Capítulo cuarenta y uno

Me sorprendió un movimiento en mi vientre. Pensé que podrían ser gases o alguno de los muchos efectos del embarazo, pero el movimiento se repitió y solo entonces me di cuenta de que era mi bebé moviéndose. Era la primera vez que sucedía y la emoción que sentí fue enorme.

Parada en medio del pasillo, entre una estantería de cervezas y otra de vinos, me quedé con las dos manos en el vientre, esperando a que el movimiento se repitiera, pero el bebé no volvió a moverse.

Estaba dividida entre la emoción y la sensación de que solo había sido un delirio. Imaginé que sería así hasta que creciera un poco más y empezara a moverse con más frecuencia. La idea y la alegría de tener un hijo que crecía cada día conmigo a medida que avanzaba el embarazo también aumentaban mi ansiedad. Estaba deseando tomarlo en brazos, mirarle directamente a la carita y saber si se parecería más a mí o a Ricardo.

Hablando de Ricardo, al mismo tiempo que parecía haber todas las razones del mundo para desconfiar de él, había una energía inmensa en sentido contrario que me convencía de que no tenía nada de qué preocuparme. Había rectificado su mentira y parecía realmente involucrado conmigo y con el niño.

Me engañaría a mí misma si dijera que no deseaba con todas mis fuerzas que las cosas salieran bien y fuéramos una pareja feliz. Me había gustado conocer a su madre y me estaba adaptando a su vida real, por mucho que muchos aspectos aún me parecieran una locura.

—Thaís. —Me llamó una de las empleadas del supermercado y dejé de lado un poco mi vida personal para concentrarme en el trabajo, lo único de mi vida que aún parecía constante.

Estaba ansiosa por que ese día pasara pronto. Después del trabajo, Ricardo vendría a recogerme para ir juntos a otra ecografía. Esta vez tendríamos la oportunidad de descubrir el sexo del bebé que estaba esperando y no podía estar más nerviosa.

Estaba deseando poder comprar ropita, juguetes y otros accesorios para el bebé.

Mi embarazo podría haber sido completamente accidental, pero estaba aumentando mi ansiedad tanto como si hubiera esperado ese momento toda mi vida. De alguna manera, me sentía

preparada para ello; debía venir de algún punto del instinto maternal que sabía que siempre había existido en mí.

Recogí mis cosas al terminar la jornada laboral y me dirigí a la entrada del supermercado, y no tardó mucho en aparecer Ricardo. Todavía me estaba acostumbrando a su coche *nuevo*, ya que ya no usaba el del jardinero.

—¡Buenas noches! —Me acerqué al coche y lo vi por la ventana cuando bajó la ventanilla del copiloto.

—Buenas noches, amor.

Esa última palabra resonó en mí y me hizo sonrojar. Todavía estaba asimilando su declaración de amor la noche que volvimos. La verdad es que tenía un poco de miedo de lanzarme de cabeza, de entregarme a los sentimientos que yo también estaba sintiendo. Ese temor a volver a decepcionarme me hacía sentir aprensiva y cautelosa para no volver a frustrarme.

—Entra. —Abrió la puerta y me indicó el asiento del copiloto.

Asentí con la cabeza y tiré de la puerta.

Me acomodé en el asiento, me puse el cinturón y me coloqué el bolso en el regazo antes de volver a mirar a Ricardo.

—¿Qué tal el trabajo hoy?

—Supervisé la demolición de algunas casas.

—Vaya, qué horror. —Me encogí.

—Nadie resultó herido y ya habíamos comprado antes de demoler. Los propietarios recibieron una buena compensación por los terrenos y tendrán derecho a uno de los apartamentos que vamos a construir.

—¡Ah!

—Es un buen terreno y una construcción que se estaba planeando antes de que mi padre falleciera.

—Entonces debe ser algo importante para ti.

—Sí, claro. La empresa en su conjunto es muy importante para mí. Mi padre y mi abuelo se dedicaron mucho a su construcción y mantenimiento. Quiero que siga prosperando y que mi hijo pueda ocuparse de ella algún día. —Me puso la mano en el vientre y yo me eché hacia atrás en el asiento.

—¡Oye!

—¿Qué pasa?

—Vamos despacio con el andar, que el santo es de barro.

—¿A qué te refieres, Thaís?

—Hace un tiempo ni siquiera querías que yo supiera que tenías dinero, y ahora ya estás haciendo planes para mi bebé.

—*Nuestro* bebé.

—Sí, nuestro. —Asentí con su corrección.

—Ya te pedí perdón por lo que hice. Sé que cometí un gran error contigo. Debería haber confiado en ti, haber sido sincero.

—Sí, deberías. —Fruncí los labios.

—Pero tú me perdonaste... —Extendió la mano para tocar la mía y acabé aceptando su contacto.

—Te perdoné. —Sonreí levemente y volví a mirarlo—. Vamos o llegaremos tarde a mi consulta.

—De acuerdo. —Me tomó la mano y se la llevó a los labios, dándole un beso en el dorso antes de soltarla y arrancar el coche.

Condujo unas cuantas manzanas hasta que se detuvo en un semáforo y volvió a hablarme.

—¿Y qué tal tu día?

—Supervisé la entrega de un camión de galletas y otro de lácteos, regañé a un empleado que lleva casi una semana llegando tarde, el bebé se movió y yo...

—¿El bebé se movió?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Por la tarde.

Ricardo quitó una mano del volante y la dirigió hacia mi vientre.

—¡Presta atención al tráfico! —Le aparté la mano.

—Quiero sentir cómo se mueve.

—Fue solo por la tarde.

—¡Ah! —Pareció desanimarse un poco—. ¿No se está moviendo ahora?

—No.

—¿Estás segura?

—¡Ricardo!

—Lo siento. —Volvió a mirar al frente, como un niño enfadado, y me hizo reír.

—Te lo diré cuando sienta algo.

—¿Lo prometes?

—Sí.

—Te amo, Thaís. —Me tomó la mano y la besó de nuevo.

Miré al frente, a los coches que nos rodeaban, a las señales y los semáforos, antes de volver a mirarlo y dejar que las palabras salieran.

—Yo también te amo, Ricardo.

Él esbozó una enorme sonrisa, pero no dijo nada más.

No era la primera vez que iba allí a hacerme el examen, así que ya me había acostumbrado a todo el procedimiento.

Cuando llamaron mi nombre, seguí a la doctora por el pasillo y Ricardo vino conmigo. Me cambié de ropa para ponerme la bata de la clínica y me tumbé en la camilla.

—¿Está bien? —preguntó la doctora mientras tomaba el equipo y se preparaba para el examen.

—Sí.

—Qué bien. ¿Y las náuseas?

—Han disminuido, y los cólicos también. Solo tengo ganas de ir al baño todo el tiempo y me alimento como un dragón. —Hice una mueca y ella se rió.

—Lo importante es que en este momento esté bien cuidada para que el bebé también pueda crecer de la mejor manera posible —dijo, mirando directamente a Ricardo.

—Déjelo en mis manos.

—Muy bien.

La doctora tomó un frasco con gel y me lo untó en la barriga. Sentí un escalofrío que me hizo retorcerme cuando el líquido helado tocó mi piel. Ricardo me tomó la mano, haciendo que lo mirara, demostrándome su apoyo. Nos quedamos mirándonos hasta que la doctora empezó a deslizar el aparato por mi barriga.

Nuestra mirada se centró en la pantalla, que mostraba la forma de mi bebé, y me di cuenta de que ya se podía ver claramente cada parte, la cabecita, los brazos y las piernas. Mi corazón latía

aceleradamente y me emocionaba la posibilidad de verlo, aunque fuera de esa manera.

—¿Se está formando bien, doctora? —preguntó Ricardo.

—Sí, papá.

—Entonces, ¿es niño o niña? —La curiosidad me consumía. Apenas había dormido la noche anterior esperando ese momento.

—¿Qué opinan ustedes? —Se volvió hacia nosotros con tono jocoso.

—Sin subastas, doctora —dijo Ricardo para que fuera directa al grano.

—Es una niña.

—¿Una niña? —repetí, ya que aún no me había dado cuenta.

—Sí, una niña.

—Tendremos una niña —Ricardo me sonrió. Parecía contento con la noticia y yo también lo estaba.

—*Nuestra* niña.

—Juliana.

Asentí con la cabeza, dándole la razón.

La doctora me dio un papel para que pudiera limpiarme y Ricardo sustituyó el aparato por su mano. Nos miramos mientras él observaba mi vientre, que estaba cada vez más abultado.

—Mira, se ha movido —dijo riendo.

—Lo he notado.

Nos miramos, emocionados por el momento, y fue como si el tiempo se hubiera detenido allí.

La doctora no nos interrumpió, dejándonos disfrutar del momento, hasta que me levanté para cambiarme y marcharme.



Capítulo cuarenta y uno

Miré la caja de terciopelo con el par de alianzas de oro dentro. Las había comprado el día de la ecografía, cuando supe que Thaís y yo íbamos a tener una niña. Quería pedirle matrimonio, algo que nunca había planeado hacer con Letícia ni con ninguna otra.

Conducía como conductor de aplicación para escapar de mi vida, conocer la historia de los demás y dejar la mía un poco de lado. Nunca hubiera imaginado que un día una mujer triste entraría en el coche y cambiaría mi historia para siempre.

Puede que metí la pata al principio, al intentar construir algo verdadero, pero me había equivocado. Afortunadamente, Thaís me había perdonado y volvíamos a estar juntos.

Casi la perdí para ganar realmente lo que quería, una mujer que me amara independientemente de lo que pudiera ofrecerle, y estaba feliz porque construiríamos un futuro juntos, valorando el hecho de estar juntos y no *dónde* estaríamos.

Tomé mi móvil para enviarle un mensaje y vi varias llamadas de Leticia, que había ignorado. Después de todo, me indignaba que ella siguiera insistiendo en la posibilidad irreal de que volviéramos.

Estaba a punto de dejar el teléfono, empujándolo hacia un rincón, cuando empezó a vibrar. La foto de mi madre apareció en el identificador de llamadas y contesté.

—Hola, mamá, ¡buenos días!

—Leticia está intentando hablar con...

—Mamá, no es posible que, después de todo, todavía quieras apoyarla de alguna manera.

—Es una emergencia. Me ha llamado porque no consigue hablar contigo.

—No tengo tiempo para las emergencias de Leticia.

—Es sobre Thaís.

—¿Cómo? —Me puse tenso al oír el nombre de mi novia.

—Leticia llevó a Thaís al hospital.

—¿Qué diablos estaba haciendo Leticia con Thaís?

—Parece que Thaís se cayó.

—¿Se cayó? —Mi corazón comenzó a latir aceleradamente y miles de posibilidades terribles consumieron mi mente, dejándome extremadamente angustiado—. ¿Cómo que se cayó?

—Parece que fue un accidente.

—¿Thaís y mi hija están bien?

—No lo sé.

—¿Dónde están, mamá? —Estaba temblando de angustia y desesperación. Mientras mi madre hablaba, la mitad de lo que me contó ya era suficiente para que me asustara de forma descontrolada.

—En el hospital.

—¿Qué hospital?

Mi corazón dio un vuelco en ese momento. Por mi mente pasaron miles de cosas que podrían haberle pasado a Thaís para que acabara en el hospital. Un desmayo, una conmoción cerebral o algo peor...

—El de Contorno, donde estaba ingresado tu padre.

—Voy para allí.

—Ok.

Colgué, guardé el móvil en el bolsillo y tomé rápidamente las llaves del coche y los documentos que estaban en uno de los cajones. Salí de mi despacho y pasé junto a la mesa de mi secretaria, que estaba distraída con un correo electrónico y se asustó al verme acercarme.

—Señor Ricardo. —Se llevó la mano al pecho por el susto.

—Cancele mis compromisos de hoy, me voy al hospital.

—¿Le ha pasado algo a la señora Luciana?

—No, es por Thaís. ¡Tengo que irme! —No me permití mucha conversación ni dar explicaciones, estaba muy preocupado y quería ir a ver a mi novia lo antes posible.

El ascensor me pareció más lento que nunca y tardó una eternidad en llegar al garaje. Conduje hasta el hospital, cuyo camino ya conocía bien, y entré jadeando en la recepción.

—¿Dónde está Thaís?

—¿Thaís? —El recepcionista levantó una ceja.

—Sí, mi novia. Está embarazada y la han traído aquí, quiero saber dónde está.

—¿Thaís qué? —Bajó la mirada hacia la pantalla del ordenador.

—Thaís Almeida de Castro.

—Un momento, por favor.

Mientras él buscaba el nombre que le había dado, mi angustia por no estar a su lado era cada vez mayor. Me frotaba las manos y me echaba el pelo hacia atrás, tratando de equilibrar la desesperación con mi intento de mantener la cordura.

—Está en la décima planta, en la habitación mil treinta y cinco.

—¡Voy para allá!

—Espere, necesito un documento con foto.

—Aquí tiene. —Abrí mi cartera apresuradamente, saqué mi carné de conducir y se lo entregué.

—Gracias.

—¿Puedo entrar?

—Un momento, por favor.

Esos segundos parecían años y tenía la sensación de que necesitaba estar con Thaís lo antes posible.

—Aquí tiene, puede subir. —Me entregó una tarjeta de visitante y pasé por el torniquete, dirigiéndome directamente al ascensor y pulsando el botón del décimo piso.

Otras personas entraron conmigo y las maldije por hacer que la caja metálica se detuviera en otros pisos hasta que llegué a mi destino.

Salí rápidamente y avancé por el pasillo hasta encontrar la puerta de la habitación que me había indicado el recepcionista.

Ni siquiera llamé, metí la mano en el pomo apresuradamente y abrí la puerta. Me sorprendió encontrarme con Leticia y tuve la sensación de que se trataba de algún tipo de trampa.

—¿Qué haces aquí? —Mostré los dientes, enfurecido.

—¿Ricardo? —Oí la voz de Thaís y aparté a Leticia de mi camino para entrar en la habitación y ver cómo estaba.

Thaís estaba tumbada en la cama y me acerqué a ella. Le tomé la mano y ella me miró. Llevaba una bata del hospital y me pareció abatida.

—¿Qué ha pasado?

—Me caí.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Fue culpa mía. —Oí la voz de Leticia detrás mío.

Con la mano de Thaís aún entre las mías, me giré hacia mi ex novia. Estaba nerviosa y con los ojos rojos, parecía haber llorado, pero yo no estaba dispuesto a escuchar su teatro. Si no hubiera estado tan asustado por Thaís en esa cama de hospital, ya la habría sacado a rastras de esa habitación.

—¿Cómo que culpa tuya? —Estaba mostrando los dientes y gruñendo como un animal feroz.

—Fui al supermercado donde trabaja y discutimos. Le dije algunas cosas y terminé empujándola, pero fue porque ella quiso...

—¿Empujaste a una embarazada? —Mi voz llena de ira y rebeldía resonó por toda la habitación.

—No fue mi intención —Letícia se encogió—. Lo lamento mucho.

—¿Lo lamentas? Si le ha pasado algo a mi hija... —Si no hubiera tenido las manos de Thaís entre las mías, es posible que hubiera perdido los nervios y acabara abalanzándome sobre mi ex.

—No le pasará nada. —Leticia sollozó—. Yo también estoy preocupada por el bebé.

—¿Ahora estás preocupada?

—Lo siento, Ricardo.

—No quiero tus disculpas. ¡Vete de aquí!

—Quiero esperar el resultado de los exámenes. Por favor...

Estaba a punto de empezar a gritar de nuevo. Iba a echar a Letícia de allí aunque solo fuera con mis palabras, pero Thaís me apretó la mano y me detuvo.

—Lo siento... —Letícia se acurrucó contra la pared de la habitación, asustada, como si yo fuera su peor pesadilla.

—Si algo...

—Ricardo... —El susurro de Thaís me hizo girarme hacia ella.

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

—¿Algún dolor?

Ella negó con la cabeza.

—¿Ya te ha atendido el médico?

—Sí. Me han hecho varios exámenes. Vendrán aquí a traerme los resultados y a hablar conmigo.

—¿Qué ha hecho Leticia?

—Creo que no volverá a hacerlo, ¿verdad?

—Lo siento, Thaís —dijo Leticia, negando con la cabeza.

Al mismo tiempo que quería estrangular a mi ex, estaba completamente preocupado por mi hija. Juliana aún no había nacido, pero era una parte muy importante de mi vida, y pensar que de alguna manera le podría haber pasado algo me dejaba muy afectado.

Pareció pasar una eternidad hasta que la doctora responsable del seguimiento del embarazo de Thaís entró en la habitación con unas carpetas en la mano.

—¿Cómo está, doctora? —Thaís se movió en la cama para sentarse mejor.

—Le hemos hecho varias pruebas y he esperado a tener los resultados de todas antes de venir aquí a hablar con ustedes...

—Pero ¿cómo está? —repitió la pregunta sin dejar que la mujer terminara de hablar.

—Thaís y el bebé están bien.

—¡Ah, gracias a Dios! —Letícia prácticamente levantó los brazos, agradeciendo como si se hubiera logrado un milagro, pero yo estaba tan distante con ella que no me conmovía su teatro.

—Solo ha sido un susto —continuó la doctora—, pero deben tener mucho cuidado, porque una caída así puede ser fatal para el feto.

—Gracias, doctora. —Thaís esbozó una sonrisa y se puso las dos manos sobre el vientre.

—Voy a preparar los papeles del alta y a recetar algunas recomendaciones. Pronto podrán irse a casa.

Asentí y Thaís sonrió a la doctora antes de que saliera de la habitación.

—Lo siento mucho, Thaís, de verdad. No quería hacerte daño ni a ti ni al bebé. —Letícia dio un paso hacia la cama, pero se detuvo a mitad de camino al encontrarse con mi mirada de perro rabioso.

—Solo llámame de nuevo cazafortunas —dijo Thaís en un tono burlón que tenía mucho de verdad.

—Lo siento. —Letícia tragó saliva—. Ya lo entiendo. Van a tener un bebé, están felices y ya no hay lugar para mí en la vida de Ricardo.

—No lo había desde que terminamos —murmuré con tono brusco.

—Ahora lo entiendo.

—¿Tenías que casi hacer daño a mi bebé para entenderlo? —No suavicé la rudeza de mi postura.

—Ya te he dicho que lo siento mucho.

—Ahora vete.

—Está bien. Felicidades a los dos. —Nos miró por un breve segundo más antes de dar media vuelta y salir de la habitación.

—¿Qué te ha dicho? —Me volví hacia Thaís y le tomé las manos entre las mías.

—Algunas tonterías de las que creo que ya se arrepiente.

—¿Estás bien?

—¿No te lo ha dicho ya la doctora?

—No físicamente, pero en relación con las cosas que Leticia te haya podido decir.

—Sé muy bien quién soy y lo que quiero. No me importa lo que ella piense.

—Me alegra mucho oír eso. —Acerqué su rostro al mío y le di un beso rápido y delicado, porque enseguida la doctora volvió a la habitación y nos dio el alta para volver a casa.



Thaís

Capítulo cuarenta y dos

Mi barriga crecía cada día más, dando señales del crecimiento de mi bebé. Mi ropa ya no me valía, había dejado los jeans a un lado para usar camisones y vestidos.

Ricardo me había invitado a salir esa noche y yo había elegido un vestido que había comprado en una tienda no muy lejos del supermercado donde trabajaba. Era de punto y me resultaba muy cómodo.

Me puse un poco de polvos y pintalabios antes de agarrar mi bolso y salir de la habitación.

—Estás preciosa, hija —me dijo mi madre cuando nos cruzamos en el pasillo.

—Gracias, mamá. Me siento completamente redonda.

—Es por una buena causa —dijo, mientras me acariciaba la barriga.

—¡Sí! —Sonreí al pensar en mi bebé.

—¿Vas a salir con Ricardo?

—Sí.

—Que pasen un buen rato.

—Gracias.

Me dio un beso en la mejilla y nos despedimos. Fui al salón, donde mi padre estaba viendo un partido de fútbol, y salí cuando oí el sonido de una bocina.

—¡Hola! —Me acerqué al coche cuando me abrió la puerta.

—Hola.

—¿Vamos?

Asentí con la cabeza y me subí al vehículo.

—¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —Fruncí el ceño, un poco desconfiada.

—Creo que te va a gustar.

—Espero que sí.

Ricardo arrancó el coche y avanzó por la calle. Me quedé observando el recorrido hasta que me di cuenta de que íbamos por el mismo camino que tomábamos para ir al condominio donde él vivía con su madre.

—¿Vamos a tu casa?

—No.

—¿Pero vamos hacia allí?

—Más o menos.

—¿Está cerca?

—Sí.

—¿Vamos a cenar a uno de esos restaurantes?

—No.

—¡Ricardo! —Hice un puchero, cruzando los brazos, y él se rió.

—¿Qué pasa?

—Así no vale, me dejas intrigada.

—Claro que vale. Es parte de la sorpresa.

Pensé en miles de posibilidades, pero no se me ocurrió ninguna buena como para arriesgarme a adivinar. Recordé el día en que Ricardo me había llevado al mirador e imaginé que podría ser algo así. Ese lugar tan bonito y memorable me había dejado buenos recuerdos.

Estábamos muy cerca del condominio donde vivía, pero Ricardo siguió adelante.

—No pensé que fuéramos a hacer un viaje.

—Tranquilo, ya estamos llegando.

Esperó a que apareciera un desvío y se fue al otro lado de la pista, conduciendo un rato de vuelta a Belo Horizonte hasta entrar en otra carretera que nos llevó cerca de una laguna. Como era de noche, solo me di cuenta cuando aparcamos enfrente.

La Lagoa dos Ingleses era algo que solo había visto de lejos, cuando pasaba por ese tramo de la carretera. Parecía aún más grande y bonita de cerca, incluso con poca luz.

—¿Otro picnic?

—No.

—No sabía que había restaurantes por aquí.

—Los hay, pero tampoco vamos a ir allí.

—Tu misterio me está matando.

—Tranquila. —Sonrió mientras entrelazaba sus dedos con los míos y me atraía hacia él.

Caminamos hasta acercarnos a un embarcadero donde había varios barcos.

—¿Uno de esos es tuyo?

—He alquilado uno.

—¡Ah!

—¿Has navegado antes?

Negué con la cabeza.

—Espero que te guste.

Me habían gustado todos los paseos que habíamos hecho juntos, pero no podía negar que ese me había impresionado especialmente.

—Ven. —Ricardo me tomó de la mano y me guió hacia el interior de la embarcación, ayudándome a subir y sosteniéndome.

Después del susto que me había dado el empujón que me había dado Leticia unas semanas antes, temblaba ante la posibilidad de que algo nos pasara a mí y, sobre todo, a Juliana.

Caminamos por el barco hasta que Ricardo me llevó a una escalera que conducía a la terraza, o como se llamara la parte superior del barco.

Un hombre estaba terminando de preparar una mesa para dos y asintió con la cabeza cuando Ricardo se acercó.

—Gracias, Gustavo.

—De nada, señor. Que tengan una buena cena.

Ricardo asintió.

—¿Nos puedes llevar al centro de la laguna?

—Por supuesto.

El hombre bajó, dejándonos solos.

—Realmente fue una sorpresa—. Miré de un lado a otro, todavía maravillada por el lugar en el que nos encontrábamos.

Belo Horizonte era una ciudad sin acceso al mar, y sin duda estar en un barco no era el tipo de plan que hacían aquí las personas normales.

Ricardo me tomó de la mano y me llevó hasta la mesa, ayudándome a acomodarme en la silla antes de dar la vuelta y sentarse frente a mí.

—Estoy muy feliz de estar aquí.

—Yo también —le dije, acariciándole la mano, que estaba sobre la mesa.

—¿Thaís?

—¿Sí? —Contuve un poco la respiración cuando vi su mirada firme.

—Creo que no fue casualidad que subieras al coche aquel día. Pero si fue casualidad, soy un hombre mucho más afortunado de lo que imaginaba.

—Quizás. —Sonreí sin gracia, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Te amo.

—Yo también te amo. —Con el paso de los días, cada vez me resultaba más fácil decir esas palabras.

—Te traje aquí no solo por el bonito paisaje, sino... —Metió la mano en el bolsillo y sacó una caja de terciopelo—. Quiero saber si...

—No me voy a mudar aquí. Está muy lejos de mi trabajo. No voy a dejar de trabajar, bueno, solo durante la licencia por maternidad. También tengo que seguir ayudando a mis padres...

—¿Aceptas casarte conmigo? —Abrió la caja.

—¡Sí, quiero!

Ricardo tomó mi mano derecha y deslizó el anillo por mi dedo anular, besando el dorso con cariño.

—¿Ahora podemos comer? —Miré los platos—. Juliana tiene hambre.

—Claro que sí. —Él se echó a reír.



Capítulo cuarenta y tres

Unos meses después...

—¿Qué te parece ese? —Señalé un osito mientras paseábamos por una tienda de bebés en la que entramos durante un paseo por el centro comercial.

Con el avance del embarazo de Thaís y después de casarnos, no había nada en lo que pensara más que en nuestra hija. Las tiendas como esa siempre eran una tentación, porque incluso sin ver

la cara de la niña, pensaba que absolutamente todo le quedaba bien.

—Basta de juguetes, Ricardo.

—Solo este osito.

—A ver si con tu sueldo de chófer podrías haber comprado tantas cosas.

—Si fuera solo para peluches, podría comprar varios.

Ella puso una mueca y yo me reí, acercándome para darle un beso.

—Ricardo —gimió Thaís.

—¿Qué pasa? —Le acaricié la cara.

—Creo que Juliana está naciendo.

—¿Cómo? —Abrí mucho los ojos y por un momento pensé que estaba bromeando.

—Rompí bolsa.

Miré hacia abajo y vi que su vestido estaba mojado, y también la punta de mis zapatos.

—Pero era a fin de mes.

—Quizás se haya adelantado un poco. —Me apretó los hombros y tensó los dientes.

Me di cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo por contener el dolor.

—Tenemos que ir al hospital. —Se cayó y la tomé en brazos.

—Yo te llevaré.

Respiré hondo mientras me dirigía hacia la salida del centro comercial. Las personas que se encontraban en mi camino se dieron cuenta de lo que estaba pasando y me hicieron paso.

Tan rápido como pude, la llevé al estacionamiento y conduje hasta la maternidad. La atención prenatal debería prepararnos para ese momento, pero no logró detener mi pánico y toda mi angustia. Cada vez que Thaís gritaba entre las contracciones, yo me ponía más nervioso y preocupado.

—¿Te duele mucho?

—¡Sí!

—Ya casi llegamos.

—¡Ah!

Me costó mucho respetar el límite de velocidad cuando la distancia parecía más larga que nunca.

Aparqué en una plaza de emergencia delante del hospital y la tomé en brazos otra vez. Algunos profesionales vinieron a ayudarme y se la llevaron.

Pareció una eternidad hasta que nos encontramos en la sala de partos.

Con cada grito que daba entre las contracciones, me agarraba la mano con más fuerza. Nuestros dedos estaban tan sudados que resbalaban como si fueran jabones.

Todo el clímax de la angustia se detuvo cuando escuché un llanto, seguido de un suspiro de alivio de Thaís.

—Tienen una hija preciosa —dijo la doctora, y una sonrisa se dibujó en mi rostro.

—¡Déjeme agarrarla! —dijo Thaís, extendiendo los brazos, a pesar de estar agotada.

—Espere un momento —dijo la doctora.

Se llevaron al bebé para hacerle las pruebas de rigor y limpiarla, luego la devolvieron envuelta en una manta verde y la acomodaron en el pecho de Thaís. Mi hija era muy pequeña, estaba hinchada y con expresión de llanto, pero, aun así, me parecía la niña más bonita del mundo y me llenó el pecho de una emoción indescriptible.

—Hola, Juliana —le susurró Thaís.

—Es tan bonita... —Besé la frente de Thaís y acaricié la carita de nuestra hija, que dejó de llorar.

—Sí. —Suspiró, con los ojos llenos de emoción.

Ya había pasado por muchas experiencias en la vida, pero no recordaba ninguna tan intensa y gratificante como aquella.



Thaís

Epílogo

Tres años después...

—¡Juliana, hija, no puedes! —La tomé cuando intentaba trepar por una pila de telas que había en un rincón de mi taller, después de haberme cansado corriendo detrás de ella todo el día.

—*Vistidu.*

—Ya te he dado un vestido, Ju.

—*Ju, no.*

—Sí que te lo he dado. —La abracé por la cintura y la llevé conmigo a la oficina donde guardaba mis pertenencias.

—¿Vamos a casa?

—¡Sí! ¡Papá! —Ella se emocionó en mi regazo.

Juliana estaba enamorada de su padre y el sentimiento era mutuo. Se parecían mucho, y no solo físicamente.

Me despedí de las otras dos costureras que trabajaban conmigo y les pedí que cerraran el local cuando se fueran. Después de mi licencia por maternidad, Ricardo me había animado a dedicarme a mi sueño y dejé el supermercado para abrir mi propia marca de ropa. Todavía quedaba mucho por conquistar, pero a la gente le gustaba cada vez más mi trabajo y yo me estaba dedicando al máximo para hacer realidad ese sueño.

—¡Vamos con papá! —Juliana saltó a mi regazo, llamando mi atención.

—Sí, vamos a buscar a papá.

—¡Sí!

La acomodé en mis brazos, mientras equilibraba las bolsas, y salí del estudio. Sonreí en cuanto vi a Ricardo parado en la calle, junto al coche, esperándonos.

Él tomó a Juliana en brazos cuando ella se lanzó hacia él y mi bolso casi se cae al suelo. Me contorsioné para tomarlo y mi marido se rió.

—Hola, cariño. —Se inclinó para darme un beso.

—¡Hola!

—¿Cómo ha sido tu día de trabajo con Ju?

—Fue la peor idea que he tenido. Estaba más tranquila antes con la guardería. —Resoplé y Ricardo se rió.

—Nuestra hija ha crecido, cariño, pero ¿me cuentas qué ha pasado? —Acarició la cabeza de nuestra hija, que se acurrucó contra él como si fuera un gato travieso.

—Esta traviesa no paraba de ir de un lado a otro y me dio mucho trabajo.

—Mucha tela, papá.

—¿Has visto un montón de telas?

—Sí.

—¿Y mamá te dejó tocarlas?

—Sí. —Señaló la ropa que llevaba puesta.

—Estás muy guapa, hija —continuó hablando con ella.

—Sí.

—Seguro que se divirtió. —Ricardo se rió al girarse hacia mí.

Mi hija estaba de vacaciones en la guardería y se me ocurrió traerla conmigo, como hacía cuando era más pequeña y solo dormía

en lugar de subirse a todo. Lo había intentado, pero desde luego no volvería a repetirlo. Al día siguiente, la dejaría con mi madre.

Ricardo abrió la puerta trasera del coche y sentó a nuestra hija en la sillita. Ella tomó un osito que había al lado y se distrajo jugando con él.

—Te amo. —Se inclinó hacia mí cuando me senté en el asiento del copiloto.

—Yo también.

—Amo a nuestra hija.

—¿Cuando está durmiendo? —bromeé.

—Todo el tiempo.

Sonreí al girarme para mirarla. Por mucho que a veces me sacara de quicio, no tenía ninguna duda de lo inmenso que era mi amor por ella.

—¿Y si te digo que quiero otro? —Ricardo llamó mi atención y me giré hacia él de nuevo.

—¿Otro bebé?

—¿No sería bueno que tuviera un hermanito o una hermanita?

—¿Lo planeamos esta vez?

—De acuerdo. —Sonrió, victorioso, y se giró hacia Juliana—. ¡Hermanito!

—*¿Manito?* —Ella inclinó la cabeza y se quedó mirando a su padre.

—¡Vamos a planearlo! —Apreté los dientes.

—Así es... —Él se rió y arrancó el coche para llevarnos a casa.

Me gustaba planear las cosas, pero sin duda él y Juliana habían sido el mejor azar de mi vida.

Fin

Sobre la autora

Jéssica Macedo tiene 28 años, es de Minas Gerais y figura con menos de 30 años en Forbes Brasil, la lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, todo un fenómeno editorial entre el público femenino.

Autora superventas de Amazon en Brasil y Europa, con sus libros disponibles en 6 idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con la publicación de su primer libro "El valle de las sombras". Con más de 200 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas "Eternamente Minha" a un largometraje estrenado en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Más información sobre otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY


Jéssica
Macedo
escritora

Otras obras



Enlace => https://amzn.eu/d/bpwzcIU

Sinopsis:

Matteo Ferraro es un multimillonario italiano acostumbrado a tener el mundo a sus pies, y a las mujeres también. Frío, implacable en los negocios y dueño de un encanto devastador, vive para expandir su imperio, sin dejarse distraer por nada que no pueda controlar.

Al menos así era… hasta que pisó Belo Horizonte para cerrar un contrato y se topó con Priscilla.

Seis años atrás, Priscilla se dejó envolver por Matteo en una noche mágica y pagó el precio cuando él la descartó sin remordimientos. Regresó a Brasil con el corazón hecho pedazos y con una revelación que cambiaría su vida para siempre: estaba esperando un hijo de él.

Desde entonces, Priscilla hizo de todo para mantener a Luca lejos de ese hombre, criando al niño sola y enterrando el pasado como podía. Sin embargo, el destino tiene sus propios planes y, cuando Matteo reaparece inesperadamente en su vida, la muralla que ella construyó comienza a desmoronarse.



Enlace => https://amzn.eu/d/ihGGHgj

Sinopsis:

Un viudo envuelto en sombras de su pasado, una joven niñera llena de luz y un bebé que necesitaba amor y cuidado.

El CEO de Alliance Cars, Bernard Smith, ya había perdido demasiado. Se encerró en su propio dolor y alejó a todos a su alrededor. Viudo, se dedicó por completo a lo único que realmente importaba en su vida: su hijo. Atormentado por el pasado, no estaba dispuesto a seguir adelante y la única persona que mantenía cerca suyo era la ama de llaves que lo había cuidado desde niño. Sin embargo, después de sufrir un ACV, ella ya no pudo ayudarlo a cuidar del pequeño.

La joven estudiante, Julia Oliveira, estaba decidida a cumplir su sueño de hacer un intercambio en Inglaterra. Para lograrlo, consiguió empleo como niñera en una mansión, con un dueño solitario y un bebé encantador.

Ella no había vivido grandes romances y seguía siendo virgen, pero Bernard, a pesar de ser quince años mayor, era el hombre más atractivo que había visto y llamaba intensamente su atención. Aunque la atracción entre ambos era innegable, un final feliz podía convertirse en un gran desafío para los dos, porque Bernard no creía merecer una segunda oportunidad.



Enlace => https://amzn.eu/d/0K2IeAc

Sinopsis:

Emir Arslan era el implacable CEO del poderoso Holding Arslan. Era un hombre hecho para el poder, entrenado para no sentir, rodeado de juegos políticos, acuerdos silenciosos y herencias de sangre. Sin embargo, cuando Gabriela Kaya se cruzó en su camino, su control se fue a la ruina y una decisión impensada puso en riesgo el imperio que él había jurado proteger.

Emir se negó a escuchar cuando ella le reveló que estaba embarazada. La rechazó con su estilo frío, despiadado y dispuesto a borrar cualquier amenaza contra su reputación.

Meses después, sola y herida, Gabriela regresó a la ciudad donde había jurado no volver a pisar jamás, no por él, sino por quien realmente importaba: su hijo.

Frente a un diagnóstico devastador, tuvo que acudir al hombre que más odiaba para salvar la vida del niño. Y entonces, la única salida resultó ser tan improbable como cruel: un segundo hijo. La única solución que los atrapó en una mentira con sabor a verdad.

Mira más libros míos

¡Ve aquí!

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/
Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/
Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/
Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal





---

[1] Enfermedad de transmisión sexual.

[2] La película Clueless (titulada como *Fuera de onda* en España y *Ni idea* o *Despistados* en Latinoamérica) es una comedia de 1995 sobre una adolescente rica y algo ingenua de Beverly Hills. Fue protagonizada por Alicia Silverstone, escrita y dirigida por Amy Heckerling y se convirtió en un clásico de culto.